



# LA BRUJA DE BIERTAN

VERÓNICA CERVILLA

La Bruja de Biertan  
Verónica Cervilla



© del texto: Verónica Cervilla, 2020  
www.vcervilla.com

Edición y corrección: Sara Esturillo  
Maquetación: Verónica Cervilla  
portada: Mariana Palova  
Impreso en España

Todos los derechos están reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación sin el permiso expreso de los titulares del copyright.

# Tabla de Contenido

[Título](#)

[Derechos de Autor](#)

[NOTA DE LA AUTORA](#)

[Prólogo](#)

[I](#)

[Piedra de Luna](#)

[II](#)

[Romero](#)

[Alumbre](#)

[III](#)

[Acacia](#)

[Peridoto](#)

[Lavanda](#)

[IV](#)

[Caléndula](#)

[V](#)

[Anís](#)

[VI](#)

[Cuarzo rosa](#)

[VII](#)

[Artemisa](#)

[Turmalina](#)

[Esmeralda](#)

VIII

Ágata

IX

Algunos apuntes

Agradecimientos

Sobre la autora

# NOTA DE LA AUTORA

Antes de que te sumerjas en esta novela, hay algo que debes saber: esto no es una novela histórica.

Durante años me ha fascinado la historia de algunas civilizaciones y pueblos con una rica mitología y larga tradición en torno a las leyendas. La inspiración para esta novela surge de uno de esos pueblos: el transilvano. Habrás leído cientos de libros centrados en su tradición vampírica (algo que muchos historiadores aún rechazan), pero eso no era lo que me interesaba de esta misteriosa región de Rumanía, así que en el verano de 2017 me marché allí, a Transilvania, y pasé un tiempo descubriendo qué esconden los Cárpatos.

Esta novela es el resultado de una mezcla de hechos históricos, leyendas transilvanas y del pueblo romaní, y grandes dosis de imaginación.

Para no estropear la experiencia del lector, me reservo las explicaciones sobre qué es real y qué no lo es para los apuntes que hay al final del libro.

Por ahora, te invito a que te adentres en el misterioso pueblo transilvano de Biertan.

¡Feliz lectura!

Verónica Cervilla

## Prólogo

Crina despertó, sobresaltada y algo aturdida.

Oyó los golpes en la puerta y palpó el otro lado de la cama. Había vuelto a pasar la noche sola, pero ya estaba acostumbrada. Últimamente eran contadas las noches que su marido pasaba en casa.

Ataviada con un camisón celeste, se levantó y se cubrió con la manta de piel de oso que reposaba sobre la cama. Descalza, a pesar de las bajas temperaturas, se dirigió a toda prisa hacia la puerta de madera pintada y acercó el oído con cautela.

—¿Quién es?

—¡Abre, Crina! —respondió al otro lado una voz grave, de sobra conocida.

Cosmin había sido su confesor desde que tuvo edad suficiente para asistir a las liturgias. Era un antiguo amigo de la familia: confiaban en él lo suficiente como para relatarle sus miserias y aceptar el perdón que les ofrecía. Crina no le había notado nunca tan preocupado como aquella mañana, así que abrió la puerta con un nudo en el estómago.

Por la expresión grave del hombre, comprendió que no traía buenas noticias.

—Guarda un par de mudas de ropa —la apremió él en cuanto vio asomar la cabeza de la joven—, los hombres del obispo se dirigen hacia aquí.

—¿Qué sucede? ¿Es Velkan?

—Sí, me temo que tiene algo que ver con tu esposo.

No había tiempo para más explicaciones. El revuelo en los alrededores anunciaba que los hombres del obispo ya andaban cerca, así que se apresuró a regresar al dormitorio y metió un par de vestidos y calzas en un bolso de cuero. Después, cambió el camisón por algo más abrigado. El invierno ya asomaba por las empedradas calles de Biertan y pronto llegarían las nieves a los Cárpatos.

—¡Crina Ardelean! ¡El Obispo de Biertan reclama tu presencia!

Aquellos gritos, unidos al rumor expectante de los vecinos, que sin duda ya se habían congregado frente a la casa para cotillear, aceleraron los latidos de su corazón. Ya iba a salir cuando se percató de que aún andaba descalza, así que tuvo que volver para colocarse las botas.

—¡Señora Ardelean! ¡Por favor! No nos obligue a utilizar la fuerza.

—No será necesario —Crina apareció en la puerta con el bolso al hombro y forzando un gesto de dignidad en el rostro—. ¿Por qué me requiere el obispo de esta forma? —se acercó para susurrar a uno de los hombres—: ¿No ve que me está poniendo en evidencia?

—El obispo será quien le revele sus motivos. Por favor —respondió el hombre, un tipo de cuerpo espigado y bigote, apartándose a un lado y señalando el camino hacia la iglesia con un gesto de la mano.

El otro caballero, más corpulento, se situó delante para marcar el paso. Caminaba con la cabeza alta, el ceño fruncido y la boca encogida como si estuviera masticando un pomelo. Crina lo seguía, haciendo esfuerzos por no fijarse en las mujeres que cuchicheaban a su paso. Cada mirada que se cruzaba con la suya y cada dedo que la señalaba le recordaban que estaba siendo escoltada por los hombres del obispo, un «honor» reservado a delincuentes y condenados. El pasillo de curiosos se le hizo eterno y, a pesar del frío invernal que acechaba Biertan, sus mejillas se

encendieron con un rojo intenso. No fue capaz de continuar con el rostro descubierto, así que optó por colocarse la capucha del vestido.

La iglesia no estaba lejos, pero le parecía que llevaba horas caminado. Durante el resto de la marcha no despegó los ojos del suelo pedregoso, ni siquiera cuando subieron los ciento setenta y dos peldaños de la escalera cubierta con techo de madera que llegaba hasta la cima de la colina. Allí, en la parte más alta del pueblo, se encontraba la muralla que abrazaba las tres naves de la iglesia. Con cada paso su furia y su preocupación aumentaban, pero como la joven bien educada que sus padres la habían obligado a ser, lo disimulaba apretando los dientes y levantando las cejas, forzando una serenidad ficticia.

No fue necesario atravesar la puerta de la capilla principal, el obispo los esperaba fuera con cara de circunstancias. A pesar de la barba y los cabellos blancos, el anciano era robusto y todavía conservaba una postura firme. Crina corrió hacia el hombre y se arrodilló.

—¿Qué puede haber sido tan grave como para enviar a sus hombres a por mí y castigarme con esta deshonra, mi señor?

—Levántate, Crina —le pidió el obispo con dulzura poniéndole la mano en la cabeza, y luego la ayudó a ponerse de pie—. No soy yo ni es la Iglesia quien te reclama por tus pecados, sólo he accedido a cumplir la solicitud que se me ha hecho. Pesa una amenaza sobre los sagrados lazos de tu matrimonio, hija.

—¿De mi matrimonio? —preguntó Crina, arqueando las cejas—. Señor, ahora sí me está asustando.

—Y asustada debes estar, niña —el anciano se dirigió con pesar a los hombres que la habían traído—: llevadla a la Torre de la Prisión.

—¡A la Prisión?! —gritó, con las mejillas incandescentes y las lágrimas asomando a sus pequeños ojos azules.

—Lo siento, Crina —susurró el obispo y luego bajó la cabeza.

Crina sabía lo que eso significaba. Todo el pueblo lo sabía. La escoltaron hasta la Torre de la Prisión sin que se resistiera y, con cada pisada sobre los peldaños de piedra que conducían a la parte superior, iba perdiendo un trocito de dignidad. En su familia había algún matrimonio que había recurrido a tal extremo y que había sufrido la vergüenza y el desprecio de sus conocidos. ¿Cómo había podido pasarle a ella?

Los dos hombres abrieron la puerta de barrotes que daba acceso a la celda sin muchos miramientos y la empujaron dentro. A continuación, volvieron a cerrar con llave y se marcharon.

—¿Quién ha sido? —gritó Crina a los hombres que se alejaban—. ¿Quién ha pedido nuestro encierro?

Como respuesta, un portazo.



# I

—He sido yo —respondí desde la única silla de la minúscula estancia.

—¡Velkan! —se volvió hacia mí, confundida.

—Tienes dos semanas, Crina —hice una pausa para empujar el nudo que tenía en la garganta

—. Dos semanas para ser sincera o el divorcio será efectivo.

Crina se dejó caer hacia el suelo, despacio, y allí permaneció en silencio, con aquella mirada penetrante y triste, tan llena de odio.



Habían pasado horas y Crina no se había movido de los barrotes. Yo la observaba desde la esquina de enfrente, a tan solo un par de metros y, sin embargo, sentía que nos separaba un océano. Mi esposa... y ni siquiera se dignaba a mirarme. De vez en cuando dejaba escapar un suspiro de hastío que me daba esperanzas: tal vez aún era posible conservarla.

—Sé que ahora me odias...

—Dejaré de odiarte si terminas con esto y nos vamos a casa, a seguir con nuestras vidas —me interrumpió ella con un tono de súplica al que poco antes habría sucumbido.

—No puedo hacer eso —respondí, aunque deseaba hacerlo y continuar fingiendo que nos queríamos.

—¿Es por mis reproches cuando llegas tarde a casa? Porque puedo dejar de hacerlo...

—¿Y qué pasará después? —dije, acercándome a ella—. ¿Qué harás cuando ya no te quede más espacio donde guardar tu rencor? Serás una vieja amargada...

—Entonces deja de comportarte como un niño —Crina se levantó y me sujetó la cara con ambas manos, buscando mi mirada—. Ahora tienes una esposa. ¡No puedes andar por ahí cada noche!

—¿Por qué te casaste conmigo?

Crina dudó un momento, desvió su mirada ofendida y no respondió a la pregunta. Iba a necesitar algo más que un par de horas para hacerla entender, así que no retrasé el momento más y saqué el diario de mi petate. Lo sujeté con delicadeza, pues las cubiertas de cuero ya se estaban cuarteando y las hojas se habían vuelto frágiles y amarillentas. Me acerqué a ella y lo dejé a su lado, en el suelo.

—¿Qué es eso? —preguntó mirándolo de soslayo, intentando ocultar su curiosidad.

—Dos semanas tienen muchas horas y aquí no hay nada que hacer, salvo conversar y pensar. Intuyo que este libro puede hacer tu estancia más amena.

—¡Ja! —soltó ofendida—. ¡Qué detalle! Gracias por encerrarme aquí y darme este libro mohoso para entretenerme.

—¿Tienes algo mejor que hacer?

Incapaz de encontrar una respuesta ingeniosa, tomó el libro y lo abrió por la primera página. Estaba escrito a mano, pero bastaba con reparar en los renglones perfectamente rectos, en la letra

redondeada y cuidada, para saber que quien lo escribió era meticuloso y seguro de sí mismo. Crina posó el dedo en la primera línea y comenzó a leer en voz alta:

—«Me conocen como la bruja de Biertan» —cerró el libro de un golpe y lo lanzó con fuerza, haciéndolo aterrizar bajo la estrecha mesa que había en la celda—. Pero, ¿cómo te atreves a darme un libro sobre brujería? Es eso, ¿no? ¡Hay otra! —se cubrió la boca con la mano como si hubiera descubierto un secreto y no pude evitar soltar una carcajada—. Dios mío, estás embrujado, ¿no es cierto? Tengo que salir de aquí. Debo llamar al obispo y...

—Pero, ¿qué dices? —la interrumpí. Me agaché y la sujeté por los hombros.

—¡No me toques! ¡No quiero que me contagies! —me empujó.

—¿Sabes qué? —dije, subiendo la voz más de lo que en realidad quería y poniéndome de pie—. Haz lo que quieras. Pasaremos estas dos semanas en silencio, sin decir una sola palabra.

Nada más haber dicho eso me di cuenta de que iba a ser complicado cumplirlo. La ley lo estipulaba bien claro: la pareja pasará quince días confinada en la Torre con tan solo un ejemplar de cada utensilio necesario, hasta que tomen una decisión. En aquella celda teníamos que compartirlo todo: una cama individual estrecha, una mesa pequeña a la que acompañaba una única silla, una manta y una vajilla compuesta de un vaso, un plato y una cuchara.

Por un momento casi me arrepentí de haber llegado tan lejos, de haber renunciado a la vida con la que tanto había fantaseado, pero pronto me volvieron a la cabeza todas esas noches desperdiciadas en tabernas a las que huía para no hacer frente a la verdad y la culpa por el daño que había causado.

En las horas sucesivas tan solo se escuchó el ruido de la lluvia que caía fuera. Crina demostró tener un orgullo férreo y no se movió de su lugar junto a los barrotes. Cuando el atardecer se cernía sobre Biertan, uno de aquellos dos hombres del obispo, el de la eterna expresión enojada, apareció con un cuenco de sopa y un trozo de pan. Uno.

Aunque mi estómago rugía, hice lo debido y se lo ofrecí a Crina, que lo declinó girando la cabeza hacia un lado. A pesar del poco tiempo que llevábamos casados, ya teníamos bastante práctica en eso de ver quién era más orgulloso, así que agarré la cuchara y me zampé la cena en un abrir y cerrar de ojos. A continuación, me tumbé en la cama, dándole la espalda, y fingí dormir.

La oscuridad se unió al silencio de la celda, apenas iluminada por una pequeña vela. Escuchaba sus dientes castañear de frío, pero sabía que no estaba en disposición de invitarla a compartir la cama conmigo, así que dejé caer la manta al suelo. Al principio, Crina solo observó el gesto, pero las noches gélidas de Biertan pueden templar el orgullo de un rey y también pudieron con el de mi esposa, que se arrastró sigilosa hacia la manta y se la colocó alrededor, apretándola contra su cuerpo tembloroso.

De repente, sus ojos se fijaron en él: aquel libro que la observaba desde debajo de la mesa, como una llama a una polilla. Tampoco su curiosidad pudo resistirse y, envuelta en la manta, se sentó en la esquina, a los pies de la cama, y lo abrió.



## Piedra de Luna

**«La piedra del viajero».  
Libera las malas energías.**

Me conocen como la Bruja de Biertan, pero ese apodo no me cayó del cielo. Si eres uno de esos escépticos que pululan por ahí, debo advertirte que, aunque tú no creas en los misterios del universo, el hecho es que existen. Que hayas llegado hasta este libro es buena prueba de ello. Discúlpame, no me he presentado del todo.

Nací en Biertan, un pequeño pueblo de Transilvania, en el solsticio de invierno, que aquel año coincidió con el veinticuatro de diciembre, cosa que mi padre tomó como un buen augurio. Esa fue la primera vez que el universo demostró lo irónico que podría llegar a ser. Como es obvio, no soy capaz de recordar aquella noche, pero mi padre me lo relató tantas veces que me atrevo a contarlo con la seguridad de que seré fiel a la realidad.

—Ve a conocer a tu hija —dijo mi abuela, dándole a mi padre un golpe en el brazo, como siempre hacía después de pronunciar una frase.

—Una niña —suspiró mi padre, negando con la cabeza.

—Eso es lo que te ha tocado. Levántate y cambia esa cara. Yo tuve ocho hijos varones y nunca me quejé.

—Las niñas vienen a este mundo a sufrir. Tendrá que obedecerme a mí hasta que tenga que obedecer a su marido —se quejó mi padre—. Yo quería un hijo fuerte que nos sacara de este cuchitril y nos llevara a Sibiu.

—¡Ve ahí dentro ahora mismo! Que aún me quedan fuerzas para arrearte con el bastón.

Mi abuela era una mujer especial, ¿no te parece? Me habría encantado conocerla, pero no soportó aquel invierno y nos abandonó, dejándome sola con un padre cabezota y gruñón y una madre hecha de piedra. Mi madre contaba que, cuando mi padre entró a ver «lo que había parido», solo me observó de arriba abajo y suspiró resignado. Aún así, mi padre era un especialista en negar la realidad y fabricarse una mucho más satisfactoria, así que no cambió ni un ápice el plan que tenía para su primogénito, ni siquiera en lo que se refería a mi nombre.

Me llamó Mítica<sup>[1]</sup>, como mi abuelo, tal vez con la esperanza de que me transformara en un varón. Los primeros recuerdos de mi infancia comienzan a los cinco años y ya entonces, en la imagen que me devolvía el pequeño espejo de mano de mi madre, vi que no me parecía mucho a las otras niñas. Mi oscuro pelo corto resaltaba entre las largas melenas castañas de las niñas que me cruzaba en el mercado, y mis pantalones de lino provocaban miradas extrañas, aunque a mi padre no parecía molestarle. Estaba decidido a seguir fingiendo hasta que todo le estallara en la cara. Entre tanto, seguí creciendo como una criatura inocente durante algunos años más.

Por mi décimo cumpleaños, mi madre decidió preparar una celebración por todo lo alto. Para nosotros, eso quería decir que comeríamos pollo y que los adultos beberían licor hasta acabar desparramados por el suelo o cantándole serenatas a las gallinas. Los niños podríamos jugar afuera y atiborrarnos de pastel. A mí me pareció un plan estupendo, hasta que mi madre vino a verme antes de que llegaran los vecinos con sus hijos.

—Mítica, no puedes vestirte así para tu cumpleaños. Ya no —me dijo, agachándose hasta quedar a mi altura.

—¿Por qué no?

—Porque eres una niña —mi madre arreglaba muchas cosas con frases así de tajantes—, y tienes que ir dejando de jugar a matar dragones con palos y de tirarte colina abajo como si fueras una pila de heno.

—¿Por qué? —Mi pregunta favorita. Mi madre arrugó el ceño y soltó el aire de sus pulmones con rabia.

—Porque esas son cosas de niños —sentenció, poniéndose de pie y llevándome de la mano hasta la cama.

—Pues entonces quiero ser un niño.

—Pero, ¿qué disparates dices? Siéntate, anda —dijo, dando un golpecito en la cama. Después sacó una bolsa de tela blanca y me la dio—. Vamos, mira dentro.

Dibujé una amplia sonrisa que duró solo hasta que vi cuál era mi primer regalo del día.

—¿Un vestido?

—¿No te gusta? —preguntó mi madre ofendida—. A cualquiera de las niñas del pueblo le encantaría llevar este vestido. He estado cosiendo cada noche desde hace meses...

Tuve una sensación extraña e incómoda. Era como si estuviéramos haciendo un trueque: mi obediencia a cambio de un poquito de culpa.

—Claro que me gusta, madre, pero no parece muy calentito...

—Bobadas —repuso, girando la cabeza hacia un lado—. Te pones unas buenas calzas de lana debajo y listo. Vamos, pruébatelo, que van a llegar los invitados.

No estaba muy convencida, pero el aroma a pastel de chocolate que llegaba de la cocina inundaba mi habitación y las risitas de los hijos de los vecinos ya se escuchaban a lo lejos, así que decidí contentar a mi madre por un día. Me planté el vestido, las calzas y las botas mientras ella recibía a los invitados.

—¡Vamos, Mítica! —me gritó desde la habitación que hacía las veces de salón y cocina—. ¡Te estamos esperando!

Corrí sin siquiera contemplarme en el espejo: A mí lo que me interesaba era ver qué regalos me habían traído.

—¡Vaya! ¿Es esta nuestra Mítica? —exclamó la señora Enescu, una mujer acomodada y altiva para la que mi madre cosía. A ella se sumaron el resto de los invitados, con idénticos gestos de asombro.

—¡Qué precioso vestido, Nicoleta! ¿Se lo has hecho tú? —le preguntaban a mi madre, cuya sonrisa era tan ancha que salía de la casa por las ventanas.

Las niñas me miraban de arriba abajo, unas con sorpresa y otras con fastidio, y los niños, que eran pocos y pertenecían a mi familia, se reían y me señalaban. Un par de ellos intentaron jugar a levantarme la falda y fracasaron estrepitosamente, porque eso es lo que pasa cuando te dan una patada en la espinilla por pasarte de listo. Me sentía rara, como si llevara un disfraz. Mi padre solo alcanzó a mirarme de soslayo, pues ya estaba ocupado con los maridos de las vecinas y con su jarra de vino.

Cuando comenzaron a darme los regalos me relajé un poco. Me gustaba aquella atención y que, por una vez, las niñas que tenían mejores casas y mejores ropas me envidiaran a mí, aunque era bastante mala disimulándolo. Más tarde, aquella misma noche, aprendería que las niñas solo podían experimentar ciertas emociones, como el enfado, siempre y cuando no se les notara.

Cuando los adultos ya habían cotilleado lo suficiente y antes de que los hombres acabaran tirados por el suelo a causa del licor, mi madre sacó el pastel. Era una tarta de dos pisos cubierta de chocolate, adornos de nata con mi nombre y una vela en el centro. La dejó sobre la mesa mientras los allí presentes cantaban, sentados a mi alrededor. Cerré los ojos y pedí mi deseo, pero cuando me disponía a soplar la vela, vi a Oana, la repelente hija de la señora Enescu, introducir el dedo en el pastel y después metérselo en la boca.

Perdí los nervios. El cumpleaños dejó de importarme, así como los ojos que me miraban. Arranqué un trozo de tarta y se lo estrellé en la cara.

—Toma, ¿no quieres más pastel?

—Pero, ¡Mítica! —gritó mi madre con las mejillas enrojecidas—. Discúlpela, señora Enescu. Lleva todo el día nerviosa por la celebración...

—¡Que me pida perdón ella a mí! —exigí a gritos, señalando a Oana, que lloraba mirando su vestido blanco, ahora marrón.

Mi madre restregaba en vano un paño húmedo por el encaje del vestido de Oana bajo la atenta mirada de la señora Enescu. Podía escuchar sus pensamientos con cada uno de sus resoplidos y, antes de que diera por terminada la velada, me adelanté:

—¡Pelea de bolas de nieve! —grité mientras corría hacia el exterior.

Los demás niños me siguieron, sin reparar en Oana, y mi madre tuvo que aguantar las ganas de gritarme para evitar otro numerito delante de las vecinas.

Jugué un rato, pero estaba cansada de tener que comportarme como una señorita, así que me alejé con disimulo de los niños que se lanzaban bolas de nieve frente a mi casa y me senté junto al árbol que había en la parte de atrás, en el huerto del que nos abastecíamos.

—Maldita Oana —susurré, frunciendo el ceño—. Maldita mil veces.

—Cuidado con lo que desees —dijo una voz oculta en la oscuridad de la noche, que me sobresaltó.

—¿Y qué sabes tú?

De entre los arbustos surgió un niño que debía ser varios años mayor que yo, de piel tostada y cabello negro como el cielo nocturno. Sus ojos esmeralda brillaban e iba ataviado con ropas algo raídas, pero que parecían abrigar.

—¿De verdad quieres maldecir a esa niña? —me preguntó, acercándose.

—Lo que quiero es que se arrepienta de haberme arruinado el día. Hoy es mi cumpleaños, ¿sabes?

—Ah, pues eso hay que celebrarlo. Felicidades... —dijo, dibujando una amplia sonrisa en su cara sucia.

—Mítica, me llamo Mítica.

—Es un nombre raro para una niña, pero igualmente felicidades, Mítica —calló un momento y se quedó pensando—. Entonces, si hoy es tu cumpleaños, debo darte un regalo. Déjame pensar —se sujetó la barbilla con la mano—. Podemos enseñarle una lección a esa tal Oana, si quieres. Mi madre dice que así uno aprende más rápido.

—Eso sería divertido —admití, soltando una carcajada traviesa—. ¿Y qué propones? Podríamos... escondernos en la oscuridad y darle un susto.

—Para lo que se me ocurre no necesitamos movernos de aquí —lo miré extrañada—. Cierra los ojos —obedecí con curiosidad—. Piensa. Concéntrate. ¿Qué crees que le haría aprender la lección? Pero cuidado con lo que deseas, ya sabes...

—Hmmm —me tomé un momento para pensar—. Ella siempre está burlándose de mi ropa y de mi pelo. Dice que solo los niños pueden llevarlo tan corto. A veces pienso que ojalá se quedase calva.

—Un poco cruel, pero tú eres la cumpleañera. Abre los ojos.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

—Ahora vete a tu casa —me respondió, esbozando una sonrisa y dándose la vuelta para marcharse.

—¿Pues vaya engaño! ¿Dónde está mi regalo?

Cuando terminé de gritarle, me di cuenta de que el misterioso niño había desaparecido entre las sombras. Me quedé callada un momento, decepcionada. Ya no se escuchaba a los niños jugar.

Los copos de nieve comenzaron a mojarme el cabello y el frío penetró hasta mis huesos, así que corrí a cobijarme en casa con la intención de escabullirme por las escaleras de madera hasta mi habitación.

—¡Mítica! —exclamó mi madre justo antes de que pusiera un pie en el primer peldaño, se acercó a mí y me sujetó por los hombros con preocupación—. ¿Dónde estabas?

—Estaba ahí mismo, en el huerto. ¿Qué pasa?

—Oana —negó con la cabeza, poniéndose ambas manos en la cara.

—¡Ag! ¿Qué le pasa a esa niña malcriada ahora?

—¡Se le está cayendo el pelo!

—¿En serio? Digo... ¿De qué hablas, madre?

—Los mechones rubios se le caían como cuando desplumas una gallina. ¡Ay, Mítica! ¿Habrás sido el pastel? —mi madre también era experta en buscar explicaciones absurdas a todo.

—¿El pastel? A nadie se le cae el pelo por comer chocolate, madre. Será que sus maldades se han vuelto por fin contra ella —me cubrí la boca para reírme.

—¡No digas eso! —exclamó y se santiguó varias veces, cosa que me divirtió aún más.

—Bueno, todos han comido pastel. ¿Le ha ocurrido lo mismo al resto? —Mi madre negó con la cabeza—. Pues ahí lo tienes. Habrá sido alguna de las hierbas que se echa para suavizarlo.

Me di la vuelta sin excusarme y subí corriendo los peldaños hasta llegar a donde se encontraba mi cama. Me tumbé llena de energía, incapaz de contener la risa que clamaba por salir de mis pulmones. Al cabo de unos segundos, me percaté de que aquello significaba que había un niño rondando por el pueblo... un niño que era capaz de hacer realidad los deseos, incluso los que no eran del todo bien intencionados. Aquello me asustó un poco pero, sobre todo, me entusiasmó.



Pasé días, semanas y meses buscando sin suerte al misterioso niño del pelo azabache y la piel tostada que me había hecho el mejor regalo de cumpleaños de mi vida. Sabía que no podía preguntar a cualquiera por alguien así. Puede que tuviera solo diez años, pero ya había oído hablar de *ellos*.

Eran los que se paseaban por la plaza del pueblo en carros tirados por asnos. Los colores brillantes que adornaban la ropa de las mujeres y las pulseras doradas que colgaban de sus muñecas siempre me habían llamado la atención. Los niños andaban sucios y descalzos, incluso en

invierno, sin que aquello pareciera molestar a sus padres. A veces envidiaba esa libertad, aunque a cambio tuvieran que mendigar con su música algunas monedas. Mi madre los miraba por encima del hombro, con desconfianza, y solía apartarse si alguno se le acercaba. Nadie comprendía cómo podían vivir comprimidos en esos carros o en las pequeñas carpas que levantaban a veces a las afueras del pueblo, viajando de un lugar a otro, toda la vida.

Dos años pasaron y casi me había olvidado de aquel niño, aunque el pelo de Oana continuó cayéndose más de lo que esperaba que durara un deseo. La primavera se había instalado y animaba a las gentes a salir a calentarse bajo el sol y a usar ropas más ligeras. La plaza estaba atestada de puestos de frutas, verduras y artesanos que cantaban al viento las virtudes de su mercancía. En Biertan, todo estaba en venta, en especial después de la última guerra con los turcos, que había hecho de Transilvania una región independiente, o eso decía mi padre.

Mi madre siempre se afanaba por encontrar el mejor precio y disfrutaba regateando con los comerciantes y los granjeros. Yo prefería explorar en busca de novedades y, a veces, lograba escabullirme entre la muchedumbre hasta los puestos de hierbas medicinales, de curanderos y comerciantes extranjeros que traían exóticos productos de tierras lejanas, al otro lado de los Cárpatos.

Uno de aquellos días, un olor dulce y empalagoso me acarició la nariz mientras caminaba entre los puestos. Seguí su rastro entre el gentío. Podía sentir su sabor en la lengua. Anduve tras aquel aroma, esquivando a las señoras que protestaban por los precios o que buscaban la mejor pieza de fruta. Me di cuenta de que había perdido de vista a mi madre, pero, por fin, allí estaba la fuente de aquel olor.

Me quedé observando aquella extraña... cosa. Era marrón, redonda y más grande que una manzana, con un pelaje rugoso que no había visto nunca.

—Se llaman cocos —reconocí su voz antes incluso de volverme para mirarle.

—¡Tú! —exclamé. Aunque ahora me sacaba una cabeza y el pelo le llegaba hasta la barbilla, seguía conservando aquellos ojos verdes—. Te he buscado por todas partes.

—¿A mí?

—No sé qué fue lo que hiciste, pero funcionó —le dije, bajando la voz y mirando a ambos lados en un intento de que nadie me escuchara—. Oana perdió el cabello.

—¿No era eso lo que querías?

—Bueno... solo un poco.

—Hay que tener cuidado con lo que se desea. Ya te lo dije, Mitica.

—Nunca me dijiste tu nombre...

—Nunca me lo preguntaste. Soy Razvan —dijo mientras observaba y olía una a una las frutas del puesto—. ¿No te gustaría probar uno? Este tiene buena pinta —aseguró, señalando un coco, y a continuación lo cogió para ofrecérmelo.

—Tenemos que pagar eso —le susurré.

—¿Tienes dinero? —negué con la cabeza—. Pues yo tampoco, así que corre.

Razvan salió a correr, zigzagueando entre la gente, y yo lo seguí. Al fondo podía escuchar los gritos del mercader en cuanto se percató de que nos habíamos llevado su coco. Estaba tan concentrada en escapar de allí, tan perdida en la descarga de energía que experimentaba por mi travesura que, cuando me di cuenta, ya nos encontrábamos muy lejos de la plaza central.

Las casas estaban cada vez más separadas y pronto se acabaron las calles empedradas, que dieron paso a caminos de tierra, salpicados de malas hierbas, y de repente ahí estaban: aquellas carpas sobre las que cuchicheaban los vecinos.

—Debería volver —dije, aunque continuaba caminando detrás de Razvan, que volvía la cabeza todo el rato para asegurarse de que no me había perdido.

—Espera. No puedes irte ahora. Tienes que probarlo. Ven —respondió con entusiasmo y me agarró de la mano para guiarme.

Apartó la tela de una de las carpas y entramos. Podía sentir mis ojos abrirse de par en par ante tanto colorido, rebosantes de entusiasmo, absorbiéndolo todo. Decenas de pañuelos rojos, violetas y amarillos cubrían el techo, y almohadas de estampados extravagantes se disponían por el suelo como piedras de un camino. Había cofres de madera tallada y cestas de mimbre con hierbas y flores que despertaron mis sentidos.

—No te preocupes —dijo Razvan—. Pagaré al señor del mercado en cuanto consiga alguna moneda —rebuscaba en uno de los baúles mientras yo seguía mirando, maravillada—. ¡Ajá! —exclamó, sacando un pequeño cuchillo.

—¡Razvan! ¿Qué estás haciendo? —gritó de repente una mujer desde las cortinas de la carpa.

—Intento abrir este coco. Madre, ¿sabes que Mitica jamás había visto uno? —le respondió Razvan, señalándome con un movimiento de cabeza.

—¿Has traído una niña del pueblo aquí? ¿Cómo se te ocurre? —dijo la mujer, zarandeando a su hijo—. Dame eso —le quitó el coco y clavó la punta del cuchillo, haciéndole un agujero. Después vertió el líquido del interior en una copa plateada—. Toma y vete a tu casa. No deberías... —la mujer dejó de hablar en cuanto me rozó la mano y se quedó paralizada unos segundos. Luego reaccionó—: Mitica es un nombre raro para una niña...

—Mi padre quería un varón.

La madre de Razvan me clavaba sus grandes ojos, tan verdes como los de su hijo, como si hubiera visto un fantasma, y eso me puso nerviosa.

—Debería irme, sí —asentí, devolviéndole la copa y girándome para salir de la carpa.

—¡Espera! —exclamó la mujer—. Prueba la leche de coco, al menos.

Me la bebí de un trago, tan rápido que no tuve tiempo de saborearla, volví a darle la copa y me apresuré hacia la salida.

—Gracias, señora. ¡Adiós Razvan! —grité mientras desaparecía detrás de la cortina naranja.

Me alejé de allí a toda prisa, todavía con el corazón en la garganta y sin poder quitarme la mirada de aquella exótica mujer de la cabeza.



## II

Sabía que Crina era terca, pero pensaba que las frías temperaturas nocturnas aplacarían su naturaleza. No fue así, al menos no la primera noche en la Torre de la Prisión. Para cuando la mañana dejó entrar los primeros rayos de luz por la minúscula ventana circular que había en la estancia, yo ya llevaba un buen rato observando cómo mi esposa dormía en la esquina que había a los pies de la cama, retorcida como un gatito y abrazada a aquel viejo diario.

Saber que al menos había comenzado su lectura me tranquilizó. Tal vez el libro le hiciera entender... lo que estaba en juego. Me bajé del lecho y le coloqué bien la manta que debíamos compartir, lo que la despertó.

—Lo siento, no quería...

—Creía que había sido un sueño —me cortó, decepcionada, mientras se incorporaba—, pero sigo aquí, encerrada. ¿Has tenido suficiente ya?

—¿Estás lista para contarme la verdad?

—¿Qué verdad, Velkan? Me encierras aquí para torturarme. ¿Qué clase de esposo hace eso?

—Confío en que llegues a entenderlo algún día...

Crina suspiró y se quedó callada. El ruido de su estómago, vacío desde el día anterior, rompió el silencio y me provocó una sonrisa a mí y dos círculos rojos en las mejillas a ella.

—Vamos. Come algo —le ofrecí la mano para que se levantara y ella la aceptó, aún enfadada. Pensé en la bruja del diario, en todas sus pócimas y hechizos, y en lo poderosos que tendrían que ser para alterar un ápice aquel carácter.

El pan que nos habían dejado seguía tierno. Lo desenvolví del pañuelo que lo protegía y corté un trozo para Crina, que lo devoró como si hubiera olvidado los modales que tanto habían insistido en inculcarle.

—¿Qué? Me has visto comer un millón de veces.

—Jamás te había visto disfrutarlo tanto —respondí sin disimular mi sonrisa, pero enseguida recuperé un gesto más serio—. ¿Por qué yo, Crina? ¿Por qué me elegiste a mí?

Aquella pregunta debió alcanzar un lugar alegre en la memoria de Crina, porque sonrió por primera vez desde que había entrado en la prisión.

—Tuve un sueño —desvió la mirada, intentado rescatar aquel recuerdo—. Cuando era pequeña, mi madre siempre decía que no entendía por qué los hombres confiaban algo tan importante como la preparación de lo que iban a comerse a una desconocida, aunque fuera la madre de sus hijos. Me pareció una observación curiosa y se quedó conmigo. Una noche soñé cómo iba a ser mi vida el día que abandonara la casa de mis padres. Había dos niños correteando por el huerto, una casita pequeña pero acogedora y, cuando entré, la mesa estaba dispuesta y alguien que no era yo cocinaba un pastel que todavía puedo de oler. ¿Recuerdas cómo nos conocimos? —sonrió, conociendo la respuesta.

—En el mercado —respondí, sorprendido por la revelación.

—Buscaba un pastel de cumpleaños y tú me dijiste, con esa vocecita aguda que tenías de niño: «lo he hecho yo mismo».

Le devolví la sonrisa con la nostalgia dibujada en el rostro, la misma que me pedía a gritos que terminara con aquello. «Esa sonrisa no es para mí», me dije.

—¿Y si no era yo a quien viste en tu sueño? —pregunté, levantándome de la única silla que había y recordando por qué estábamos allí.

—¿Qué quieres decir? Eras tú. ¡Claro que eres tú! —exclamó y me siguió—. Probablemente seas el único hombre de Biertan, de toda Transilvania, que no necesitaría casarse para poder comer algo decente.

Al principio no pude evitar ofenderme, pero luego pensé en mi madre y en lo orgullosa que habría estado de escuchar aquello. La echaba de menos, a ella y a su espíritu indomable. Miré a Crina de arriba abajo.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó molesta, perdiendo el entusiasmo que le había traído aquel sueño.

—Estaba pensando en la razón por la que yo te elegí.

—Ah —soltó preocupada—. Creía que había sido amor a primera vista...

—De eso nada. Fueron tus manos.

—¿Mis manos? —preguntó, bajando la cabeza para fijarse en ellas, aún más decepcionada.

—Siempre estaban manchadas de tierra. Hasta el momento en que te vi ayudando a los campesinos, nunca me había planteado que una niña de una familia rica pudiera dignarse a aprender las labores del campo.

—Mi madre odiaba que me relacionara con los campesinos, pero a mi padre le parecía que saber de la tierra podría serme útil algún día —explicó Crina, recuperando la sonrisa con aquel recuerdo.

—¿Por qué dejaste de hacerlo?

Mi pregunta volvió a ensombrecer su mirada, ocultando a la niña espontánea y divertida que había sido y dejando salir a la altiva joven en la que se había convertido.

—No es la labor de una esposa correcta ocuparse de los trabajos del campo.

Crina se dio la vuelta con un aire de superioridad que yo odiaba y cogió otro trozo de pan. No soportaba cuando se transformaba en la señora de la casa, en la esposa abnegada y complaciente que se limitaba a cumplir su rol. Pero era culpa mía. Aquel gesto me puso tan furioso que no esperé un día más y solté la pregunta cuya respuesta estaba decidido a conseguir:

—¿Por qué te casaste conmigo?

Crina se quedó inmóvil, de espaldas, y, aunque no le veía la cara, estaba seguro de que tenía el ceño fruncido en su esfuerzo por encontrar una buena respuesta.



## Romero

**Para limpiar las malas energías y  
ampliar los poderes de la mente.**

Mi casa era demasiado pequeña como para poder entrar sin que nadie se percatara, así que ni siquiera lo intenté. Me detuve frente a la puerta y tomé aire para soportar lo que se me venía encima. Encontré a mi madre amasando el pan en la mesa de madera de la cocina. En cuanto me vio, saltó como si le hubieran pinchado con un clavo y se acercó a mí.

—¿Dónde narices estabas, Mítica? —me preguntó, zarandeándome de los hombros con las manos cubiertas de harina—. Ya no sé qué hacer contigo. ¿No ves cómo se comportan las niñas de tu edad? ¿Por qué no puedes ser como ellas?

—Lo siento. Me distraje en los puestos...

—Siempre tienes una excusa —me interrumpió—. No me importa, Mítica. Ya estoy cansada. Aprenderás de una vez a ser una señorita. La señora Enescu da una fiesta mañana y me las he apañado para que nos invite.

—Pero, madre...

—¡Nada de peros! —gritó, levantando la mano—. Vendrás a la fiesta, te comportarás como debes y dejarás tu nombre y el de esta familia en el lugar que le corresponde —ya podía notar cómo los ojos se me inundaban con lágrimas de rabia—. Ahora y, puesto que te gusta tanto ensuciarte y portarte como un burro, vete al granero y ponte a trabajar.

El castigo podría haber sido mucho peor, así que ni siquiera me quejé. Prefería mil veces limpiar a los caballos o amontonar el heno antes que quedarme encerrada en casa, zurciendo trapos o tejiendo mantas, mientras escuchaba a mi madre resoplar acerca de lo mucho que hacía por nosotros y lo poco que se quejaba por ello.

Me calcé las botas altas, que me llegaban hasta las rodillas, y salí por la puerta de atrás. Mi padre, que cortaba leña ajeno a todo, soltaba un quejido cada vez que daba un golpe con el hacha sobre los troncos pues, como siempre decía, «ningún acopio de madera, por grande que sea, está de más en el invierno de Biertan».

Comprendí lo equivocada que había estado al contentarme con mi castigo en cuanto vi el estado del granero: aquello era un desastre. El año anterior la cosecha no había sido muy buena y mi padre no había recaudado suficiente dinero como para contratar a un par de hombres para trabajar las tierras, así que tenía que conformarse con las veces en que yo me metía en un lío para recibir algo de ayuda. Fui hija única, así que no había un varón al que enseñarle los trabajos del campo.

Agarré el rastrillo y me dispuse a pasar la tarde más larga de mi vida.

Cuando oscureció, tuve que encender una de las lámparas de aceite, y fue entonces escuché algo que parecía arrastrarse al fondo. Dudé que fuera una rata y los lobos no solían acercarse tanto a no ser que hubiera un rebaño de ovejas. Me escondí tras una de las montañas de heno que había apilado y sujeté el rastrillo con fuerza, en silencio. Pude ver una sombra aproximarse, así que levanté el rastrillo como si fuera una espada, agarrándolo con las dos manos, y salí de detrás del heno de un salto.

—¡Te tengo! —grité, rastrillo en alto—. ¡Razvan! ¿Qué haces tú aquí? Podría haberte matado...

—Tendrías que levantarlo un poco más del suelo para eso —se burló.

—No seré pequeña siempre y, cuando crezca un poco más, te daré una paliza —dije, irguiendo la espalda y levantando la cabeza con toda la dignidad que podía tener una niña de mi edad—. ¿A qué has venido?

—Te fuiste tan rápido...

—Tu madre no parecía muy contenta de verme allí.

—¿Mi madre? —metió la mano en el bolsillo, nervioso, y yo dejé el rastrillo en el suelo—. No le gusta que venga gente como tú al campamento. Quiero decir... —intentó rectificar.

—Lo sé —le interrumpí—. Sé que somos diferentes.

—El caso es que a mi madre le gustaría que volvieras.

—¿Te lo ha dicho ella? —le pregunté, entrecerrando los ojos con sospecha.

—¡Sí! De hecho, me dijo que preparará una cena mañana y nos sentaremos alrededor del fuego a contar historias. Me ha mandado para pedirte que vengas —sus ojos se arrugaban como solo ocurre cuando se sonríe de verdad, pero antes de hablar de nuevo, se puso serio—. No puedes decírselo a tus padres.

—Eso no es un problema —afirmé con una amplia sonrisa—. Saldré por la ventana de... Espera, ¿has dicho mañana?

—Ajá.

—Ay, no —solté con fastidio.

—¿Qué pasa?

—Tengo que ir a la estúpida fiesta de la señora Enescu.

—¿No es esa la madre de la tal Oana, la que se quedó calva? —preguntó sin poder evitar una carcajada.

—La misma.

—Bueno, supongo que ya vendrás al campamento otro día... —Razvan se dio media vuelta y bajó la cabeza.

—¡Ag, no es justo! De verdad que me gustaría ir contigo...

—Está bien, Mítica. Ya nos veremos por ahí...

Y tal y como había venido, Razvan desapareció entre las sombras con las que tanto le gustaba jugar, dejándome allí con la culpabilidad de ver su desilusión y furiosa por tener que cambiar una velada en aquel exótico campamento por una tarde soporífera en casa de la señora Enescu. Deseé con todas mis fuerzas que a Oana se le cayera cada cabello de su bonita cabeza rubia y solté un gruñido. La lámpara que alumbraba el granero estalló, rompiéndose en mil pedazos y dejándolo todo en la más absoluta oscuridad.



Entre el baño y el peinado que mi madre había ideado para el esperado evento de los Enescu, me llevó horas prepararme para lo que me parecía el mayor paripé que jamás me habían obligado

a representar. El vestido amplio y largo que mi madre había elegido se me enredaba en las piernas y solo me permitía dar pasos cortos y lentos. La primavera traía tardes frescas y a veces alguna que otra tormenta, así que me puse mis botines de cuero.

Mi madre preparó una cesta con bizcocho y mermelada y nos pusimos en marcha a pie. La casa de Oana estaba más allá de la plaza principal, justo antes de subir por la colina que llevaba hasta la iglesia. Por el camino, tuve que soportar una retahíla con la lista de todas las cosas que no debía hacer si quería causar una buena impresión y no decepcionar a la familia, además de todos los defectos que hacían de mí un auténtico desastre.

—No te despegues de mi lado. Si te ofrecen pastel, lo aceptas a la segunda vez. El vino ni probarlo y, vete pensando un par de cumplidos para decirle a la señora Enescu. ¡Ah, y nada de hablar del pelo de Oana! ¿Me has entendido?

¿Qué había hecho para merecer aquel cruel castigo? No pude evitar pensar en Razvan y en las interesantes historias que se contarían unos a otros cuando cayera la noche. Maldita mi suerte.

Oana abrió la puerta, con la cabeza envuelta en un colorido pañuelo de flores rojas y blancas que le favorecía bastante. Noté como se mordía la lengua para simular que nuestra presencia le agradaba, pero me dio igual. Yo también me la mordía para no soltar una carcajada.

—Bienvenida, señora Andrei —le dijo a mi madre, forzando una sonrisa que desapareció cuando se dirigió a mí—. Mítica —recogió nuestras capas y se marchó con ellas.

Tenían una casa enorme con un gran salón de piedra decorado con pieles de oso y una chimenea que parecía haberse vuelto bastante popular aquella tarde, que prometía ser fresca y caprichosa. El padre de Oana se había preocupado de que a su familia no le faltara de nada antes de morir en la última guerra contra los turcos.

Allí estaban todos: la viuda Mihaela Stefan y su nuevo marido, un noble venido de tierras germanas que se había encaprichado de ella; Raluca y Mihai, los hijos del viejo señor Dragomir, quien también había luchado contra los turcos, perdiendo las dos piernas y ganando la simpatía del obispo de Biertan y un buen trozo de tierra que hasta entonces se disputaba con su hermano; la bella Nicoleta, una joven por la que suspiraba más de uno y de la que se contaban historias que mi madre evitaba repetir delante de mí; la vieja Ruxandra, que había perdido el habla cuando su marido desapareció en el bosque, y algunos vecinos más a los que reconocía de las veces que venían a casa a comprar verduras y a que mi madre les zurciera la ropa.

Las criadas de la señora Enescu sacaron pastelitos y licor para los adultos, y leche para los niños. Jenica, la hermana mayor de Oana, deleitaba a los invitados con la dulce melodía de su *zongora*, recordándonos a todos que la familia Enescu procedía del norte. Así, entre música y comida, las mujeres se hacían cumplidos poco honestos y cotilleaban; los hombres bebían hasta ensalzar su amistad o perderla para siempre, y yo, para variar, me aburría como una seta en el bosque.

Al cabo de un rato, dejé la sobria velada y me deslicé como una sombra, decidida a husmear por el resto de la enorme casa. La melodía de Jenica fue quedando atrás hasta reducirse a un murmullo. Después de abrir unas cuantas puertas, entré en una de las habitaciones más hermosas en las que había estado nunca. Era pequeña, con las paredes de piedra gris cubiertas de antiguos cuadros de miembros de la familia que me miraban con rostros sombríos. Había una tosca mesa de madera tallada en el centro, con un tintero y varias plumas sobre ella, y al fondo, una gran estantería repleta de libros y extrañas figuras.

Siempre me habían fascinado esos estantes de las casas ajenas en los que se podía ver algo más que tarros de mermelada y platos. Soñaba con encontrar alguna reliquia maldita o accionar la puerta de un pasadizo secreto. No había leído muchos libros por aquel entonces, pero escuchaba

las historias que contaban los hombres que trabajaban para mi padre, historias sobre castillos embrujados y criaturas feroces que moraban en las montañas transilvanas.

Rocé con los dedos el lomo de los libros polvorientos del primer estante y las notas de aquella canción que había tocado Jenica se escaparon de mi boca. Empecé a silbar mientras observaba las distintas disciplinas que llenaban aquellos tomos antiguos. Casi todos eran libros religiosos.

—¿Qué haces aquí, Mítica? —dijo Oana, detrás de mí—. ¡Sal de la biblioteca de mi padre!

—¿Y qué vas a hacer si no quiero? —le respondí, girándome hacia ella desafiante, y seguí silbando la canción.

—No debes silbar después de la caída de la tarde. Da mala suerte... —aquella prohibición no hizo sino que mis ganas de silbar crecieran hasta convertirme en un ruiseñor—. ¡Cállate! ¡Atraerás a los malos espíritus! —gritó Oana, cubriéndose las orejas con las manos—. ¡Cállate!

Las supersticiones de viejas nunca me habían importado mucho y los demonios no podían ser peores que aquella fiesta. Cuanto más lo repetía, más alto silbaba yo, hasta que un viento helado apagó las velas y nos dejó a oscuras en medio de aquella sala. Las dos nos quedamos en silencio. Entonces fue cuando escuchamos los gritos que venían de abajo, de la estancia donde estaban todos reunidos.

Oana se apresuró hacia allí y yo la seguí. Puede que el apagón repentino nos hubiera asustado un poco, pero la cara de Oana se desencajó del todo al entrar al gran salón. La melodía de una *doina*<sup>[2]</sup> salía de los labios de la vieja Ruxandra, quien no había pronunciado una palabra en décadas. La mujer se mecía, tarareando letras sobre un pasado lejano, con el fuego de la chimenea alumbrando su rostro huesudo. Los invitados la miraban aterrados y sorprendidos.

—¡No es posible! —exclamaron algunos—. Es cosa de brujería...

—¡Tú! —exclamó Oana, señalando a Mítica con el dedo—. ¡Te dije que atraerías a los espíritus! ¡Estás maldita! ¡Mítica está maldita!

En aquel pueblo de ovejas, bastaba que una hiciera algo para que la siguiera el rebaño. Una exclamación de sorpresa se hizo con todos los presentes, que me rodearon en un instante, incluida mi madre. Al principio solté una carcajada y los miré como si me estuvieran gastando una broma. Luego, me percaté de que era la única que reía. Algunos me observaban con el rostro serio, otros con genuino terror, y algunos incluso se aferraban a los crucifijos que les colgaban del cuello.

—¡Ha traído a los espíritus! ¡Hay que buscar al cura! —aulló de pronto la viuda Mihaela, uniéndose a Oana.

Algunos me señalaban y gritaban que debían llevarme a la iglesia o que tenía que irme al bosque, cualquiera de las curas contra las maldiciones que las gentes del pueblo solían emplear. De repente, los hijos del señor Dragomir se abalanzaron sobre mí para agarrarme, pero pude escabullirme. Hui a través de la oscuridad, entre gritos que afirmaban que era la hija del mismísimo Diablo.

—Por aquí —me susurró una voz familiar al oído y una mano tiró de mí.

—¡Razvan!

—No pensarías que iba a dejar que rechazaras mi invitación tan fácilmente, ¿verdad? —dijo, guiñándome un ojo.

Me arrastró a toda prisa por el pasillo hasta llegar a la cocina. Conseguimos salir por la puerta que daba al huerto, cobijados por la ausencia de luz y la inacción de unas criadas temblorosas que se tapaban los ojos para no mirarme directamente. Así nos fuimos, saltando entre los arbustos y dejando atrás los histéricos gritos de los que rezaban oraciones y pedían que Dios se apiadara de mi alma infiel.



No necesité preguntar hacia dónde nos dirigíamos. Exóticos aromas de especias desconocidas llegaban hasta mis fosas nasales haciéndome salivar, y melodías que jamás había escuchado marcaban el ritmo de nuestros pasos. El campamento rebosaba vida y color, iluminado solo por la luz de un puñado de hogueras en las que se cocinaban sopas de sabores nuevos.

—Ven, quiero enseñarte algo, antes de nada —dijo Razvan, que aún me sujetaba de la mano.

Apartó la cortina de una de las carpas y tiró de mí para que lo siguiera. Se puso a rebuscar entre un sin fin de frascos y cestas mientras yo observaba a mi alrededor, deslumbrada por tanto colorido.

—¡Aquí está! —exclamó, sujetando una ramita—. Toma.

—¿Qué es esto?

—*Esto* es un verdadero amuleto —me lo puso en la mano y la cerró con cariño en un puño—. Si de verdad quieres mantener a los malos espíritus alejados, lleva esto contigo. Nada de cruces. Eso solo los enfada aún más...

—¿Estoy maldita? —pregunté. Empezaba a preocuparme.

—Mi madre cree que tienes algo... pero vamos a cenar —respondió sin darle importancia—. Si de verdad te posee un espíritu, podrá esperar a que comas.

Siempre me habían hecho gracia las supersticiones que rondaban por el pueblo, pero todo aquello me empezaba a poner los pelos de punta. Una cosa era reírse de las habladurías de viejos y otra muy distinta, estar maldita. Seguí a Razvan con la mirada hasta que salió de la carpa y, antes de ir tras él, me sacudí los malos pensamientos.

Me senté junto a Razvan, cerca del fuego. Un niño pequeño, despeinado y descalzo, me pasó un cuenco hasta arriba de una sopa que sabía tan bien como olía. Intentaba no mirar a nadie directamente, no quería parecer grosera, aunque era inevitable fijarse en los ruidosos niños que comían y saltaban a la vez, en aquellas jóvenes de largo cabello azabache con la piel tostada y los ojos del color de la luna, y en el tintineo de las monedas que adornaban los pañuelos que abrazaban sus cinturas... Era una extraña entre su gente, pero me sentía mucho más cómoda que con la señora Enescu y sus invitados.

—¿Quién es tu amiga, Razvan? —preguntó uno de los niños, señalándome con un gesto de barbilla y esbozando una sonrisa pícaro.

—Sí, Razvan —añadió otro—. ¿Ahora te juntas con la nobleza? —soltó una carcajada.

—¡Cállate! Se llama Mítica.

—Y no soy de la nobleza —apunté, sonando más brusca de lo que pretendía.

—Mira, ¡sabe hablar!

—Sabe hacer más que eso —dijo Razvan—. Espera y verás. Se te caerá el pelo...

—¡A comer y a callar! —ordenó de pronto la madre de Razvan, dejándonos a todos en silencio—. Mítica es una invitada, ¿o es que van a tener razón los del pueblo en eso de que no sabemos comportarnos?

La madre de Razvan tenía un nombre curioso, que escuché por primera vez aquella noche junto a la hoguera de labios de una anciana arrugada y esquelética que, más que andar, parecía flotar como un fantasma.

—Ayúdame, Sounya —dijo la mujer, extendiendo sus manos hacia la madre de Razvan, quien la ayudó a sentarse en la única silla que había.

—Mama Jayah —saltó uno de los niños—. ¡Cuéntanos una historia!

—¡Sí, Mama Jayah! ¡Cuéntanos una! —se unió el resto.

—Mama Jayah está cansada —interrumpió Sounya.

—No te preocupes, hija. Esta es una historia corta... —la anciana clavó sus ojos vacíos en mí. Después supe que era ciega—. Hubo una vez una pareja que deseaba con todas sus fuerzas tener un hijo —comenzó a hablar y, a pesar de su edad, gesticulaba como uno de esos cómicos que montaban obras de teatro en la plaza—. Un día, la mujer se quejó de su desgracia a una anciana que se encontró en el bosque. «Vete a casa, corta una calabaza, echa dentro un poco de leche, y bétetela. Así darás a luz a un niño fuerte y sano», le dijo la anciana. La mujer hizo caso de las instrucciones de aquella extraña y tuvo un niño hermoso, pero pronto cayó enferma y murió.

»Cuando el hijo cumplió veinte años, viajó por el mundo en busca de fortuna. Llegó hasta una ciudad grande, gobernada por un rey. Este tenía una hija y estaba dispuesto a casarla con aquel que pudiera sorprenderle con algo que nadie hubiera hecho jamás. Muchos hombres lo habían intentado y habían fracasado, pagando con sus vidas. Cuando el joven preguntó qué era lo que tenía que hacer, el rey lo encerró en las mazmorras.

»Matuya, la reina de las hadas, se le apareció entonces y le dio una caja y una caña. Le dijo que debía arrancarse algunos cabellos y atarlos en la caja y en la caña, para así tocarlos y hacer que la gente estuviera triste o contenta cuando Matuya riera o llorase. El joven mostró su habilidad con aquel invento al rey quien, maravillado, le dio a su hija como esposa. Así fue como Matuya creó el violín, y por eso nosotros lo tocamos con todas nuestras fuerzas para llorar o reír<sup>[3]</sup>.

Los niños la miraban embelesados y boquiabiertos, y repetían una y otra vez que les contara otra historia.

—Pues vaya —solté en voz alta, sin darme cuenta.

—¿Cómo dices, hija? —preguntó Mama Jayah, girando la cabeza hacia donde estaba yo.

—Na-na-nada —tartamudeé.

—A la paliducha esta no le ha gustado tu cuento, Mama Jayah —saltó uno de los niños.

—¿A quién llamas paliducha, piojo? —la verdad, Dios no me había bendecido con grandes dosis de paciencia, ni siquiera para los momentos más inoportunos.

—¿Es verdad eso, hija? ¿No te ha gustado mi cuento?

Para entonces el círculo ya no era en torno a la hoguera, sino a mi alrededor, y todas aquellas caras extrañas me miraban desde arriba, esperando que la intrusa diera una respuesta.

—Pues... el rey no parecía querer mucho a su hija si era capaz de dársela a un desconocido solo por tocar el violín...

Me quité un peso de encima cuando la última palabra salió de mi boca, aunque me percaté de que quizás iba a tener que huir y esconderme unos días, hasta que se olvidaran de mi ofensa a la anciana.

—¿Qué crees que estás diciendo, niña? —dijo uno de los hombres, orondo y desaliñado, que se sentaba cerca de la anciana.

—Solo está... nerviosa —se apresuró a responder Razvan—. Seguro que no...

Mientras unos discutían acerca de mi presencia allí y Razvan hacía lo que podía por defenderme, Mama Jayah se apoyó en su bastón de madera y se puso de pie con menos dificultad que cualquiera de las viejas que se sentaban a chismorrear en la plaza. Caminó hacia mí con la cabeza alta, los ojos al horizonte y la espalda encorvada, dejando en silencio al resto. Cuando llegó hasta donde estaba, me tendió una mano.

—La mano —me susurró Razvan—. Dale la mano.



Ni siquiera lo pensé, simplemente me levanté de un salto e hice lo que me había dicho Razvan. La anciana palpó en la palma de mi mano con sus dedos huesudos mientras cambiaba el gesto de la cara. De repente, arqueó las cejas y me soltó.

—Sounya, llévame a la carpa —exigió con voz grave.

La madre de Razvan se acercó con rapidez a Mama Jayah y la sujetó del brazo, tirando con suavidad en dirección a la carpa donde había estado rebuscando Razvan antes de la cena. Hice un ademán para salir de allí corriendo, pero mi nuevo amigo me detuvo.

—Suéltame —le dije.

—¿Dónde vas?

—No pienso esperar a ver qué hacen tu madre y esa anciana conmigo...

—¡No seas tonta! —exclamó Razvan entre carcajadas que a mí no me hacían ninguna gracia—. Espera aquí. Yo iré a ver qué están haciendo.

—De eso nada. Si te vas, me voy a mi casa.

—Está bien. Ven conmigo entonces, pero no hagas ruido.

Mi valentía se había esfumado en el momento en que los ojos blancos de la vieja se habían dirigido a mí, pero de sobra sabía que la curiosidad era una tentación que no podía controlar. Nos acercamos a la carpa por la parte de atrás, sigilosos como ratones, y Razvan acercó el oído al hueco que dejaba la cortina.

—Lo tiene. Lo he visto —decía Mama Jayah.

—¿Estás segura?

—No me vengas con esas, Sounya. Soy ciega, pero no necesito ojos para saber que tú también lo has notado.

—Creo que por eso la trajo Razvan, aunque él no lo sabe aún —a través de la rendija, vi que la madre de Razvan se mordía las uñas, nerviosa.

—Y por eso estaba aquí esta noche, ¿no es cierto? Querías que yo te confirmara lo que tú ya sabías.

—Eres consciente de lo que podría pasar si la gente del pueblo se entera...

Mama Jayah suspiró.

—Razvan ha encontrado una bruja —afirmó la anciana con una sonrisa afable.

A mí no me lo pareció, pero debí expresar mi sorpresa en alto porque ambas mujeres giraron la cabeza en dirección al lugar desde el que Razvan y yo escuchábamos. Sounya se apresuró hacia nosotros, asomó la cabeza fuera de la carpa y se aseguró de que estábamos solos.

—Entrad —nos ordenó, cerrando de nuevo las cortinas.

Mis ojos buscaron a Razvan. ¡Cómo si un niño que acababa de conocer pudiera asegurarme que no iba a pasarme nada malo! Caminé la última, despacio, jugueteando con mis dedos mientras miraba alrededor en busca de algo que pudiera usar para defenderme.

—Tranquila, niña. No es eso lo que queremos de ti —rio la anciana como si fuera consciente de alguna broma que los demás no percibíamos.

—¿Qué le va a pasar a Mítica? —preguntó Razvan con genuina preocupación.

—¿Mítica? —repitió Mama Jayah, confusa.

—Mi padre quería un niño —aclaré con fastidio por tener que repetirlo.

—Y consiguió algo mucho mejor...

Hubo unos segundos de silencio incómodo.

—¿Dijo usted que yo era...?

—Una bruja —me interrumpió Mama Jayah—. Eso es.

Reí intentando esconder mi desasosiego

—Mi madre dice que las brujas están aquí, entre la gente que vive en las carpas, y que un día tendrán que rendir cuentas al obispo y a Dios.

—Y no le falta razón, Mítica —continuó la anciana—. Las brujas hacemos el bien y el mal por una buena causa o un buen precio. Todos debemos sobrevivir. Eres la primera en muchos años que nace fuera de nuestra comunidad.

—Yo no soy una bruja.

—Ya lo creo que sí.

—¡Le digo que no!

—Mítica —habló la madre de Razvan, acercándose y agachándose a mi lado—, sé que a veces, cuando todo está oscuro y en silencio, piensas en Oana y en ese deseo que pediste; en por qué eres la única que ve luces de colores distintos alrededor de las personas; en por qué todo el mundo parece sentirse incómodo a tu lado. En el día de hoy, en esa fiesta, y en si de verdad serás capaz de llamar a los espíritus.

Yo era desobediente y atrevida, pero aquello era demasiado incluso para mí. ¿Esa mujer me había estado espiando?

—Tengo que volver a mi casa —dije, me di la vuelta y corrí fuera de allí como si me persiguiera un *balaur*<sup>[4]</sup>.



## Alumbre

**Fuente de energía, de las tierras  
perdidas de Lemuria.**

Durante unos meses, me obligué a olvidar a Razvan, a su madre y a Mama Jayah. Me confiné en la seguridad de mi casa, donde me afané por demostrar que podía llegar a ser una joven delicada y abnegada, como mi madre deseaba. Aprendí a cocinar y, antes de lo que hubiera imaginado, tomé la responsabilidad de elaborar el pan para la familia. Tejer y zurcir seguían siendo tareas tediosas, pero mantenían mi mente ocupada y a mis demonios entretenidos.

En los calurosos días de verano, me despertaba con la salida del sol, preparaba una buena hogaza de pan que nos duraba varias jornadas y me sentaba en la puerta trasera, frente al huerto, observando a los hombres trabajar mientras terminaba alguno de los encargos de mi madre.

Aquel era uno de esos días, hacia la mitad de julio. Ya había mejorado notablemente en el arte de la costura, así que mi madre me confió el pedido de uno de los comerciantes extranjeros que se habían instalado hacía poco en Biertan. Me senté en la mecedora de madera y coloqué el vestido en mi regazo. La brisa traía un aroma a hortalizas y frutas listas para la cosecha, y las canciones que tarareaban los campesinos me relajaban como una nana a un bebé. Los insectos revoloteaban alrededor de las flores, pasando con su zumbido cerca de mi oído, mezclándose con los cantos de las aves.

Una de ellas pasó cerca de mí y planeó hasta posarse sobre el reposabrazos de la mecedora. Allí se quedó, con su plumaje gris y anaranjado, mirándome curiosa. Me distrajo tanto que me pinché un dedo con la aguja y la sangre comenzó a gotear, lenta y espesa. Entonces el pájaro soltó un graznido atronador y, cuando hice el intento de acariciarlo para calmarlo, mi sangre manchó su plumaje. Echó a volar, directa hacia la pared de la casa hasta que chocó y cayó muerta en el suelo.

Entré en casa y continué cosiendo el vestido sin darle importancia, aunque me sentía mal por el pobre pájaro.

Tardé aún una semana más en terminar el encargo. Era una fabulosa pieza de seda escarlata adornada con piel de oso en el cuello y las mangas. Estaba orgullosa del resultado e incluso pensé que, después de todo, tenía talento para confeccionar ropa.

—¡Mítica! —me llamó una tarde mi madre desde la puerta. Yo estaba en la cocina, cubierta de harina hasta las pestañas—. ¡Mítica! ¡Ven aquí, date prisa!

—¿Qué pasa, madre? —pregunté con hastío.

—Mira —dijo, entregándome una carta—. Acaban de traerla. Ábrela.

Había aprendido a leer gracias a mi padre, que consideraba esencial poder comprender los textos sagrados y los decretos que nos llegaban desde Sibiu, la capital del sur de la región. Abrí la carta y leí en voz alta:

—«La familia Bruck se complace en invitarles a la cena de bienvenida el próximo día dieciséis de agosto» —levanté la vista, confundida—. ¿Qué es esto?

—Recuerdas al señor Bruck, ¿verdad? —mi madre saltaba de felicidad—. Hace unos días hiciste un vestido para su esposa, el de color escarlata. Les encantó, así que nos invita a la cena de bienvenida que han organizado para hacer oficial su asentamiento en Biertan.

—Madre...

—Nada de *madre*, Mítica —me interrumpió, apretando los dientes e intentando mantener la sonrisa—. El señor Bruck es un comerciante alemán muy influyente. Solo con sus encargos podríamos vivir un año entero. Iremos a la cena y, esta vez, nada de silbar. ¡Verás cuando se lo diga a tu padre!

Era perfecto. Otro aburrido paripé social para contentar a todos menos a mí, que ya me había pasado el verano cosiendo, limpiando y cocinando. Pensé que, si mi madre estaba en lo cierto, complacer con nuestra compañía al señor Bruck y a su familia podría otorgarme algo de tiempo libre para salir de vez en cuando al pueblo. La piel se me había vuelto traslúcida de pasar tantas horas encerrada.

Mi madre corrió a contarle las noticias a mi padre, a quien adular a unos ricachones alemanes le hacía tanta ilusión como a mí, aunque él tenía mucho más claro que era un tormento por el que había que pasar. La invitación había llegado el primero de agosto, con lo que aún tenía una larga quincena por delante para buscar un vestido, dejarme crecer el cabello un poco más, y prepararme un par de frases ingeniosas con las que impresionar a los invitados.



Mi madre fantaseaba con llegar a la casa de los Bruck en un carruaje tirado por al menos dos caballos, pero en lugar de eso, caminamos bajo el sol que todavía se mantenía radiante en el atardecer. Llegamos frente a la gran puerta de madera, cubierta de inquietantes rostros tallados, y los ladridos de los perros nos sobresaltaron. Una criada con el labio torcido abrió y nos condujo hasta la sala principal sin disimular que nuestra presencia le sorprendía. Al fin y al cabo, los comerciantes alemanes rara vez alternaban con los transilvanos como nosotros.

Aquella casa me ponía los pelos de punta. Era como si tuviera alma, un alma melancólica y apenada. Las paredes parecían tristes aun estando cubiertas de cuadros llenos de rostros y con todas aquellas velas iluminando los pasillos alfombrados.

—Señora Andrei —dijo la señora Bruck caminando hacia nosotros desde el fondo de la sala—. Me alegro de que hayan venido —después se dirigió a su esposo, que charlaba con otro caballero—. Querido, déjame presentarte a la señora Andrei.

—Muchas gracias por invitarnos —dijo mi madre, haciendo una leve reverencia a modo de saludo—. Este es mi esposo, Filip Andrei, y mi hija, Mítica.

Siempre me hacía gracia ver como mi madre bajaba la voz al pronunciar mi nombre. Los hombres se estrecharon la mano y el señor Bruck extendió una copa de vino a mi padre.

—Ingmar, ven aquí, hijo —exclamó la señora Bruck dirigiéndose a un joven que esperaba sentado en una esquina—. Este es nuestro hijo, Ingmar —explicó, con la mano delicadamente apoyada sobre el hombro del niño. Luego se dirigió a él—: ¿Por qué no le enseñas a Mítica el resto de la casa?

Ingmar era un chico fuerte y más alto que cualquiera de los niños que yo conocía, pero nada de eso me llamó tanto la atención como su mirada melancólica. Me miró con una expresión seria y

asintió a su madre. Mi madre, por su parte, me agarró de la manga del vestido y me susurró al oído que me comportara, a lo que también asentí, pero poniendo los ojos en blanco. El hijo de los Bruck caminó delante de mí y yo lo seguí.

—Es un chico algo tímido —oí decir a la señora Bruck antes de que abandonáramos la estancia.

Me situé un par de pasos por detrás de Ingmar. Al cabo de unos segundos, caminando por el pasillo en silencio, entre bustos de ojos vacíos y pinturas oscuras de desconocidos, decidí averiguar algo más sobre él.

—¿Y cuándo habéis llegado a Biertan? —tanteé.

—Hace cuatro días —respondió sin ganas, con un fuerte acento.

—Vaya, pues la casa está muy bien para haber llegado hace tan poco... quiero decir que...

—Mis padres ya tenían preparado todo para el traslado —me interrumpió sin siquiera mirarme.

—Imagino que debe ser emocionante viajar tan lejos de tu hogar.

—Déjalo. No tienes que fingir interés en mí —me soltó de repente—. No me importa lo más mínimo esta cena, ni atender a los invitados de mis padres.

Al principio me sorprendió, e incluso diría que me sentí ofendida. ¿Quién se creía aquel extranjero malcriado para rechazarme? Luego me di cuenta de que simplemente odiaba aquella pantomima tanto como yo.

—Menos mal —suspiré.

—¿Cómo dices?

—Menos mal, porque a mí tampoco me apetece fingir que me interesa nada de esto.

—Perfecto —repuso algo molesto y luego cambió el tono—. ¿Por qué no te dejo entonces que visites la casa sola? Tú no se lo cuentas a mis padres y yo no se lo digo a los tuyos.

—Hmmm. Me gusta. De acuerdo —acepté. Me giré para continuar curioseando aquel caserón por mi cuenta.

—A no ser que... —añadió Ingmar, lo que me obligó a volverme de nuevo hacia él y a fijarme en sus ojos claros, en su cabello color cobre, y en que debía ser varios años mayor que yo—. ¿Quieres ver algo interesante?

No tenía nada mejor que hacer y mi tendencia a rendirme ante la tentación hizo el resto.

—Siempre —respondí.

—Por aquí —me indicó, señalando con el brazo hacia la izquierda del pasillo y haciendo una leve reverencia caballeresca que me pareció muy tierna.

El pasillo estaba salpicado de puertas a ambos lados, la mayoría de las cuales dejamos atrás. Al final, había una escalera retorcida con un pasamanos tallado con ángeles y niños que nos observaban. Subí tras Ingmar y lo seguí hasta el interior de una habitación atestada de libros desordenados y baúles sin abrir. La luz de los candelabros dibujaba sombras caprichosas en las paredes.

—Como puedes ver, no todo estaba listo para la mudanza... —comentó Ingmar mientras se aproximaba a una de las mesas sobre la que reposaba una gran cruz de metal—. Aquí está —dijo, cogiendo un pequeño cofre de bronce con un relieve en la tapa—. Ábrelo.

Ahí estaba de nuevo: la dulce tentación. Abrí el cofre y observé los compartimentos.

—¿Qué son? —pregunté, cogiendo una pizca de un polvo púrpura con un olor desconocido que me hizo estornudar.

—Tesoros. Son algunas de las mercancías de mi padre. Eso es almizcle.

—¿Y para qué sirve? —volví a preguntar, tomando un poco con la punta del dedo y lamiéndolo.

—¡No, no hagas eso!

—Ag. Esto no es para comer —dije, limpiándome la lengua en el vestido.

—Es para hacer perfume —aclaró entre carcajadas que por fin relajaron su cara—. Eso de ahí es ámbar, y es tremendamente especial y caro. Mi padre lo encontró en uno de sus viajes por Oriente.

—¿Y qué es esto de aquí? —pregunté y me dispuse a tocar una pequeña roca cristalina.

Llegué solo a rozarla con los dedos y mi mente se vio inundada de llantos y alaridos de dolor. La piel me quemaba como si estuviera tocando el sol. Cuando abrí los ojos, mi mano se había enrojecido de forma preocupante.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien? ¿A qué ha venido ese grito?

—Me hacía daño —protesté, sacudiendo la mano.

—El alumbre puede resultar tóxico para las pieles delicadas. Debí haberte avisado antes, perdóname.

Me di la vuelta y me topé de frente con uno de los perros de los Bruck. Era como si hubieran cruzado un lobo con un oso. El enorme animal comenzó a ladrar, mostrando los dientes y gruñendo, salpicando con sus babas el suelo y mi vestido.

—Deberíamos volver —sugerí—. Mi madre pensará que estoy haciendo algo que no debo.

Ingmar no discutió mi petición, aunque la confusión era visible en su rostro. Nuestra conversación, de vuelta al gran salón, se centró en la nostalgia que sentía por todo lo que había dejado atrás, en las tierras germanas de donde provenía. Sin embargo, yo apenas podía prestarle atención a algo que no fuera aquella sensación de desesperación y angustia que me había invadido al tocar la piedra, y que continuaba paseándose por mi cuerpo.

El resto de la noche transcurrió ajena a mis pensamientos. Apenas probé la deliciosa cena que los Bruck habían mandado preparar y, de vez en cuando, Ingmar y yo cruzábamos nuestras miradas sin atrevernos a mencionar el incidente.

Cuando mi padre se bebió la copa de licor de rigor tras el postre, mi madre dio la velada por finalizada. Se disculpó ante la señora Bruck, agradeciéndole de nuevo la invitación y quedando a su disposición para cualquier otro encargo, y nos marchamos a casa.



No conseguía conciliar el sueño. La noche era suave, pero el viento traía susurros que me perturbaban. Me observé la mano y me percaté de que la piel había vuelto a su color original. El cantar de los grillos rompía el atronador silencio que reinaba en la oscuridad cuando un golpe en la ventana me puso el corazón en la garganta. Después hubo otro, y otro más.

Deseé haber tenido tanto dinero como Ingmar para que mis ventanas fueran de cristal, pero en su lugar tenían dos pequeñas puertas de madera. Me levanté sigilosa y las abrí. Aquel pequeño pájaro... era el mismo que había perecido por la mañana a mi lado, en el porche. Revoloteó lleno de vida a mi alrededor hasta posarse sobre los pies de la cama. Entonces tomé mi capa, me la coloqué sobre el camisón y salí corriendo.

Ni siquiera me planteé despertar a mis padres. Mi padre había bebido lo suficiente como para dormir hasta el día siguiente y mi madre estaba tan complacida por lo bien que me había portado que había caído en la cama como un bebé.

No me percaté de que no llevaba zapatos hasta que las piedras del camino se me clavaron en los pies. Aún así, me aguanté y corrí, evitando las caras extrañas que pululaban por el pueblo a esas horas y los borrachos que me chistaban al pasar.

Tenía muy claro dónde podía encontrar respuestas.



Los lobos aullaban a la luna, la leve brisa traía un olor a hierba y la noche había cubierto el cielo celeste de grises y negros. Aparté la cortina y sentí como si estuviera repitiendo algo que ya había sucedido. Mama Jayah abrió sus blancos ojos desde el rincón donde descansaba bajo la carpa.

—Sabía que la luna te traería hoy.

—¿Está el diablo en mí, Mama Jayah? —le pregunté, de pie, flotando frente a ella como un espectro.

—Échate aquí, hija —palpó uno de los almohadones que la rodeaban—. Las respuestas son más claras a la luz del día.

Mis pies doloridos y mi cuerpo cansado me suplicaron que aceptara, así que me tumbé y, por alguna razón, aquella noche el miedo se esfumó.



Un intenso aroma a frutas me despertó, haciéndome salivar. De rodillas frente a mí, Sounya me ofrecía todo el verano en un cuenco.

—Come algo —me dijo—. Es mejor que tengas el estómago lleno para lo que viene —tomé un par de ciruelas y me levanté. El roce con el suelo frío me recordó cómo había llegado hasta ahí—. Te acostumbrarás. Vamos. Mama Jayah nos espera.

Seguí a Sounya entre los arbustos, su vestido amarillo decorado con bordados verdes ondeaba con cada uno de sus movimientos. Me di cuenta de que el resto del campamento aún no se había despertado, excepto algunas mujeres que ya estaban encendiendo el fuego.

Llegamos a un pequeño claro que el río partía por la mitad, rodeado de hierba fresca y salpicado de arbolitos. Mama Jayah nos esperaba, sentada sobre una roca frente al agua, con los ojos cerrados, ataviada con ropas blancas y murmurando una oración. Debió sentir nuestra presencia, porque abrió los ojos de repente y calló.

Sounya la ayudó a incorporarse y señaló donde debía colocarme. Sobre la tierra húmeda había un cuenco de madera y una vela encendida. Sounya se acercó a mí y sacó una pequeña daga con empuñadura de plata con la que me cortó un mechón de cabello. Contó siete hilos castaños y los lanzó al interior del cuenco. A continuación, hizo lo mismo con lo que parecían hojas de olivo, siete granos de algo que olía a sal y siete de arroz. Vertió líquido de un frasquito de cristal y le prendió fuego a todo con la vela.

—Expande esta magia y alumbrá la oscuridad que se ha instalado en el alma de esta niña —comenzó a decir Mama Jayah—. Ilumínala y protégela de cualquier fuente de mal. Gracias.

El fuego devoró lo que había en el cuenco en cuestión de segundos y eso pareció agradar a las dos mujeres. Aproveché el silencio de Mama Jayah y, por fin, pregunté de nuevo:

—¿Está el mal en mí?

—Sí —respondió Mama Jayah—, y también el bien. Tanto como en todos nosotros.

—¿Qué era todo eso que decías entonces, Mama Jayah?

—Tu protección, hija. Tenemos que protegernos entre nosotras. Pocas brujas nacen fuera de nuestra comunidad, pero el universo envió a Razvan a por ti y le damos gracias por haberte encontrado.

—O sea que yo...

—Tuvimos que llamarte —interrumpió Sounya—. Sé que anoche te asusté, en tu habitación.

—¿Estabas... en mi habitación? —titubeé.

—¡No! ¡Yo no! —sonrió—. El tordo. Le pedí que te trajera.

—¿Tú resucitaste al pájaro?

—Mítica —Sounya tomó mi mano temblorosa—, eres una de las brujas perdidas, una *shuvani*.

—Pero el pájaro murió cuando yo lo toqué... y Oana y la vieja Ruxandra... todos sufrieron cuando yo quise que lo hicieran.

—Tienes el poder de desear —prosiguió Sounya—. Los tordos nos advierten, nos envían mensajes. Ese pájaro tenía que recordarte lo que eres.

—Las brujas caminamos entre el bien y el mal —añadió Mama Jayah—. Podemos sanar, como lo hiciste tú con Ruxandra, o podemos causar daño.

—Como le hice al pájaro y a Oana.

—Este hechizo te protegerá unos días —continuó la anciana—. Hemos limpiado los malos augurios que tenías pegados a ti, demasiados para una niña de tu edad.

—Verás, Mítica —dijo Sounya al ver mi cara de preocupación—, a la gente le gusta odiar lo que teme y temer lo que no conoce. No saben el daño que pueden hacer con solo una mirada de envidia o un deseo dañino.

—Atraerás lo mejor y lo peor de la gente. Debes aprender a protegerte —Mama Jayah extendió la mano en la que sujetaba una ramita igual que la que Razvan me había dado tiempo atrás—. Llévala contigo siempre. El romero nos protege de los malos espíritus y amplía nuestros poderes —se puso de pie con ayuda de Sounya—. Esa es tu primera lección, hija.

—¿Lección? —pregunté confusa.

—Oh, sí. Vindrás cada día al alba o al atardecer y aprenderás la magia de los siglos que nos han precedido. No tienes elección.

Y, la verdad, aquellas palabras de Mama Jayah, aunque salieron de su boca con un tono tierno, casi maternal, me dejaron paralizada en medio del monte.



### III

Tres días mirando aquellas paredes; tres días fingiendo que vivíamos una situación normal. Solo habían pasado tres días y ya sentía que si Crina me apretaba un poco, me rendiría y abandonaría la razón por la que había empezado todo aquello.

Apenas habíamos mantenido una conversación decente hasta el momento. Yo solo observaba cómo fingía que aquel diario no le interesaba, aunque se pasaba el día bostezando porque devoraba página tras página durante la noche.

—Esa bruja del libro —dijo desde la cama—. ¿Cómo es que no he oído hablar de ella antes? Biertan no es un pueblo tan grande...

—Quizás nunca se te ocurrió acudir a una bruja —sugerí, sentado en la silla y haciendo garabatos en la madera de la mesa con el cuchillo.

—¡Ah, no! ¡Por supuesto que no! —exclamó ofendida y se santiguó tres veces—. No coqueteamos con la magia en mi familia —calló un momento y se quedó pensativa—. Pero algo habría llegado a mis oídos, por los campesinos, al menos. Ellos siempre hablan de supersticiones y buscan fortuna en esos nómadas que se pasean por la plaza... o eso he escuchado.

—Ya... —dejé de prestar atención a lo que dibujaba y la miré—. ¿Y nunca te has preguntado que habrá ahí escrito en tu mano, qué te depara el futuro?

Crina se observó las palmas de las manos con curiosidad y algo brilló en sus ojos, como si un pensamiento estuviera intentando abrirse camino a través de ellos.

—Quizás... No —negó con la cabeza y se cruzó de brazos—. Solo el que ha hecho un pacto con ya-sabes-quién puede ver el futuro.

—¿Y si hubiera algo importante ahí que debieras saber?

—Sí, claro que lo hay. Debería saber por qué mi esposo me ha encerrado en una torre, o mejor, qué pasará cuando acaben las dos semanas. Eh, Velkan, ¿qué pasará? —preguntó enfadada, levantando las manos y mostrándomelas.

—Te vi, Crina —confesé, tranquilo pero serio. Su rostro demudó en una expresión confusa—. Llevabas rara unos días, así que cuando te vi salir tan temprano de tu casa, te seguí.

—¿Qué insinúas? —preguntó a la defensiva. Decidí sacar la primera carta que tenía escondida bajo la manga: una ramita de romero. La olí y se la dejé en el regazo—. ¿Me acusas de brujería?

—Te pido que me cuentes la verdad de una vez.

Por un momento, el silencio volvió a hacer aparición y Crina y yo solo fuimos capaces de intercambiar miradas de desconfianza. Se acarició el cabello, nerviosa, y suspiró.

—Eso fue mucho antes de que nos conociéramos —confesó—. Todos tememos el porvenir y yo... bueno, sucumbí a la tentación... una vez.

—¿Cómo es que volviste a ir después? —exigí saber—. A las carpas. ¿Por qué volviste? ¿Qué buscabas allí?

—No lo sé... —hizo una pausa y levantó un poco la barbilla y los ojos, como si navegara en su memoria—. Creo que ella me llamó, esa mujer...

—¿Quién? ¿Qué mujer? ¿Quién te llamó, Crina?

—No me acuerdo bien... Las imágenes van y vienen en mi cabeza.

La confusión la desesperaba y le hacía poner aquella expresión desvalida que me partía el corazón, sobre todo porque yo sabía que no estaba fingiendo. Llegar hasta el fondo de la cuestión iba a requerir mucho más trabajo por su parte.

—Tendrás que recordar si quieres salir de aquí —le advertí, recuperando mi tono frío—. Te quedan doce días.



## Acacia

**Evolución espiritual.  
Inspiración.**

Cuando llegué a casa, mi madre me esperaba sentada en la silla del porche, meciéndose nerviosa y apretando las manos tan fuerte que se le marcaban las venas bajo la nivea piel. Supe que estaba en un buen lío.

—Mítica —susurró al verme, con lágrimas asomándose a sus ojos, me abrazó por primera vez en mucho tiempo y luego me repasó de arriba abajo—. ¿Dónde has estado? Mírate —dijo, observando mis pies descalzos y mi camisón.

Aquella reacción me sorprendió y me confundió a partes iguales.

—Creo... Creo que caminé en sueños, madre —balbuceé.

—Entra en casa. Tu padre ha salido a buscarte con dos de sus hombres.

—Iré a decirle que estoy de vuelta.

—De eso nada —respondió, agarrándome de la mano y tirando de mí hacia el interior de la casa—. Tienes que adecentarte. Esta mañana temprano nos trajeron noticias de los Bruck —sus arrugas de preocupación se transformaron en una sonrisa—. ¡La señora Bruck quiere que trabajes para ella!

—¿Yo? ¿Y qué voy a hacer yo en esa casa?

—Quiere que te encargues de confeccionar ropas con las sedas que el señor Bruck recibe de Oriente. Te pagarán una moneda de plata al día y tendrás derecho a una ración de comida —no sabía cómo tomarme aquellas noticias... y mi rostro tampoco—. ¿No te alegras?

—Sí... No sé...

—¿Qué es lo que no sabes, Mítica? ¿No sabes si quieres tener un techo donde vivir? ¿O pan sobre la mesa? La señora Bruck te ofrece una oportunidad con la que muchas niñas de Biertan soñarían.

—Supongo —la verdad era que yo quería mucho más de la vida que ser la costurera de una ricachona—. Está bien, madre. Iré.

—¡Claro que irás! Te esperan allí mañana.

Aquella noche me aferré a la ramita que me había dado Mama Jayah y le pedí con todas mis fuerzas que me trajera un sueño plácido. Me esperaba una jornada larga.



Abrí los ojos sin recordar dónde estaba, pero vi la madera desgastada a mi alrededor y supe que había dormido toda la noche en mi habitación. ¡Por fin algo de paz! La luz del alba era aún leve y la brisa veraniega todavía perduraba. Mi padre ya estaba trabajando en el huerto y podía escuchar a mi madre en la cocina, amasando el pan.

Me levanté de un salto, me vestí y me trencé el cabello, que ya lucía una considerable longitud. Agarré mi amuleto de romero, me lo guardé en el bolsillo y corrí, escaleras abajo, hacia la puerta.

—¡Llévate un trozo de pan! —gritó mi madre.

—Cogeré uno en casa de la señora Bruck —respondí y desaparecí calle abajo.

Sabía que mi madre me veía como un bicho raro con el que tenía que conformarse, pero aún así, le gustaba mi picardía para aprovecharme de lo que me convenía, aunque nunca me lo dijera. Empezaba a tranquilizarse pensando que iba camino de convertirme, al fin, en una muchacha decente, aunque mi padre se desilusionaba porque había cambiado las calzas y el cabello corto por vestidos y trenzas.

Por mi parte, había tenido tiempo suficiente para reflexionar durante la noche. El plan estaba claro: trabajaría desde temprano en casa de los Bruck y visitaría a Mama Jayah al atardecer.

Mi primer día de trabajo fue incómodo. Odiaba tener que comportarme de forma servicial y complaciente para otros, y nunca me gustó que me dieran órdenes, pero a medida que pasaron los días, me fui acostumbrando a su carácter.

La señora Bruck no era brusca conmigo, pero tenía una forma muy particular de hacer las cosas y no toleraba bien los cambios ni los contratiempos, así que a menudo tenía que sacar todo mi ingenio para solucionar los problemas antes de que llegaran a sus oídos.

Por norma, me entregaba los encargos con las medidas de las prendas a confeccionar y me proporcionaba los materiales que ella misma seleccionaba. A veces, me permitía aportar alguna idea. Luego chasqueaba los dedos y exclamaba: «¡A trabajar!»». A partir de ahí, mis días pasaban entre telas, agujas e hilo en una pequeña habitación que había al fondo de la enorme casa.

La soledad no me molestaba. De hecho, prefería eso a tener a la señora Bruck vigilándome, pero había algo en esa casa que no andaba bien. A veces sentía como si las paredes me estuvieran mirando, como si algo me acechara. Al principio apenas veía a Ingmar, pues se pasaba el día enterrado bajo un montón de libros, pero aquel día me alegré muchísimo de que me estuviera espionando por la ventana.

Septiembre ya se había marchado y la oscuridad aparecía cada vez antes, así que tenía que encender un par de velas para poder ver los puntos. Esa mañana, la señora Bruck me había reprendido por no haber terminado un encargo a tiempo y me había dicho que no me marcharía de allí hasta que el preciado vestido estuviera acabado, así que rezumaba malos pensamientos por todo mi cuerpo.

—Maldito vestido —refunfuñé mientras enhebraba la aguja—. Maldita señora Bruck y malditas monedas de plata. Si no fuera por mi madre... —no dejaba de coser y de mecarme en la silla mientras murmuraba, llena de rabia—. ¿Por qué tengo yo que trabajar para estos ricachones extranjeros? Debería estar en el campamento con Mama Jayah. Sí, ella me enseñaría una buena maldición. ¿Le gustaría quedarse calva, señora Bruck? —pregunté al aire, imitando una voz más grave—. No, eso es demasiado flojo. Debería hacer que le saliera pelo por todo el cuerpo...

Una de las velas estaba tan cerca que comenzó a calentarme la cara y me obligó a levantar la vista hacia ella. No recuerdo bien cómo pasó: en cuestión de segundos las llamas devoraban los muebles de madera y las telas de seda, y el humo invadía la habitación. Tosí, pero miré alrededor

con satisfacción, a pesar de la asfixia que me invadía los pulmones. Y entonces el humo también me nubló la vista.

Desperté sobre el jardín que rodeaba la casa, sobresaltada por los gritos de la señora Bruck. Un grupo de hombres llenaba cubos de agua en el pozo y los lanzaba hacia las llamas que engullían sin piedad la parte de atrás de la casa.

—¿Estás bien? —me preguntó Ingmar en un susurro.

—Creo que sí, aunque la lengua me sabe como si hubiera comido carbón —respondí, encogiendo la nariz—. ¿Cómo he salido de ahí?

—Te saqué yo.

—¿Tú? ¿Y cómo sabías que...? —me callé y puse los brazos en jarras—. ¡Me vigilas! ¡Eres tú!

—Sssshhh. Por favor —me pidió, poniendo un dedo sobre sus labios rosados—. Solo voy para ver qué tal estás.

—¿Y por qué no entras y me lo preguntas, como una persona normal?

—Se supone que no debo... —respondió, lanzando una mirada involuntaria a la señora Bruck.

—Tu madre no quiere que hables conmigo, ¿no es así?

—Mi madre no quiere que despegue los ojos de los libros. Dice que debo estudiar para poder llevar los negocios de mi padre, pero a veces me apetece hablar con alguien de carne y hueso, ¿sabes?

—Pues eso es fácil de arreglar —dije con una sonrisa de complicidad—. Puedes venir al taller a verme cuando quieras descansar. Tú hablas y yo dejo de mirar hilos por un rato. ¿Qué te parece?

—Suena bien —respondió, devolviéndome una sonrisa que se veía siniestra bajo aquellos ojos claros y tristes—. Aunque no parece que vaya a quedar mucho del taller...

La señora Bruck lloraba desconsolada, de rodillas sobre la hierba, mientras observaba lo que había quedado en pie después de apagar el incendio. Las paredes eran carbón y el material que había en el interior se había reducido a cenizas.

—¡Qué desgracia! —exclamó entre sollozos—. ¿Cómo vamos a recuperarlo? ¡Se ha perdido todo el trabajo de semanas! ¡Todo!

La señora Bruck se frotó los ojos en un intento de comprender si había sido un sueño y, cuando levantó la mirada, allí estaba yo, de pie y con una sonrisa que me cruzaba el rostro.



Aprender los nombres de las plantas que se usaban en las pociones no me resultó complicado. Algunos ya los conocía tras años escuchando a mi padre hablar del campo, y otros me parecieron tan curiosos que se me quedaron grabados en la memoria. Incluso llegué a inventarme una melodía con la que los tarareaba todos mientras volvía a casa por las noches: «Acebo, albahaca, anís, boca de dragón, caléndula, campanilla, cimicifuga, espino, fresno, girasol, hibisco, hierbabuena, lavanda, manzanilla, menta, mora, muérdago, ortiga, prímula, roble, rosa, sanguinaria y sauco».

Las piedras fueron otro mundo. Yo las veía todas iguales y eso a Mama Jayah la ponía de los nervios.

—Si yo soy capaz de distinguir las sin usar mis ojos, no vas a ser tú más torpe, ¿no? —solía decirme con el ceño fruncido, cosa que pocas veces sucedía.

Razvan nos observaba, siempre desde lejos, como si lo que hacíamos fuera algo que no le

incumbía. En la comunidad del campamento, solo las mujeres ostentaban los poderes de la brujería y los hombres las respetaban, por la cuenta que les traía. A veces se marchaba a la plaza del pueblo y no volvía hasta bien entrada la noche, siempre con algún botín: un conejo que servía de cena, una hogaza de pan o un par de monedas que había conseguido de algún campesino ingenuo.

—Es fácil —me dijo un día Razvan en la carpa en la que yo me afanaba por aprender los nombres de las dichas piedras—. Tienes que fijarte en el color. Esta de aquí, por ejemplo, es azul como la tristeza y sirve para curar la melancolía y los males del pasado. O esta, blanca y negra, como el bien y el mal, que es para sacar a la luz lo que está oculto en nosotros.

—¿Y tú por qué sabes eso? Creía que esto era cosa de mujeres...

—Me gusta observar —me guiñó un ojo—, y además no tengo un padre que me diga qué cosas son de hombres. Así que puedo hacer lo que quiera.

—¿Y Mama Jayah no se enfada?

—¿Y la tuya? ¿Se enfada ella porque vengas con nosotros a aprender magia?

Sonreí y él me devolvió la sonrisa para cerrar un trato invisible por el que nos comprometíamos a guardar aquello en secreto. Sounya nos sorprendió charlando y pidió a Razvan que se marchara a ayudar a encender la hoguera. El otoño se desvanecía en los brazos del invierno y las noches eran cada vez más crueles, así que era necesario mantener el fuego encendido.

—Deberías volver a casa ya, Mítica —dijo Sounya mientras recogía las piedras y las guardaba de nuevo en las bolsas de terciopelo negro.

—¿Cuándo haré una poción? Memorizar nombres es muy aburrido —bufé.

—Tienes que saber para qué sirve cada una antes de poder usarlas.

—¿Y qué tipo de hechizos podré hacer? —pregunté con los ojos abiertos de par en par—. ¿Podré hacer que mi madre deje de quejarse? ¿O hechizos de amor? O mejor, hechizos para multiplicar mis monedas de plata y así dejar de ir a casa de los Bruck.

—Podrás hacer todo eso —rió—, pero debes tener cuidado. No todos los deseos son buenos, Mítica.

—¿Cómo que no? Si deseo algo, es porque es bueno para mí —añadí, arqueando las cejas.

—Puede parecer así al principio, pero debes pensar en las consecuencias. No eres la única bruja de por aquí. Utilizamos los poderes de la naturaleza y de las estrellas, y ellas también están a disposición de otros deseos...

—Mama Jayah dice que estamos con Dios y con el diablo.

—¿Eso te ha dicho? —se agachó a mi lado y me dijo muy seria—: Escucha, Mítica. Vendrán a ti en busca del bien y del mal, y podrás dárselo, pero tendrás que pedir perdón por muchos siglos si causas algún daño. Lo que una bruja desea, las estrellas se lo otorgan. ¿Me has entendido?

Asentí, con la inocencia de mis casi doce años, pero la verdad era que me había quedado únicamente con la última frase. «Lo que una bruja desea, las estrellas se lo otorgan». Lo que no me dijo fue que lo que no aprendemos a la primera, el universo nos lo repite una y otra vez, hasta que la lección queda bien grabada en nuestra alma.



Sounya se aseguró de que Razvan me acompañara al menos hasta la plaza del mercado. Solo tenía dos años más que yo, pero a él nadie le advertía de lo peligroso que era caminar sin compañía por

las noches gélidas de Biertan. Cuando ya habíamos dejado atrás el campamento, Razvan tomó un sendero de tierra que no se adentraba en el pueblo.

—¿Qué haces? —pregunté—. ¿A dónde vas? No es por ahí...

—Quiero enseñarte una cosa —contestó con cierto aire travieso.

—¿En el bosque? Harás que nos coma un oso.

—Los osos duermen en invierno, tonta. ¿No querías hacer pociones? Ven, conozco el lugar perfecto.

Conforme me adentraba en el bosque con Razvan, podía escuchar a mi madre en mi cabeza recitándome una lista de todo lo malo que podía ocurrirme, además de las horas que iba a pasar recogiendo heno en el granero como castigo. En realidad, ya había pasado de sobra la hora prudente de llegada así que, si iba a llevarme una regañina, más valía que fuera por una buena razón.

Los arbustos se me enredaban en la falda y el cuero de las botas dejaba traspasar la escarcha que ya se había formado en la hierba. La luna llena enviaba rayos de luz que dibujaban sombras azules entre la negrura de la vegetación. Los abetos y árboles de troncos delgados y altos, vestidos con las pocas hojas que no habían sucumbido al otoño, dieron paso a otros de troncos extrañamente curvados sobre la tierra, con formas retorcidas que casi parecían dibujar rostros.

—Ahí está —dijo Razvan, señalando a lo lejos.

Tardé unos segundos en divisarla en la espesura del bosque, pero por fin la vi: era la casita más extraña que había visto en mi vida. Varios árboles se unían formando una sola raíz gigante en la que se encontraba una puerta a la que, cubierta como estaba de hierba y moho, incluso le habían crecido varios champiñones. Alrededor solo había vegetación y silencio.

—¿Qué es? —pregunté a Razvan sin ocultar mi fascinación.

—No puedes contárselo a nadie, ¿me oyes? A nadie —me advirtió y yo asentí—. Es mi pequeño rincón. Ven.

Razvan corrió hasta la puerta, sacó una diminuta llave de cobre de debajo de una piedra con forma de media luna y abrió. A cada paso sentía que me adentraba en otro mundo. Las paredes estaban cubiertas por enredaderas y las ramas del techo se unían en el centro, formando un círculo desigual. Razvan se movió por la estancia encendiendo varias lámparas de aceite, mientras yo me embriagaba de aquel tesoro escondido en el bosque.

La luz me permitió por fin apreciar la casita con claridad. Había libros por todas partes y en un lado, un hogar que parecía haber estado encendido hasta no hacía mucho tiempo. Avancé sin parpadear, absorbiendo cada detalle, y descubrí unas estrechas y retorcidas escaleras de madera que conducían a un piso superior. Por toda la casa, ristra de ajos, pequeñas campanitas de metal, herraduras y plantas con fuertes aromas conformaban una suerte de extravagante decoración.

En la habitación de arriba se encontraba lo que parecía un lecho, rodeado de velas apagadas. Metí el dedo en un plato lleno de granitos de color blanco.

—Es sal del mar —se adelantó a aclarar Razvan—. Todo lo que ves protege este lugar.

Eché otro vistazo a mi alrededor.

—¿De quién es este sitio?

—Fuera de quien fuera, hace tiempo que no viene por aquí, así que he decidido quedármelo. Y ahora vamos a ver qué poción podemos hacer, aunque no me gusta llamarlo así. Prefiero decir «té especial».

Razvan bajó las escaleras de dos en dos y giró a la izquierda, junto a la chimenea. El tronco que atravesaba el centro de la estancia ocultaba una minúscula cocina en la que cientos de frascos de cristal se amontonaban sobre unas tablas sujetas a la pared que hacían de estanterías.

—¿Has hecho tú todo esto? —pregunté, cotilleando la etiqueta de cada frasco.

—¿Yo? No —rió—. Lo encontré. Pero estaba mucho peor que ahora.

—¿Y qué es? ¿Tu escondite secreto? —dije, imitando una voz fantasmal.

—Es exactamente eso. Aquí es donde practico mi magia —me mostré confusa ante tal afirmación—. Sí, ya sabes. La brujería es cosa de mujeres en el campamento, pero yo creo que puedo ser un gran brujo.

Razvan escogió dos frascos y varias ramitas de distintas plantas. Luego llenó un caldero con agua.

—¿Qué pasaría si Mama Jayah se enterase?

—Nadie puede enterarse, Mítica —respondió, transformando su habitual expresión tranquila en otra de preocupación—. ¿Sabes lo que pasa si el obispo de Biertan se entera de que hay una bruja? —asentí. Todo el mundo sabía lo que les pasaba a aquellas que eran acusadas de brujería—. Me expulsarían del campamento, correría la voz y ninguna otra comunidad de los nuestros me dejaría vivir con ellos.

Me quedé en silencio unos segundos, observando cómo encendía el fuego de la chimenea y colocaba el caldero encima.

—No se lo diré a nadie. Lo prometo —dije por fin—. Puedes usar uno de tus hechizos contra mí si lo hago —fui yo quien le guiñó el ojo entonces.

—Lo haré —respondió Razvan con una sonrisa de superioridad y después calló un momento—. Bueno, creo que lo tenemos todo.

—¿No vas a contarme qué estás haciendo?

—La acacia es la parte más importante de este té. Confía en mí, Mítica —Razvan vertió un poco de aquel té en un vaso y me lo ofreció—: Bebe.

—De eso nada.

—Vamos. Le he puesto miel. Está bueno —insistió, poniéndomelo cerca de la cara.

—¿Para qué sirve? —extendí el cuello para olerlo.

—Es un té de energía.

—¿Qué significa eso?

—Bebe y lo sabrás.

—Está bien —cogí el vaso—, pero tú beberás conmigo.

Razvan dudó un momento. Después tragó saliva y asintió mientras se llenaba otro vaso.

—¡Salud! —dijo Razvan y ambos bebimos el contenido.

La miel había sido incapaz de eliminar el amargor de la acacia, que se instaló en mi lengua y me aguó los ojos. Por la cara que puso Razvan, intuí que le había pasado lo mismo.

—No me siento diferente... —admití.

—No hemos acabado —Razvan se apartó hacia un lado y trajo algo envuelto en piel de oso—. Siéntate.

Me senté sobre medio tronco que hacía de taburete. Razvan colocó una vela detrás de mí y otra al lado, dejando algo de distancia entre ambas. Luego sacó dos espejos de la envoltura de piel, me dio uno y se sentó de espaldas a una de las velas.

—Cierra los ojos —pidió, y él también obedeció su propia orden—. Imagina una montaña. El viento sopla y barre las nubes. El cielo está repleto de brillantes estrellas. ¿Sientes el aire sobre la cara, el olor de la montaña en la nariz, la tierra bajo los pies? —Razvan respiró profundo—. Abre los ojos. Acércate el espejo y mira. Mira más allá, dentro de tus pupilas.

La oscuridad me complicaba la tarea de fijarme en nada, salvo en lo que iluminaba la tenue luz de la vela. El falso silencio del bosque nos envolvía. Sin una voz en la que concentrarme, podía



escuchar el revoloteo de las aves nocturnas, los chillidos de los roedores y los crujidos de las ramas hasta que, de pronto, todo enmudeció. Me adentré en mi pupila, nadando en los brillos verdes y azulados.

Oí un ruido que me desconcentró y me giré. Un par de manos fuertes me rodearon el cuello y apretaron, hundiéndose en mi piel. Jadeaba en busca de aire, arañando a alguien a quien no conseguía distinguir entre las sombras. Moví los ojos en todas direcciones, en busca de Razvan, pero estaba completamente sola. Cuando el último aliento se escapaba de mi boca, abandoné las profundidades de mis ojos.

Me levanté de un salto y miré a mi alrededor. Respirando agitada, me toqué el cuello.

—¿Estás bien, Mítica? —preguntó Razvan, aún sentado de espaldas a la vela.

—¿Qué ha sido eso? ¿Qué me has hecho? —exigí, empujándole en el pecho.

—¡Has visto algo! —exclamó eufórico—. Sabía que funcionaría contigo.

—¿Qué has hecho?

—Te ayudé a abrir las puertas. Algunas *shuvani* tienen visiones. Eso no se puede aprender. Sabía que tú podrías ver más allá.

—¿Más allá de qué?

—¿Qué has visto? —preguntó con la fascinación de un niño pequeño—. Vamos, cuéntamelo. Mama Jayah solo nos cuenta sus visiones durante el solsticio.

—Quiero volver a mi casa —sentenció, cruzándome de brazos.

Aquella visión debió evidenciar el terror que recorría mi cuerpo, pues ni Razvan insistió en que no me fuera, ni mis padres me interrogaron por mi tardanza cuando regresé, todavía temblorosa.



## Peridoto

**Alivia la tristeza.  
Facilita el parto.**

A veces estaba tan agotada cuando salía de la casa de los Bruck que lo único que me mantenía con fuerzas era pensar en qué nuevas artes me enseñaría Mama Jayah. Aquel día la encontré con una expresión grave que impregnaba la carpa de solemnidad. Estaba sentada en una pequeña silla de madera desvencijada, sujetando su bastón, y casi pude sentir que, detrás de sus descoloridas pupilas, me observaba.

—Siéntate, hija —me pidió con ese tono maternal y a la vez serio que solo ella sabía usar.

—¿Ha ocurrido algo, Mama Jayah? Pareces preocupada... —respondí con tacto.

—Es importante que prestes mucha atención hoy. Las hierbas, los cristales y las piedras no son nada comparado con lo que voy a revelarte esta noche —me explicó y luego ensombreció mucho más el tono—. Jura que, si cuentas algo de lo que estás a punto de descubrir, tu lengua se pudrirá y se desprenderá de tu boca —por primera vez, era Mama Jayah la que me ponía los pelos de punta, y no sus conjuros—. Júralo, Mítica.

—Lo juro —me apresuré a confirmarle.

—Bien, ahora escucha. De nada sirven todas las pociones del mundo si no eres capaz de seguir los cuatro principios que rigen la magia de las *shuvani*. El primero es el deseo. Solo cuando la fuerza es intensa, el deseo tendrá el efecto deseado. El segundo es la concentración. Nada jamás debe distraerte durante un ritual, de lo contrario, deberás pedir perdón a los espíritus por tu ofensa y volver a empezar. El tercer principio es la paciencia. Algunos conjuros llegarán al momento y otros requerirán esfuerzo y constancia —antes de continuar, respiró hondo y me agarró del brazo—. Y, por último, jamás reveles el propósito de tu hechizo. Las *shuvani* debemos actuar en secreto, pues de otra forma los deseos pierden su fuerza. ¿Lo has entendido?

—Sí, Mama Jayah.

—Deseo, concentración, paciencia y secreto. Repítelo, vamos —me ordenó, dando un golpe en el suelo con el bastón.

—Deseo, concentración, paciencia y secreto —repetí sin comprender a qué venía esa actitud tan estricta—. ¿Y ahora qué? ¿Ese es el gran secreto que no debo contar jamás?

—¿Te parece poco? —bufó la anciana, ofendida. A continuación, se apoyó en el bastón y se levantó—. Ahora vamos a salir a mirar el cielo.

Cada momento que pasaba en la comunidad era una sucesión de acontecimientos extraños, pero aquella noche todo parecía alcanzar un cariz mucho más raro. ¿Cómo iba a ver el cielo una anciana ciega? Mama Jayah siempre se comportaba como si alguien superior la estuviera vigilando. Más tarde comprendí que, en cierta forma, así era.

Nos sentamos frente a la carpa con la única luz de una radiante luna y las estrellas que la veneraban.

—Mira ahí arriba —me instó—. ¿Qué ves?

—Estrellas, nubes... la luna.

—¿Solo eso?

—Algún pájaro...

—No, mira más allá. La luna habla y las estrellas escuchan para después enviarnos los mensajes que necesitamos saber. Ella nos guía, Mítica, en todas sus posiciones, colores y fases. Confía en nosotras.

—Pero, Mama Jayah... —titubeé un momento—. ¿Cómo puedes tú...?

—¿Que cómo veo yo con estos ojos muertos? —Sonrió, cubriendo su frente y sus ojos de profundos surcos—. Igual que pronto aprenderás a hacerlo tú. Los misterios de la vida se esconden en la luna: el nacimiento, en la luna nueva; la fertilidad, en la luna llena; y la muerte, en el cuarto menguante. Tú debiste ser concebida en luna llena.

—¡Mama Jayah! —exclamé con las mejillas ardiendo—. ¿Cómo podrías tú saber eso? ¿Tantos detalles puedes ver ahí arriba?

La anciana estalló en carcajadas, y eso que no podía ver cómo me afanaba por buscar en el firmamento de dónde sacaba tanta información.

—Solo en luna llena puede concebirse a una verdadera *shuvani* como tú —aclaró—. Ella es la que marca el tiempo, Mítica, los ciclos de las cosechas, las mareas, la creación en la naturaleza, la vida. Es nuestra diosa y a ella nos debemos.

Después de todas las noches en que la había contemplado, jamás me había percatado del halo que rodeaba la luna, de cómo presidía el firmamento, imponente mientras las estrellas parecían arrodillarse a su alrededor para venerarla. La idea de que hubiera una diosa observándome, una a la que le importara tanto como para aparecer cada noche a revelarme mensajes escondidos, que me guiara y me protegiera, me tranquilizó. Pasara lo que pasara, ya no me sentiría sola.



Mi vida había pasado de ser insulsa y aburrida a convertirse en un ciclón de emociones y nuevas experiencias que me impulsaban a levantarme cada mañana, aunque primero tuviera que pasar largas horas enfrascada en el taller de costura. Las discusiones con mi familia, en especial con mi madre, se habían reducido, sobre todo porque apenas paraba en casa, pero también porque cuando llegaba, estaba tan cansada que no me apetecía pelear.

Hacía semanas que no recibía reproches ni regañinas y supongo que las monedas que entregaba a mi madre al final de cada jornada ayudaban un poco a compensar la decepción que había sido como hija hasta entonces. En el fondo, sabía que ella seguía atenta, esperando el momento en el que lo fastidiara todo. Mi padre, sin embargo, me había dado ya por caso perdido. Sus días consistían en trabajar en el huerto, comer y dormir. A veces pienso que los cultivos eran solo una excusa para no tener que vernos las caras.

Por todo eso, amaba el campamento. Cuando estaba allí era una más en una gran familia. Las mujeres cuidaban de hijos propios y ajenos mientras otras iban al mercado a ganarse unas monedas o salían al bosque a por frutos. Los hombres marchaban a por leña para el fuego o para tallar y, de vez en cuando, también pasaban por la plaza con sus instrumentos. Ciertamente era que unos no se inmiscuían en los asuntos de los otros, y que las mujeres parecían tener muy poco poder de

decisión en los momentos importantes de la vida, pero había un lugar especial reservado para las *shuvani* que nadie, ni siquiera el patriarca, se atrevía a usurpar.

Una de aquellas noches, cuando llegué para otra lección de magia con Mama Jayah, encontré a los hombres sentados a un lado del campamento. Estaban en silencio, dando palmaditas de consuelo a uno de ellos, un joven que se mordía las uñas y sacudía una pierna arriba y abajo. Varias mujeres alimentaban una hoguera delante de una de las carpas y canturreaban una oración: «¡Oh fuego, oh fuego! Arde y vete lejos. Arde y márchate. Trae a los espíritus que cuiden de este niño».

Vi a Sounya salir de la carpa, seria como una lechuza, y tirar agua de un recipiente sobre la tierra. Luego volvió a entrar.

—¿Pasa algo malo? —pregunté a una de las mujeres.

—Kavi está de parto —respondió con poco entusiasmo.

Kavi era una nómada, tres años mayor que yo, que se había casado poco antes de que conociera a Razvan. Habíamos charlado en alguna ocasión, sobre todo en las noches en las que me quedaba a escuchar las historias de Mama Jayah.

—¿Y está bien? —volví a preguntar—. ¿Por qué estamos aquí, haciendo un fuego?

—Para ahuyentar a los malos espíritus —respondió en voz baja—. Estaremos aquí hasta que el niño sea bautizado.

Los alaridos de la parturienta se escuchaban por encima de la oración y, de pronto, se vieron superados por el llanto del bebé que había llegado al mundo. Sounya asomó la cabeza, tenía la cara húmeda por el sudor y las mejillas enrojecidas, y nos anunció lo que ya sabíamos.

—Ya está aquí.

Aquella mujer con la que hablaba cerró los ojos y apretó los labios como si quisiera aguantarse unas lágrimas que peleaban por salir.

—Zita —le dijo Sounya, acercándose y agachándose a su lado, colocando la mano sobre el hombro de la muchacha—, el nacimiento de un hijo, aunque no sea el tuyo, no puede ser motivo de tristeza.

—Lo sé, Sounya, pero no puedo evitarlo. Hace más de un año ya...

—Un año... —suspiró Sounya con complicidad y luego le sujetó la cara con ternura—. Zita, escucha. Toma agua y dile a tu marido que eche un trozo de carbón ardiente en ella. Después, bébetela y repite esta oración —Sounya le susurró unas palabras al oído y después la miró fijamente—. Y si la luna no quiere darte un hijo, mira a tu alrededor. Aquí hay muchos niños a los que cuidar. Tu esposo lo entenderá... o haremos que lo entienda —sentenció, esbozando una sonrisa y guiñando un ojo. Comprendí de dónde lo había sacado Razvan.

Zita asintió, aún triste, pero con esperanza. Creo que fue entonces cuando comprendí el verdadero poder de las *shuvani* y la responsabilidad que conllevaba ser una de ellas. Eran las guías que alumbraban el camino de todos en la comunidad, así como hacía la luna con su estela en el cielo. Sentí pena por Zita, no porque aún no hubiera dado a luz a un niño para su esposo, sino por lo mucho que se castigaba por que así fuera.

Para los nómadas, la familia era el pilar más importante, la auténtica razón para vivir, y cuando una joven se desposaba, su obligación era comenzar a construir su propia familia.

—Si Zita no concibe pronto, su esposo podría repudiarla —me explicó Sounya más tarde para saciar mi curiosidad.

Aquella revelación fue como un puñetazo en el corazón. ¿Dónde estaba el amor en todo eso? La decepción se apoderó de mí y aquel pedestal alto en el que había situado a la comunidad se desplomó un poco.

—Es nuestra ley, Mítica —dijo Sounya al ver mi expresión—. La naturaleza es cruel con los suyos también...

—Yo creía que... —de repente, comprendí que no necesitaba terminar mi afirmación—. Tengo que volver a casa.

Me fui, cabizbaja y arrastrando el alma con cada paso, preocupada por el destino de Zita y por el mío. Cuando llegué a casa, mi padre bebía un poco de vino frente al fuego, aunque seguramente no era el primer trago de la noche. Entrecerraba los ojos y chasqueaba la lengua.

—¿Qué haces aquí tan solo, padre? —pregunté, más por inercia que por desconocimiento. Sabía muy bien por qué estaba solo.

—Ya no estoy solo. Ahora estás tú. ¡Mi Mítica! —respondió, haciendo aspavientos con las manos. Hablaba como si su lengua estuviera dormida—. ¡Mi hija favorita! No tengo ninguna más...

—¿Por qué no? —le pregunté, aunque en el fondo la que se lo llevaba preguntando desde siempre era yo.

—¿Por qué no tengo más hijas? ¿Es que acaso no es suficiente con una? —dio un largo trago que le provocó hipo—. ¿Sabes? Yo tuve siete hermanos varones. ¡Siete! Mi padre no tuvo que volver a trabajar en cuanto el primero de nosotros cumplió ocho años. ¿Cuántos años tienes tú, Mítica?

—Yo podría tener un hermano todavía...

—Shhh —me ordenó, apenas atinando a colocarse el dedo delante de la boca—. Calla. No des ideas a tu madre. Con la suerte que tengo, me nace otra como tú.

—Buenas noches, padre —dije, y ahora era yo la que contenía las lágrimas.

—Sí, vete a dormir, como tu madre. Dejadme saborear mi vino en paz...

Tragué saliva y me dirigí hacia las escaleras con un nudo en la garganta y un ardor en el pecho. Subí un par de peldaños, pero me detuve para volver la vista de nuevo hacia mi padre, que continuaba sorbiendo de su vaso y soltando resoplidos. Puede que la naturaleza fuera cruel con todas las criaturas, pero sin duda se ensañaba siempre con las mismas.



## Lavanda

### Honestidad y franqueza.

Las tardes se hicieron bastante más entretenidas escuchando las vivencias de Ingmar que, a pesar de ser pocos meses mayor, ya contaba con experiencias que yo ni siquiera me había atrevido a soñar. Yo no había salido jamás de Biertan, mientras que Ingmar había atravesado grandes distancias desde sus tierras germanas natales y había acompañado a su padre a Oriente. Me fascinaba oír todas esas historias sobre lugares exóticos y costumbres extrañas.

—Vaya... ¡Cómo me gustaría poder ir a esos sitios algún día! —deseé, soltando un suspiro, con la mejilla descansando en la mano y escuchando embelesada.

—Irás, ya verás.

—¿De verdad lo crees?

—Estoy seguro —afirmó, con las comisuras de los labios enmarcando una tierna sonrisa. Luego, se quedó pensando un momento—. Haremos una cosa: cuando yo sea el dueño de los negocios de mi padre, te llevaré conmigo a Oriente.

—¿Lo prometes? —pregunté entusiasmada.

Ingmar extendió la mano y yo la estreché, sellando nuestro trato.

—Debo irme ya —declaró con tristeza—. Y sé que tú también. El invierno se acerca y no es aconsejable andar afuera.

Ingmar era un joven con alma de caballero, no cabía duda, y hablaba como un viejo con larga experiencia en la vida. Hizo una leve reverencia con la cabeza y se marchó, y yo guardé las piezas que había cortado, me coloqué el abrigo de lana y salí al gélido atardecer. Parecía mentira que ya llevase casi un año trabajando en esa casa.

La escarcha ya se formaba en los caminos empedrados y era difícil distinguir los rostros escondidos tras los gorros y las capas de gruesas pieles. Las casas comenzaban a encender velas y lámparas de aceite cuya suave luz se mezclaba con la oscuridad que acechaba, haciéndome revivir aquella visión sobre el espejo... A veces volvía a sentir la presión de aquellas manos en el cuello y me despertaba en un charco de sudor, pero no podía contárselo a Mama Jayah ni a Sounya porque descubrirían el secreto de Razvan, así que simplemente me rodeé de amuletos, como me habían enseñado.

Una tarde noté el ambiente del campamento algo raro. Las muchachas me lanzaban miradas y cuchicheaban, recordándome demasiado a las chicas del pueblo. Mama Jayah me acarició desde la cabeza, bajando por mi largo cabello hasta los hombros, palpando con sus manos como si quisiera memorizar mi forma, y después suspiró.

—¿Qué ocurre, Mama Jayah? Pareces triste...

—Oh, no, hija. ¡Todo lo contrario!

—¿Y qué vamos a hacer hoy? ¿Salir a por hierbas? ¿Aprender oraciones?

—Hoy haremos un conjuro de limpieza y preparación —Mama Jayah pudo sentir cómo se iluminaba mi rostro, pues eso solo podía significar una cosa—. Eso es, mi querida Mítica. Es hora de que participes en el solsticio. Estás lista para tu iniciación.

Había oído a Sounya mencionar el solsticio, la fiesta por excelencia de las *shuvani* en la que algunas se adentraban en la magia y otras afianzaban sus poderes. Decían que una bruja veía multiplicadas por mil sus habilidades durante esa noche.

¡Por fin iba a convertirme oficialmente en una bruja! Mama Jayah se preparó para mi limpieza. Primero esparció sobre mí y sobre la tierra que nos rodeaba una poción que había estado macerando durante dos días y cuyo aroma a lavanda calmó mis pensamientos. Cerré los ojos, sentada en el suelo, y dejé que los cantos susurrados de Mama Jayah me envolvieran como un cálido abrazo, expulsando cualquier toxicidad que se hubiera anidado en mi interior.

Pude sentir el peso de las malas energías evaporarse y subir hasta las nubes, donde serían arrastradas por el viento. No sé si tuvo algo que ver, pero tras el ritual, aquella visión en la que moría ahogada no volvió a repetirse.



La señora Bruck acudía sin falta a la misa de los domingos y a mí me permitía comenzar el trabajo pasado el mediodía. Aún así, me levantaba temprano, comía un buen trozo de pan caliente y a veces visitaba a los caballos.

Una hermosa mañana fría y soleada de diciembre me abrigué y me dirigí al granero. Esperaba encontrar a mi padre en el huerto, planeando las labores del año siguiente y la rotación de los cultivos. Sin embargo, ahí estaba, hacha en mano, partiendo troncos, a pesar de que las nieves ya habían mojado la poca leña que quedaba para recoger. Eso quería decir que, o bien había hecho algo que mi madre no aprobaba, o algo le rondaba la cabeza y no le dejaba dormir.

—¿No están demasiado húmedos para arder? —pregunté para iniciar la conversación.

—Los pondré a secar —respondió mi padre, sin hacerme demasiado caso.

—¿Por qué se ha enfadado madre esta vez, a ver?

—No es ella la que está enfadada —se detuvo un momento y bajó el hacha—. Cumplirás trece años en unos días. Ya no eres una niña, Mítica.

—¿Estás enfadado porque he crecido?

—Eso es, Mítica. Ahora vete y adecenta un poco a los caballos antes de irte a esa casa alemana.

Todos los padres se alegraban de que sus hijas crecieran y abandonaran su casa y a su familia para formar otra. Era una boca menos que alimentar. Todos, menos mi padre, y pronto averigüé por qué.

La jornada se me hizo corta en casa de los Bruck. Ingmar me visitó un rato antes de la caída de la tarde con dos pastelitos de miel y un poco de leche que devoré con ganas. Parecía más contento de lo habitual y, aunque quise preguntarle cuál era el motivo de su buen humor, no lo hice, pues debía llegar al campamento a tiempo para mi ceremonia de iniciación.

La nieve caía ligera y mi aliento se congelaba frente a mí, pero la emoción me hacía caminar dando saltitos. Por fin, divisé la gran hoguera frente a la carpa de Mama Jayah. Todas las mujeres, jóvenes y viejas, iban ataviadas con vestidos blancos. Pañuelos de colores vivos y monedas brillantes decoraban sus cabezas o sus cinturas.

Cuando llegué, Sounya me acompañó dentro de la carpa y me ayudó a vestirme.

—Los colores despiertan a los elementos —me explicó Sounya mientras me ataba un pañuelo rojo a la cintura—. El brillo esparce felicidad y amor —continuó, y esta vez me colocó varias pulseras de bronce en las muñecas.

Una vez lista, nos colocamos en fila y, una tras otra, rodeamos la gran hoguera, como si el frío invernal no pudiera atravesar nuestra piel. Cuando el círculo ya estaba formado, Mama Jayah se incorporó, ayudada por Sounya. Su vestido era de intensos verdes y tintineaba con cada uno de sus movimientos.

—Luna de plata —comenzó a decir, con la cabeza y los brazos hacia el cielo, mientras nosotras nos cogíamos de las manos—, aquí estamos, tus discípulas. Sé nuestra guía y te seguiremos. Te saludamos y nos entregamos a ti. Acepta la sangre nueva que te ofrecemos —se dirigió a nosotras—: ¡Iniciadas! Hoy es el día de vuestra muerte. Cerrad los ojos y decid adiós a lo que sois. Mañana renaceréis. Habéis tomado el incierto camino de la magia y en él caminaréis por las sombras y solo la luz de la diosa luna os guiará.

Sounya tomó un cuenco de madera que había colocado con anterioridad en el suelo y se lo pasó a Mama Jayah.

—Con esta sal, cerramos el círculo. Todos los males quedan fuera. A ti nos consagramos, elemento Tierra —dijo Mama Jayah, esparciendo sal sobre la hoguera, cuyas ascuas saltaban como niños felices. A continuación, se la pasó a la joven situada a su derecha, que repitió el ritual.

—Con este incienso, protegemos el círculo. Que las buenas energías nos envuelvan. A ti nos consagramos, elemento Aire —dijo ahora Sounya, levantando una humeante copa de plata que pasó a la mujer de su izquierda.

—Con esta agua —habló Mama Jayah de nuevo, salpicando unas gotitas de agua de un frasco sobre la hoguera—, limpiamos nuestras almas. A ti nos consagramos, elemento Agua —volvió a pasárselo a la joven de su derecha.

—Con esta vela —dijo Sounya encendiendo una vela roja en el fuego de la hoguera—, arde nuestra luz. A ti nos consagramos, elemento Fuego.

—Las estrellas os hablarán esta noche —dijo Mama Jayah—. Ahora, cantemos y bailemos y que la diosa luna nos acompañe.

Volvimos a tomarnos de las manos y danzamos al ritmo de canciones en una lengua todavía desconocida para mí. Las risas se mezclaban con el tintineo de los pañuelos mientras las brujas más viejas nos animaban con palmas. Miré a la luna y por fin sentí que había una madre que sí me quería tal y como era, que me aceptaba en su círculo. La noche, el fuego, las celebraciones y la luz plateada de mi querida diosa me envolvieron y no fui consciente del paso del tiempo. Era oficialmente una *shuvani*.



A aquella placentera noche en la que ni mi madre ni mi padre me interrogaron por la tardanza, le siguieron tres hermosos días en los que miré a las estrellas en busca de lo que nos había anunciado Mama Jayah, pero no ocurrió nada. Empezaba a pensar que toda aquella parafernalia había sido solo eso, una ilusión, y que, de nuevo, hasta la luna me rechazaba.

El cuarto día me despertó un olor dulce, a la vez que los tenues rayos del alba se colaban por mi ventana. Nadie recordaba un veinticuatro de diciembre tan soleado como aquel en Biertan. Me



vestí y me trencé el cabello a toda prisa para ponerme en marcha hacia la casa de los Bruck.

—¡Mítica! —me llamó mi madre, justo antes de que pusiera un pie afuera. Acudí a la cocina, donde descubrí que el olor provenía de una hogaza de pan de pasas.

—¿Sí, madre? —respondí.

—¿A dónde vas? La señora Bruck nos envió una carta hace un par de días.

Me temí lo peor. ¿Y si ya no quería que siguiera en su casa? Quizás había descubierto mis charlas a media tarde con Ingmar. Eso supondría volver a pasarme las horas encerrada en casa, tejiendo con mi madre y sin una excusa para acudir al campamento.

—¿Y qué te decía, madre? —pregunté, haciendo un esfuerzo por que no me temblara la voz.

—Te da el día libre hoy. Es su regalo de cumpleaños. Qué gentil, ¿verdad?

—Sí... —respondí, algo confundida, pues no era mi primer cumpleaños desde que trabajaba para ella, y eso nunca había sido un impedimento para hacerme trabajar.

—Ahora, coge un delantal y ayúdame. Tenemos que prepararlo todo para esta tarde.

—¿Por qué? ¿Qué pasa esta tarde, madre? —yo ya sabía lo que iba a pasar, pero quise tentar a la suerte.

—¿Acaso no sabes qué día es hoy? Cumple trece años —se respondió a sí misma—. La verdad es que temía que llegara este día y siguieses con esos pelos y esas ropas de muchacho que tu padre te permitía llevar, correteando como un burro por las calles, pero aquí estás. Toda una mujercita, y costurera, nada más y nada menos que para una familia de afamados comerciantes. Te mereces una fiesta de cumpleaños.

—No es nece...

—¡Tonterías, Mítica! —me interrumpió—. Haremos una pequeña merienda. Ya sabes que es difícil organizar una fiesta la noche antes de Navidad, pero este año te lo mereces.

No quise saber más. Simplemente me puse el delantal, hundí las manos en la masa de pan y dejé que mi madre soltara su retahíla. Era mejor así. Quizás esta vez consiguiera acabar la fiesta sin que ninguno de los invitados perdiera el pelo.



Me sorprendí mirándome en el espejo de mano que guardaba en un cajón, fijándome en cómo mi cabello enmarcaba mi rostro, en las pecas que me habían salido en la nariz y en la palidez de mis mejillas, detalles que unos años atrás no me habían importado. Recordé la visión en la casita del bosque y volví a guardar el espejo.

Abajo, ya se escuchaba llegar a los primeros invitados. La voz aguda y estridente de Oana resonó haciéndome soltar un bufido de fastidio. Aquella manía de mi madre de usar mis momentos especiales para camelarse a los peces gordos del pueblo me ponía de los nervios. Una cosa era ceder en el pelo y en la ropa, y otra convertirme en la amiga del alma de Oana Enescu. ¡Eso sí que no!

Respiré profundamente y me aseguré de que la ramita de romero que Razvan me había regalado estaba a buen recaudo en el bolsillo de mi vestido de terciopelo verde. Hice acto de aparición, aguantándome las ganas de huir a través del huerto, y fingiendo una sonrisa, di la bienvenida a los cuatro invitados que ya me esperaban. La señora Enescu lanzó una mirada a Oana y apretó los labios, señalándole el paso que tocaba.

—Feliz cumpleaños, Mítica —dijo Oana, obedeciendo la señal de su madre y entregándome un regalo envuelto en papel de seda.

—Gracias, Oana —respondí y desaté el lazo—. Un dedal... vaya, gracias —balbuceé.

—Es de bronce —recalcó, por si se me había olvidado quién era.

—Ya lo veo. Es muy bonito... Lo que cualquier niña desea —comenté entre dientes.

—¿Cómo dices?

—Nada, que te queda muy bien el pelo así de largo —respondí y me fui a saludar a mis primos.

Nos disponíamos a sentarnos alrededor de la chimenea, los adultos en los bancos y sillas de madera que mi padre había fabricado, y los demás en el suelo, cuando alguien llamó a la puerta.

—Señor y señora Bruck —oí decir a mi madre—. ¡Qué visita más inesperada! Por favor, pasen —les dijo, apartándose—. Y el joven Ingmar. ¡Mítica! —se dirigió a mí, mientras volvía de nuevo a donde estábamos todos.

—Ingmar —repetí sorprendida, poniéndome de pie. No esperaba que los Bruck se dignaran a venir a la casa de una simple costurera—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—¡Mítica! —me reprendió mi madre en voz baja—. Sé amable.

—Te hemos traído un regalo —dijo Ingmar, extendiendo hacia mí algo envuelto en terciopelo negro.

—No tenías por qué... —murmuré mientras lo abría—. Es preciosa, Ingmar.

—Es para que guardes todo lo que traeremos de nuestro viaje a Oriente.

Era una cajita de madera de roble con pequeñas cenefas grabadas y una cerradura de plata. El interior estaba cubierto de un fino terciopelo rosa y dividido en compartimentos. Me pareció un gesto muy dulce, aunque nunca llegáramos a hacer ese viaje.

Mi madre repartió un trozo del pan con pasas que habíamos hecho mientras mi padre y el señor Bruck se apartaban a un lado, seguramente, pensé, para hablar de lo que los hombres mayores hablan: de dinero y de cómo hacer más dinero.

Ingmar se divertía entreteniéndolos a los más pequeños con sus historias exóticas y la tarde pasó tan rápido que ni siquiera tuve tiempo de pelearme con Oana. Al fin y al cabo, nuestro odio mutuo había surgido de una forma desconocida para ambas.

Cuando la señora Enescu vio asomar las luces del atardecer, se puso de pie y avisó a Oana de que se colocara el abrigo, dando así por terminada la velada para todo el mundo, pues tenían que prepararse para el día de Navidad. Fue un cumpleaños maravilloso: me había iniciado como bruja y había conseguido pasar una velada tranquila y complacer a mi madre.

Mientras mis padres despedían a los invitados, me quedé sentada frente al fuego, ensimismada con mis regalos.

—Venga, díselo —escuché a mi madre murmurar entre dientes detrás de mí.

—¿Decirme qué? —respondí, dándome la vuelta.

—Pues... Esto... —tartamudeó mi padre, rascándose la cabeza.

—¡Ay, díselo de una vez! ¡El señor Bruck nos ha pedido tu mano! —gritó mi madre llena de emoción.

—¿Qué?

—¡Vas a casarte con Ingmar Bruck! Mi hija, casada con un comerciante germano. Mira que yo pensé que nadie te iba a querer...

—Pero yo no quiero casarme.

—¿Es que no te gusta Ingmar? —preguntó mi madre, preocupada—. ¡Si os lleváis muy bien! Otras se casan con hombres que detestan.

—No. No me has entendido, madre —tomé aire—. Yo no quiero casarme. Nunca. Ni con Ingmar ni con nadie.

—¿Pero qué estás diciendo, Mítica? ¿Estás oyendo a tu hija? —gritó a mi padre esta vez, volcando en él toda su ira—. ¿Y qué piensas hacer? ¿Irte a un convento? Porque es el matrimonio o los hábitos.

—Mítica —habló mi padre, con expresión seria—, una mujer debe casarse y traer hijos al mundo o servir a Dios. Te casarás con Ingmar Bruck y jamás tendrás que preocuparte por nada.

—Pero padre...

—Eres una mujer y eso es lo que hay que hacer —dijo, casi como si quisiera convencerse más a sí mismo que a mí—. Y ahora todos nos iremos a dormir y no hablaremos más del asunto hasta que el señor Bruck y yo decidamos la fecha de la boda.

Me estaba mordiendo los labios con rabia y sentía la energía de la ira que me invadía ardiéndome en el pecho. Miré fijamente a mis padres y me marché, sin saber aún que mis ojos eran una puerta por la que salían y entraban mis más profundos deseos. Me senté en la mecedora que había en la parte de atrás, delante del huerto cubierto por la nieve, pero estaba demasiado enfadada como para quedarme sentada.

Me levanté y me paseé nerviosa por el pequeño porche, con los brazos cruzados y respirando agitada al ritmo de mis pasos.

—No pienso casarme —dije en voz alta—. ¿Quién se creen que son para decirme lo que tengo que hacer?

De repente, ahí estaba otra vez aquel pájaro, revoloteando sobre mi cabeza bajo la noche invernal. Sacudí las manos para que se fuera y lo maldije. Entonces emprendió el vuelo, perdiéndose en el cielo, limpio de nubes. Pequeñas lucecitas tintinearono como ojos parpadeando, hasta que todo el firmamento se cubrió de estrellas que me miraban.

Me quedé paralizada. Era incapaz de apartar la vista. El cielo me absorbió y me pareció estar nadando en un lago de aguas oscuras, frío y profundo, que me llevaba lejos de mi casa. Alcé los brazos para darme la vuelta y nadé tan rápido como pude, pero mi casa, mi familia y el huerto se alejaron cada vez más, hasta ser engullidos por las aguas. A pesar del cansancio, continué moviendo los brazos e impulsándome con las piernas en dirección contraria a donde la corriente quería llevarme. Las extremidades se me entumecieron, el frío se apoderó de mis músculos y, poco a poco, abandoné mi cuerpo, que quedó a merced de las aguas y, en cuestión de segundos, desapareció.

Cuando abrí los ojos, mis pulmones tomaron aire como lo hace un bebé recién nacido. Sentí espasmos en los dedos de las manos y miré alrededor mientras mi pecho se movía agitado. Me daba miedo confirmar que había dejado de existir y me encontraba en el purgatorio.

Apoyé las manos en el suelo para levantarme y se hundieron en la nieve. El huerto seguía congelado y solitario, pero las estrellas habían desaparecido tras las densas nubes que ahora cubrían el cielo. De pie, frente al que había sido mi hogar, pensé en mi padre y en mi madre, y me di cuenta de que jamás aceptarían a alguien como yo. Mama Jayah tenía razón. Las estrellas me habían hablado de un futuro oscuro que solo podía evitar de una forma.

Corrí a través del huerto, tan rápido como la nieve acumulada me lo permitía, sintiendo el gélido viento en la cara. Avancé sin mirar atrás por entre las casitas del pueblo y me adentré en el bosque.

A pesar de la negrura que lo envolvía, pude reconocer el camino, y al cabo de un rato, ahí estaba aquel árbol de enormes raíces retorcidas y, bajo las enredaderas escarchadas, la puerta de la casita de Razvan. Busqué la piedra de media luna que escondía la llave y entré. La casita estaba gris y solitaria; el aire frío me hizo tiritar, así que me dirigí a la chimenea y, con las dos piedras

que había a un lado, encendí el fuego. Dejé que las llamas me calentaran un poco mientras observaba su crepitar en silencio.

Un tintineo que provenía de la cocina me sacó del trance. Era imposible que fuera un oso, pues dormían todo el invierno, pero los lobos tenían buen olfato y, aunque la casita estaba oculta, el hambre era más poderoso que cualquier escondite. Cogí el atizador del fuego y caminé con sigilo, siguiendo el rastro del ruido que ya había cesado, mientras intentaba recordar alguno de los mantras de protección de Mama Jayah.

Giré tras las raíces que atravesaban la casa por el centro, pero la oscuridad me impedía ver. Podía sentir una respiración cerca, acechándome. Algo arañaba las paredes de acero del caldero. Me asomé con cuidado, atizador en mano, y cuando di un golpe en el caldero para ahuyentar a lo que se cobijaba en su interior, una gruesa cuerda se cerró alrededor de mis pies y me tumbó en el suelo.

—¡Ajá! ¡Te tengo!

—¿Razvan? —pregunté en la oscuridad.

—¡Mítica! ¿Qué estás haciendo aquí? —dijo Razvan y se acercó para desatarme—. Podría haberte matado...

—¿Con una cuerda?

—Eso era solo para atrapar a la bestia —respondió mientras cortaba la cuerda con un cuchillo pequeño—. Después iba a cortarle el cuello —aclaró, simulando el corte en el aire.

—Un lobo te habría devorado antes de que pudieras agarrar el cuchillo.

—¿Y tú qué haces aquí? —preguntó molesto y se levantó para encender una lámpara de aceite—. ¿No deberías estar celebrando tu cumpleaños? Felicidades, por cierto...

—Ya... gracias. Tuve un regalo inesperado que no me gustó nada.

—¿Oana se ha vuelto a comer tu pastel? —dijo entre risas.

—El señor Bruck le ha pedido mi mano a mi padre. Quieren que me case con su hijo —solté de una vez. Razvan se quedó callado un momento—. Tienes que ayudarme, Razvan.

—¿Yo?

—Tienes que hacer un hechizo, algo que haga que los Bruck rompan el compromiso.

—¿De verdad quieres hacer que la familia más rica del pueblo te odie? Las maldiciones no deben tomarse a la ligera. Además, yo no sé hacer eso. Solo una bruja puede hacer un hechizo así y Mama Jayah no va a estar por la labor, ya te lo digo yo.

—Pues no pienso casarme. Eso te lo aseguro —protesté, cruzándome de brazos—. Si tú no me ayudas, encontraré a alguien que lo haga.

Razvan se acercó en silencio al fuego que seguía crepitando en la chimenea, se sentó y se puso la mano en el mentón. Aguanté unos segundos mi melodramática pose y luego lo seguí.

—¿Piensas decir algo? —le pregunté.

—Estaba pensando que... Bueno, tendría que convencer a mi madre, pero quizás...

—¡Habla de una vez!

—¿Y si te quedas con nosotros en el campamento?

## IV

Por alguna razón, a medida que la lectura de aquel viejo diario avanzaba, Crina se mostraba menos inclinada a ocultar las partes de su vida que más le avergonzaban. Quise pensar que mi plan surtía efecto, cosa que me alegraba y me partía el corazón a partes iguales. El quinto día de encierro se levantó de la cama que ya habíamos decidido compartir, pues el frío nos helaba los huesos, y bebió un poco de agua. Después respiró profundo y se giró hacia mí, sus bucles dorados se derramaban sobre su hombro derecho.

—Nunca me desviaba del camino de vuelta a casa desde el mercado —comenzó a decir—, pero aquel día, cuando quise darme cuenta, las casitas quedaban ya alejadas y los senderos habían dado paso a los árboles —me incorporé para escucharla con atención—. Cuando miré a mi alrededor, supe que estaba en el bosque. El cielo se había nublado, pero el principio del otoño traía aún una brisa templada. Escuché una voz que me llamaba casi en un susurro, en un llanto, como si me necesitara. Venía del río, así que fui hasta la orilla y observé el agua, que se movía rápido con la corriente. De nuevo, ahí estaba esa voz. Me llamaba, repetía mi nombre una y otra vez, pero no conseguía ver a nadie. Entonces me agaché y me incliné sobre el río, preocupada, buscando entre el agua a la dueña de aquella voz cuando, al otro lado del río, emergió el cuerpo de una joven.

»Estaba boca abajo, con su cabello rubio apagado flotando. Se me escapó un grito, pero la joven no se movía y yo... temí lo peor. Me lancé al agua e intenté llegar hasta ella mientras la corriente me empujaba y la humedad me traspasaba los huesos. Logré sujetarla de un brazo antes de que el río se la llevara y entonces le di la vuelta —Crina ensombreció el rostro de repente y se cubrió la boca con la mano para acallar su llanto—. Era yo, Velkan. ¡Aquella joven sin vida era yo!

»Por eso fui hasta las carpas —volvió a quedarse callada, por la vergüenza—. Pero allí ya no había nada. Entonces apareció aquel hombre y me dijo que si estaba buscando a la bruja, se había marchado para siempre. Le dije que necesitaba ayuda. Tenía miedo de que los malos espíritus me rondaran y de que jamás pudiera salvar mi alma.

—¿Recuerdas a ese hombre? —le pregunté.

—Era uno de ellos —respondió y supe exactamente a qué se refería—. Me ofreció algo para beber y dijo que eso me limpiaría y la visión no volvería más. Dijo que era una advertencia, que se repetiría hasta cumplirse, así que acepté la bebida. Después me guiñó con uno de esos ojos verdes brillantes, y desapareció. Aquella noche, entre sueños, sentí que me faltaba el aire y una fiebre me recorrió todo el cuerpo. Tiritaba, no podía comer nada, hasta que...

—Hasta que comiste mi pastel —la interrumpí.

—Cuando te vi, allí de pie, preocupado por mí, el aire entró con facilidad en mis pulmones y el cuerpo dejó de temblarme. Me sentí... viva.

Crina hablaba con una mezcla de alegría y extrañeza ante sus propias palabras. No había duda. Comenzaba a vislumbrar lo que había hecho.

—Era solo un domingo más —repuse—. Estaba allí para repartir el pan, como siempre, como me habías visto hacer durante diez años. ¿Qué era tan diferente?

—Yo —respondió Crina.

El silencio se apoderó de nosotros unos segundos en los que nos miramos fijamente, cada uno esperando que el otro tomara la palabra. Entonces volví a echarme en el lecho, dándole la espalda a Crina.

—¿Podemos salir de aquí de una vez? —suplicó ella.

—Aún no.

—Pero Velkan... —protestó—. ¡Ya te he contado lo que querías saber!

—No, no lo has hecho.

—¿Qué más quieres de mí?

—La verdad. Toda la verdad.



## Caléndula

**Inspira sueños proféticos.**

Razvan hacía esfuerzos por hablar bajo, pero a Sounya no le importaba. Desde fuera, podía oír la discusión que mantenían dentro de la carpa. La madre de Razvan no parecía muy entusiasmada con la idea de que me quedara con ellos.

—Razvan, ¿sabes lo que me estás... lo que nos estás pidiendo? —se quejaba.

—Quieren casarla con ese ricachón alemán —argumentaba Razvan.

—Eso no es asunto nuestro. Todas las mujeres se casan, incluidas las brujas.

—Pero madre, no es una familia cualquiera. Si se enteran de que viene aquí, de que practica la magia...

Aquel argumento dejó a Sounya en silencio por un momento, pensativa.

—En eso tienes razón.

—La mantendríamos oculta en el campamento —continuó Razvan—. No volvería al pueblo y mientras no demos motivos, nadie vendrá aquí a buscarla.

—Hoy no irás al mercado —oí decir a Sounya.

—Pero...

—Debes ir a recoger algunas hierbas. Vamos a necesitar toda la protección de la que podamos disponer.

—¿Entonces, se queda?

—Se queda —respondió al fin Sounya e intuía a través de la fina separación de las cortinas que madre e hijo se abrazaban, algo que veía por primera vez—. No le digas nada a Vadoma. Ahora vete. Debo buscar ropas para Mítica.

Vadoma era el patriarca del campamento, un hombre con más años de los que yo había contado jamás en alguien vivo y que conservaba una presencia de hierro. Nunca habíamos cruzado una palabra. Él solo aparecía cuando había que tomar una decisión o en las celebraciones especiales, y era quien aprobaba los matrimonios que se acordaban. Cuando algunas carrozas se marchaban con familias que iban a sacar algo de dinero de los pueblos cercanos, él se quedaba en su carpa o en un tronco, frente al fuego.

Sounya me llevó ante él ese mismo día, cuando ya me había colocado un atuendo que pasara algo más desapercibido, acorde al que iba a ser mi nuevo hogar.

—Vadoma —comenzó a decir Sounya—, queremos tu bendición para aceptar un nuevo miembro en la comunidad —Sounya me hizo un gesto con la cabeza para que me acercara—. Esta es Mítica.

—Sé quien es —repuso Vadoma con una voz que vibraba. Yo no levanté los ojos del suelo.

—Mítica es huérfana y no debemos dejar que una de las nuestras vague sola. Ya sabes que nuestras prácticas no son bienvenidas en el pueblo...

—Su piel es demasiado blanca —sentenció, entrecerrando los ojos—. Levantará sospechas entre los aldeanos.

Miré a Sounya con preocupación y mis ojos le suplicaron que hiciera acopio de todo su ingenio para convencer a Vadoma.

—No volverá al pueblo —dijo Sounya—. Razvan será su sombra.

—No es necesario —interrumpí—. No haría nada que pusiera en peligro a la comunidad, señor —me dirigí a Vadoma—. Me quedaré aquí y solo abandonaré el campamento para salir a buscar hierbas y fruta al campo.

Vadoma respiró profundamente y nos miró a ambas de arriba abajo con esos pequeños ojos escondidos bajo sus pobladas cejas grises.

—Ni una palabra debe salir de aquí. Nadie pronunciará su nombre fuera del campamento. Espero que Jayah sepa lo que hace.

Después hizo un gesto con la mano para que nos fuéramos y así lo hicimos. Afuera, abracé a Sounya como jamás había abrazado a mi madre, incluso antes de saber todo lo que ella y Jayah estaban arriesgando por mí.

La primera noche en el campamento me senté junto al fuego que crepitaba al ritmo del *dholak*<sup>[5]</sup> que tocaba un chico algo más pequeño que yo. Algunas mujeres, jóvenes y viejas, bailaban bajo el negro cielo, sin temor a congelarse, mientras yo las observaba con curiosidad y me daba cuenta, por primera vez, de que ni siquiera echaba de menos mi casita de Biertan, el huerto o a mis padres.

—*Lăutari* —dijo Razvan, sentándose a mi lado. Yo lo miré confusa—. El clan de los músicos —aclaró—. Aquí la mayoría lo son. Las mujeres bailan y cantan, y los hombres tocan los instrumentos. Mi madre era del clan *ursari*, los domadores de osos, pero luego se casó con mi padre.

—¿Y dónde está tu padre? —pregunté.

—Murió... Ni siquiera la magia de Mama Jayah pudo curarlo. Mi madre cree que la tuya podría haberlo conseguido.

—No sabía que podíamos curar a la gente.

—La magia puede curar o puede hacerte enfermar —explicó Razvan, mirando cómo bailaban las llamas—. ¿Ves esa carpa de ahí? —me preguntó, señalando una pequeña tienda al fondo del campamento—: Ahí es donde Mama Jayah prepara sus pociones y filtros para los aldeanos.

—¿Los aldeanos? Pero ellos odian a las brujas...

—Ya, siempre que no necesiten curar un dolor de muelas o juntar a dos en un matrimonio. Temen más a los malos espíritus que a nuestras mujeres —rió.

—¿Y si uno de ellos me ve cuando venga a por una de esas pociones? —pregunté con genuina preocupación.

—Entonces tendremos que darle algo para confundir a sus ojos —respondió Razvan, guiñándome con esos ojos verdes, como siempre hacía para fingir que lo tenía todo bajo control, y al menos aquella noche me sentí en casa.





Me mantenía oculta dentro de las carpas la mayor parte del tiempo y pronto me convertí en la sombra de Sounya. Recibía gestos amables de los niños y del resto de mujeres, pero me incomodaba no hablar su lengua y ellos apenas usaban la mía. La división entre los hombres y el resto de la comunidad era evidente, tanto que a veces odiaba cuando Razvan se comportaba como un varón. A veces pensaba en mis padres, en qué estarían haciendo, si se acordarían de mí... Pero en el fondo sabía que nunca nos había unido algo más allá de la sangre.

Aquella mañana la tranquilidad del campamento se vio interrumpida por los gritos graves de un campesino que apareció sujetando a un bebé. El pequeño no contaba siquiera dos años y su pálida piel estaba cubierta de sarpullidos.

—¡Necesito ver a Jayah! —gritaba el hombre—. ¿Dónde está Jayah?

—¿Qué sucede? ¿A qué vienen esos gritos? —preguntó Sounya molesta, saliendo de una de las carpas.

—Mi nieto... ¿Dónde está Jayah?

—Mama Jayah duerme ahora —respondió Sounya.

—Tengo que verla. Mi nieto ha sido embrujado —dijo el campesino con lágrimas en los ojos—. Lloro día y noche, sin hambre ni sed, pasa las noches en vela y su piel... —extendió los brazos para mostrarle el niño a Sounya—. Es un espíritu maligno, lo sé.

—Ven conmigo —le ordenó Sounya y después habló a Razvan en el oído antes de caminar hasta su carpa—: Dile a Mítica que se ponga ropa blanca y que venga también.

Cuando entré, apenas un par de velas iluminaban el interior de la carpa, algo que agradecí, pues temía que mi atuendo, incluso con el pañuelo que me cubría la cabeza, no fuera suficiente para hacerme pasar desapercibida. El hombre estaba de espaldas a la cortina que daba acceso a la carpa, sentado sobre la alfombra, y acunaba al bebé mientras Sounya iba cogiendo lo que necesitaba para su hechizo.

—No hay atajos para expulsar los malos espíritus —aclaró Sounya—. Los niños tienen el alma aún muy pura y atraen celos y envidias. Debes vigilar quiénes andan a su alrededor. Presta atención, porque tendrás que repetir este ritual durante ocho días. Tomarás un plato y un vaso —explicó mientras llevaba a cabo el hechizo. Yo observaba de pie, en silencio, desde la oscuridad—. Vierte agua bendecida en el vaso. No olvides tener encendida al menos una vela blanca mientras lo haces. Ahora, mete el huevo blanco en el vaso y pídele a tu Dios, a sus ángeles o a algún difunto, que tenga amor por este niño, que lo proteja y que aleje el mal que le han enviado. Entonces colocarás el plato sobre el vaso y encenderás tres velas blancas: una, sobre el plato, y las otras dos, a la izquierda y a la derecha. Durante ocho días, siempre debe haber tres velas encendidas. Recuérdalo.

—Así lo haré —balbuceó el campesino tembloroso.

—Ahora cierra los ojos. Hoy las dos hablaremos a los espíritus por tu nieto.

Sounya me miró y comenzó a recitar en su lengua materna. Sin saber qué debía hacer exactamente, fijé mis ojos en el pequeño que lloraba desconsolado y deseé que no sufriera más, que los males que lo atormentaban se disiparan en el aire, en el agua del vaso o en el huevo. Lo repetí, una y otra vez, en mi pensamiento, escuchando de fondo la canción susurrada de Sounya.

Las velas parpadearon varias veces y, de repente, se apagaron y se escuchó el crujido de la cerámica resquebrajándose. Entonces el llanto del bebé cesó.

—¡Es el mal! —gritó el campesino.

Sounya se dispuso inmediatamente a volver a encender las velas. Comprobó que el plato se había partido por la mitad y el huevo se había vuelto de color negro y desprendía un fuerte olor a podrido. La madre de Razvan me miró con asombro, sus densas cejas negras arqueadas.

—Tu nieto está limpio —dijo ella.

—¿Del todo? ¿Ya no hay malos espíritus en él? —preguntó el campesino.

—No, ya no —respondió Sounya, intentando disimular su sorpresa—. Ahora debes deshacerte del huevo y del agua en un río y lavar tus manos con sal.

—Gracias. Muchas gracias —repitió varias veces el hombre, estrechando con verdadera euforia las manos de Sounya, y a continuación sacó tres monedas de plata y se las entregó. Probablemente le había costado un mes ahorrar aquel dinero.

—No debes mencionar lo que ha sucedido aquí —le advirtió.

—No lo haré, señora. Se lo juro.

El hombre abandonó la carpa. Su rostro irradiaba alivio y felicidad, pero Sounya permaneció seria.

—¿Se ha curado? —pregunté.

—El mal nunca se cura. Simplemente pasa de un recipiente a otro.

—El huevo lo absorbió —observé en voz alta.

—Ve a lavarte con sal, Mítica, y tira los restos del plato al río.

Habíamos logrado limpiar a aquel pequeño de lo que fuera que lo estuviera atormentando, pero Sounya no parecía muy satisfecha. Sabía que ella prefería fabricar amuletos y filtros de amor en lugar de andar molestando a las fuerzas del mal y, si no fuera por la conversación que escuché más tarde, me habría parecido bastante razonable.

—El huevo se pudrió en segundos, Mama Jayah —decía Sounya con evidente asombro.

—Debes alegrarte de que aquel infeliz no necesitara sacrificar a una gallina para curar al niño —le respondió la anciana.

—No lo entiendes. Debería haber tardado al menos ocho días en volverse negro. Eso no fue cosa mía —Sounya sonaba algo apenada—. Esa niña es poderosa...

—Y hemos tenido suerte de encontrarla primero. ¡Quién sabe lo que hubiera sido de ella si los aldeanos la hubieran descubierto!

—Tal vez...

—¿Por qué dudas, Sounya? Algo te preocupa.

—Si puede alejar tan fácilmente espíritus malignos, también tiene poder para atraerlos. Temo que traiga la desgracia a nuestras familias, Mama Jayah.

—¡No hables así de una de las nuestras! —protestó la anciana con cierta ternura—. Toda bruja camina con un lado iluminado por la luz de Dios y otro por la del diablo. Todas seremos juzgadas en el otro lado, pero no antes.

No quise saber más. Me escabullí entre las sombras y corrí hacia el río. La idea de atraer el mal a los que me habían acogido y aceptado como a una hija me revolvió el estómago. Arranqué algunas caléndulas y las entrelacé formando una corona mientras repetía una oración de protección. Después lancé la corona al río y la observé desaparecer con la corriente mientras pensaba en lo que había dicho Sounya. «Esa niña es poderosa».



Gentes de todas partes venían a visitar a Mama Jayah en busca de sus remedios y sus pociones. Algunos hacían largos viajes desde recónditos pueblos más allá de las montañas. Yo me ofrecía a ayudar siempre que podía y observaba cada ritual, cada entonación y cada detalle de lo que ocurría en la pequeña carpa del fondo.

He de reconocer que me divertía especialmente estar presente cuando cocinaba filtros de amor. Me parecía curioso, cuanto menos, ver de lo que la gente era capaz por el amor de alguien que no tenía el más mínimo interés en ellos.

Ya había lavado con sal los utensilios de la última petición de un viajero alemán cuando una señora oronda y con voz irritante entró, tirando de la mano de una joven que se sonrojaba ante sus gritos.

—¡Vamos, díselo! —instó la señora a la muchacha, zarandeándola—. La niña, que se ha encaprichado de un lechero y dice que no se casa si no es con él.

—No tengo nada que darle para que cambie de parecer, señora —respondió Mama Jayah.

—Ella no. ¡El lechero! —exclamó la señora—. Sé de buena tinta que los filtros que aquí elaboran tienen buenos resultados...

—¿Eso quieres, niña? —preguntó Mama Jayah, dirigiéndose a la joven.

—¿Es... es cierto que puede hacer que se enamore de mí? —titubeó ella, escondida tras su cabello castaño.

—Puedo hacer que crea que lo está, si eso es lo que quieres.

Mama Jayah esperó unos segundos en los que la señora miró a la joven y esta asintió tímidamente.

—Haga ese filtro —dijo la señora—. Nos dijeron que con tres monedas de plata...

—Tres monedas de plata son suficientes —interrumpió Mama Jayah, poniéndose de pie sobre su bastón.

—Traeré las hierbas —añadí desde la esquina.

Comencé a rebuscar por los frascos mientras la aguda voz de aquella señora llenaba la carpa y me hacía rechinar los dientes.

—¿Y siempre funciona? —preguntó la mujer—. He visto a muchachas hacer locuras para casarse con aquel de quien se han encaprichado, ¿sabe? Alguna ha llegado a envenenar a la esposa de... —la joven le dio un codazo para que se callara—. O como esa niña que ha desaparecido, la hija de los Andrei. Su padre tiene a todo el pueblo buscándola —me quedé quieta, de espaldas, y me cubrí como pude con el pañuelo que tenía sobre la cabeza—. Por lo visto, ella quería casarse con el hijo de ese comerciante alemán, pero él pues... ¿Quién en su posición iba a querer a la hija de una costurera? —apreté el frasco que sujetaba tan fuerte que se deshizo en mil pedazos—. ¿Está bien? —susurró a Mama Jayah, refiriéndose a mí con un gesto de la cabeza.

—Esos frascos son delicados. Hija —me llamó Mama Jayah—, ve a buscar a Sounya. Necesitamos alguien más experimentado para este filtro —explicó a la señora, que asintió como si fuera algo obvio.

Me marché de allí, agradeciendo la maniobra de distracción de Mama Jayah, y avisé a Sounya. Ignoraba que aquella iba a ser la última vez que las viera en mucho tiempo.



Recoger hierbas y buscar los ingredientes que la naturaleza nos proporcionaba para las pociones y encantamientos era una actividad increíblemente placentera. Caminando entre caléndulas, *bellis* y alelúes se me olvidó que hacía ya más de una hora que me había ido del campamento. Quería estar fuera el tiempo suficiente para que aquella señora y su hija se fueran de una vez.

El sol comenzaba a marcharse y, con él, la calma. El agua del río bajaba salvaje, con un ruido atronador, mientras que la brisa se helaba cada vez más.

—¡Mítica! —gritó Razvan a lo lejos mientras corría hacia mí.

Se paró frente a mí y se apoyó sobre sus rodillas, jadeando y peleando por recuperar el aliento.

—¿Qué pasa? —pregunté, ensombreciendo el rostro.

—Han venido... a buscarte —respondió entre jadeos—. Los aldeanos... han venido a buscarte.

—¿Los aldeanos?

—Están en el campamento y buscan a Mítica, la hija de Filip Andrei —contestó Razvan, visiblemente molesto.

—Ay, no. Si me encuentran aquí, quién sabe qué harán con tu madre... y Mama Jayah —me tomé unos segundos para pensar—. Tienes que volver y decirles que no sabéis nada de mí. Que busquen dentro de las carpas, si quieren.

—Sí, tú espera aquí. Volveré a buscarte cuando se hayan marchado —dijo, haciendo un ademán para irse.

—No, Razvan —se giró y me miró confundido—. No voy a volver a la comunidad. Si me encuentran allí... Ambos sabemos lo que hacen en Biertan con las brujas.

Ninguno de los dos necesitó decir una palabra más.

## V

El tiempo era un maestro cruel. Cada segundo entre aquellas cuatro paredes me erosionaba el alma un poco más y permitía a mis pensamientos pasearse con total libertad por mi cabeza. Crina, al menos, los mantenía entretenidos con la lectura, pero yo estaba agotando los recursos para llenar las horas.

Solté un bufido desesperado que se disipó en el aire. Odiaba tener que contener las ganas de estrecharla entre mis brazos. Yo la quería, eso no había cambiado, y no cambiaría por mucho que aquello terminara con un triste final para mí. Crina levantó los ojos por encima del libro y, de repente, sentí sus dedos entre mi pelo, deslizándose hasta acariciarme la cara. La miré y solo vi aquellos pequeños ojos turquesa que suplicaban una tregua.

Mis impulsos tomaron el control y la besé, recreándome en su carnoso labio inferior, y dejé a mis manos viajar libres por su cuerpo. Una se detuvo en su cuello y la otra en su cintura. Mientras nuestras lenguas se entrelazaban, dejándonos sin respiración, me incorporé y la tumbé en el suelo con suavidad. Crina ronroneó en mi oído a medida que mis labios le recorrían el cuello. Me abrazó con sus piernas y me apretó contra ella tan fuerte que podía sentir su corazón a punto de salirse del pecho.

Introduje la mano por debajo de su vestido y me rendí a su tacto, a su olor. Era incapaz de formular un pensamiento, avanzaba con la inercia del deseo.

¿Por qué no podía dejarlo estar? ¿Qué importaban algunas mentiras, si en el fondo nos queríamos? Ningún matrimonio era perfecto, de eso estaba seguro, y nadie cuidaría de Crina mejor que...

—Te amo, Velkan —me susurró, acariciando mi oreja con su aliento.

Aquellas palabras me trajeron de vuelta a la realidad como si me hubieran golpeado en el estómago. «No, ella no me quiere, aunque así lo crea. Y no me querrá después de lo que he hecho». Me detuve y resoplé con una mezcla de fastidio y tristeza.

—¿Qué te pasa? —preguntó Crina, clavándome su mirada, confundida.

—No puedo hacer esto. No hasta que terminemos lo que hemos venido a hacer.

Entrecerré los ojos y negué con la cabeza. Ni yo mismo podía creer lo que estaba diciendo, pero me lo había prometido a mí mismo. Y se lo había jurado a mi madre.

—¿Qué estás diciendo? —inquirió, esta vez, indignada—. Tú ya no me quieres, Velkan —sentenció y me empujó para apartarme. Luego se levantó y se marchó al rincón, al lado de los barrotes.

—¡Claro que te quiero! —exclamé, notando cómo se me humedecían los ojos—. ¡Precisamente por eso!

—No sé qué te ha pasado, Velkan, pero no te reconozco. Tú nunca me has tratado así —me reprochó con genuina incredulidad.

Crina tenía razón. Desde que nos conocimos, yo vivía para verla, para cruzar un par de palabras con ella, aunque sabía que no era el único que tenía aquellos sentimientos. En las cortas e inocentes conversaciones que habíamos tenido, ella me había confesado que sentía algo más que curiosidad por un muchacho de Sibiu llamado Aurel, un joven que pasaba por el pueblo de vez en cuando.

—Es un caballero de otro tiempo, Velkan —decía, agrandando los ojos con ilusión y partiéndome el corazón sin saberlo—. Quiere llevarme con él a Sibiu para que le ayude con sus negocios. Dice que sería una buena capataza. Te lo cuento a ti porque eres un buen amigo. Mis padres pondrían el grito en el cielo si se enteran de que quiero marcharme de Biertan.

—¿Y tú quieres irte? —le pregunté, albergando aún esperanzas.

—Pues claro, Velkan. Es lo que llevo esperando desde niña. ¿Qué futuro tengo aquí? Mis padres me buscarán marido, tarde o temprano, y Aurel no está preocupado por eso. Las mentes cerradas de este pueblo no le afectan. Con él seré libre y, quien sabe, quizás viajemos a otras tierras más prósperas...

—Te echaré de menos, si te marchas —confesé.

—Y yo también, querido Velkan —me cogió de las manos—. Pero vendrás a Sibiu a vernos. Allí podrías tener tu propia pastelería y prosperar más rápido que aquí.

Imaginarme una vida sin Crina me oprimía el corazón. Aún así, me paseaba por los lugares que ella frecuentaba con el único objetivo de que me dedicara una mirada o una sonrisa, aunque supiera que después se encontraba a escondidas con Aurel. Aquel joven parecía corresponder no solo el amor de Crina, sino también sus ambiciones de libertad.

Crina me había anunciado pocos días antes que ella y Aurel preparaban su marcha, por eso cuando de repente acudió a buscarme y aceptó ser mi esposa, me sorprendió sobremanera y pensé que alguna enfermedad grave la había trastornado, pero ansiaba tanto despertarme a su lado que simplemente miré para otro lado... y me dejé llevar. Una parte de mí intentaba rebelarse, contemplar lo que bien podría haber sido la razón de aquel cambio, pero estaba tan feliz de haber encontrado lo que todo el mundo buscaba, de tener a la mujer de mis sueños, que lo aparté de mi mente. ¿Qué sensación podía ser mejor que esa, viniera de donde viniera?

Preferí evitar la verdad, creyendo que así también evitaba la realidad, pero esta tiene sus argucias para salir a la luz tarde o temprano.

Allí, en nuestra celda, quise abrazarla de nuevo y decirle que la quería como el primer día, a pesar de todo, pero no hubiera sido justo para ninguno, sobre todo para Crina, así que me tragué las ganas de consolarla y volví a mi lugar, en la esquina detrás de la mesa. Me senté y escondí la cabeza entre las rodillas, adonde no llegaba la imagen de su rostro decepcionado en busca de respuestas, y me concentré en convertirme otra vez en hielo.



## Anís

### Aleja las pesadillas

Aún bajo el suave calor del final de la primavera, la casita del árbol seguía pareciéndome un lugar frío e inhóspito. A pesar de todos mis intentos por hacer de ella un hogar, no podía evitar pensar en todo lo que había dejado atrás: mi casa, mi familia, la comunidad. Me alejaba cada vez más de lo que alguna vez había querido, como en aquella visión que me habían enviado las estrellas.

El bosque se había convertido en mi casa. Pasaba los días practicando encantamientos y cocinando pociones que la mayor parte del tiempo probaba yo misma o alguno de los ingenuos animalitos que se atrevían a adentrarse en mi morada. Razvan venía a visitarme a menudo y me alegraba los largos días de soledad, que me estaban convirtiendo en una joven amargada y gruñona, lo admito. Tuvo el detalle de traerme un par de gallinas y una cabra, quién sabe de dónde, con lo que, al menos, siempre tenía huevos y leche.

Salía a menudo al bosque en busca de fruta. Cuando las provisiones que había conseguido almacenar se terminaron, comprendí que iba a necesitar encontrar la forma de conseguir dinero para abastecerme. Fue así como comencé a hacer los encargos que Razvan me traía. La mayoría se trataba de preparar amuletos de protección y todo lo relacionado con los males del corazón, conjuros que había aprendido de memoria en los meses que pasé como aprendiz de Mama Jayah. No sabría decir qué me solicitaban más, filtros de amor o maldiciones para romper parejas. Al principio me sentía mal, pero como dijo Mama Jayah una vez: «las brujas caminamos siempre entre el bien y el mal», y de algo había que vivir.

A veces no necesitaba de la mediación de Razvan para conseguir clientes que buscaran refugio en la magia para curar enfermedades o seducir a aquellos que les habían robado el corazón. Empecé a recibir a las personas en cuestión en un remoto paraje al otro lado del bosque, pues quería evitar que alguien descubriera dónde me encontraba. Tuve miedo de dejarme ver, al principio, pero asumí que nadie en el pueblo tenía intención de enfadar a una bruja.

Mi magia fue mejorando, aunque seguía añorando los consejos de Mama Jayah. Aún así, por alguna razón, sentía que a veces las propias plantas o las piedras que utilizaba me susurraban cómo utilizarlas.

La noticia de mi desaparición se fue desvaneciendo con el tiempo y los aldeanos dejaron de buscarme. Supe que Ingmar Bruck se había casado con una de las protegidas del obispo de Biertan y, no sé por qué, me entristeció que se hubiera olvidado de mi tan rápido. Dos largos años habían pasado desde que había abandonado a mi familia. Razvan me contaba a veces que había visto a mi madre en el mercado y que parecía mucho más vieja, con los ojos hundidos y tristes. De mi padre no me llegaban noticias, pero me resistía a preguntar a las estrellas, temiendo lo peor.

Cierto era que me habían buscado por el pueblo y otros de alrededor, y que habían enviado grupos de aldeanos al bosque. Pero la gente no se adentraba demasiado por miedo a los osos, así que no llegaron hasta donde se encontraba la casita. Aún así me preguntaba para qué querían encontrarme. ¿Mi ausencia les habría hecho apreciarme? Recordé la noche de mi nacimiento y a mi abuela relatándola, y supe que probablemente era mejor así.

Cuando el solsticio de verano se avecinaba, antes de mi décimo sexto cumpleaños, extraños susurros comenzaron a despertarme cada noche. A veces un fuerte olor a quemado invadía la casita, haciéndome toser, pero cuando bajaba hasta la chimenea, el fuego estaba apagado.

Hice cuantos conjuros de protección conocía, sin éxito, pues cada noche ese susurro áspero volvía a despertarme. Llegué incluso a intentar ignorarlo y, cada vez que sentía aquella voz acercarse más a mi oído, apretaba los ojos, esperando que mi falta de atención la ahuyentase.

—No puedes ignorar a los espíritus —me dijo Razvan en una de sus visitas—. Eso solo los enfurece aún más.

—¿Cómo sabes que es un espíritu?

—Eres una bruja, Mítica. Ve acostumbrándote a invitados inesperados. Las *shuvani* pagáis un precio por vuestra magia...

—¿Por qué no me hablan claro? ¿Por qué esperan a que esté dormida para molestarme? —protesté sentada en el suelo y di un sorbo a mi té.

—Te hablan cuando deben hacerlo. Es justo en el momento antes de caer profundamente dormidos cuando nuestra alma está entre este mundo y el otro. Tienes que preguntarle qué quiere.

—¿No pienso hablar con un fantasma!

—Eres una bruja muy rara...

—Me sentiría mejor si no estuviera tan sola en este árbol perdido en el bosque —me lamenté, implorando con la mirada algo que él ya sabía.

—No puedo quedarme, Mítica. Sospecharían...

—Pasas el día tirado por ahí y no les importa. ¿Qué más les da dónde pases la noche? —bebí el té que me quedaba de un trago.

—Todos te echan de menos —soltó, y yo solo pude asentir para confirmar que también añoraba el campamento—. Mama Jayah sigue yendo al río para recitar un conjuro de protección en tu nombre casi cada día.

Bajé la cabeza y me mordí los labios para que no temblaran de tristeza. Había pensado en volver miles de veces, pero la idea de que mi presencia pudiera alertar a los aldeanos y traer problemas a la comunidad me daba más miedo que pasar una eternidad en soledad. Razvan me cogió la mano y la apretó con ternura, un gesto que me conmovió, viniendo de alguien que había crecido en una comunidad donde la línea que separaba a hombres y mujeres solo se cruzaba el día de la boda. Le abracé en un impulso que él correspondió y, por un momento, la soledad que me había acompañado se desvaneció.



Si algo había aprendido de mi padre, era a sacarle partido a la tierra. Pasar demasiado tiempo sola me había convertido en una gran observadora, así me di cuenta de que, en los huecos que dejaban las raíces que atravesaban la casita, había espacio para cultivar. Como era consciente de que no entraría mucha luz en esa zona, decidí que lo mejor era probar con guisantes y arándanos.

Estaba concentrada preparando la tierra para las semillas cuando escuché el cascabel que



siempre hacía sonar Razvan para avisarme de que estaba ahí. Así podía distinguirlo de cualquier otro que pudiera encontrar mi escondite secreto.

—¡Entra, Razvan! —exclamé—. Estoy aquí, junto al árbol.

—No deberías hacer eso —se quejó mientras se dirigía hacia donde estaba—. ¿Y si es un campesino perdido y te descubre?

—Tranquilo. Sabía que eras tú. El cascabel, ¿recuerdas?

—Ya... —masculló con el rostro más serio que nunca—. ¿Qué estás haciendo?

—Estoy... haciéndome un pequeño huerto —respondí mientras enterraba las semillas.

—Pasas demasiadas horas aquí sola... aunque admito que, si funciona, te ahorrarías unas cuantas monedas.

—¡Pues claro que funcionará! ¿Y qué haces aquí tan pronto? Apenas ha amanecido... —Razvan ensombreció el rostro aún más y un mal presentimiento recorrió mi espina dorsal—. ¿Qué ocurre? ¿Es Mama Jayah? Ay, no, ¿es tu madre?

—No, no es eso. Todos están bien —volvió a quedarse en silencio.

—Habla de una vez o voy a buscar mi filtro de la verdad.

Razvan se agachó hasta estar a mi altura, junto a las raíces, y desvió su mirada hacia el suelo.

—He venido a despedirme.

—¿A despedirte? ¿Adónde vas? ¿La comunidad se marcha?

—No —me interrumpió—, no es la comunidad.

—Entonces, ¿qué pasa? ¡Habla de una maldita vez, Razvan! —exclamé, zarandeándolo mientras él evitaba mis ojos.

—Voy a casarme —me detuve como si aquella frase me hubiera paralizado y permanecí en silencio unos segundos que parecieron una eternidad—. Di algo, Mítica.

—Enhorabuena, supongo —solté.

—Eso no es lo que...

—¡Por supuesto que no es lo que esperabas de mí! ¿Qué es eso de que vas a casarte? ¿Cuándo...? ¿Cómo...? —balbuceé.

—No tengo padre, así que es Vadoma quien elige a la que será mi esposa. Voy a casarme con una de sus hijas. Ya estaba acordado desde hace tiempo...

—¿Pensabas decírmelo alguna vez? —interrumpí con un grito.

—Yo no lo sabía —hizo una pausa—. Cuando Vadoma muera, alguien debe ocupar su lugar. Tendré una familia a la que cuidar y una esposa a quien...

—Lo he entendido —le interrumpí yo esta vez—. Ya no habrá tiempo para venir a verme.

—Tengo que hacerlo, Mítica.

—¿Tú quieres casarte?

—No lo sé... —titubeó—. No. Supongo que no, pero...

—Entonces, ¿por qué lo haces? Diles que no. Eres un hombre. Tú puedes hacer eso.

—No, no puedo. Si rechazo a la hija de Vadoma, sería una gran ofensa. Mi madre y yo tendríamos que irnos lejos, donde no nos encontraran nunca, ¿comprendes?

—Yo lo hice —espeté.

—Las consecuencias serían mucho más terribles que unos padres preocupados. Esas noticias viajan rápido y nuestros clanes se enfrentarían en otras comunidades. Tengo que hacerlo.

—Bien. Entonces vete —solté, tragándome toda mi rabia. Un par de frascos estallaron en mil pedazos en la cocina. Ignoré el ruido y fingí que seguía concentrada en mis plantas—. ¿Qué haces aquí todavía? ¡Vete! ¡Vete de una vez!

—Adiós, Mítica.

Razvan esperó unos segundos, inmóvil, agachado a mi lado, pero el orgullo me impedía mostrar algo que no fuera ira. Sabiendo que mi terquedad era infinita, Razvan se levantó. Oí sus pasos alejarse y el golpe de la puerta de madera al cerrarse. Ni siquiera me digné a ver cómo se marchaba.



Era curioso que, habiendo puesto tanto empeño en no depender de un marido, al final hubiera acabado necesitando tanto a Razvan. A partir de ese momento, estaba completamente sola, algo de lo que me percaté cuando el orgullo se desvaneció y apareció el pánico. Sí, era una bruja muerta de miedo.

Tenía miedo de no poder abastecerme, de que los aldeanos me encontraran, de volverme loca en la cárcel en que se había convertido el bosque para mí, de no volver a ver a Razvan nunca más, de haberme equivocado demasiado. Entonces miré al cielo azul y al sol que despertaba y recordé la noche de mi iniciación y todo lo que había prometido. Me había perdido entre monedas de plata y pociones para curar dolores de muelas y había olvidado lo más importante: me debía a un poder superior, más allá de brebajes y conjuros.

Celebrar el solsticio sin mis hermanas, sin la guía de la sabia Mama Jayah o la fuerza de Sounya me provocaba un vacío en el alma, pero quizás las estrellas y mi querida diosa Luna me ofrecieran consuelo.

Me tomé el día con tranquilidad, concentrada en recordar las lecciones que había aprendido sobre ese día tan especial, así que primero me bañé en agua con sal y encendí algunas velas blancas para purificarme. En la soledad del silencio, reparé en mis manos, ahora menos aniñadas y de dedos finos, en cómo se habían ensanchado mis caderas y afinado mi rostro, y en lo poco que me importaba ya cuánto creciera mi cabello.

Cuando el atardecer se asomaba por el horizonte y la oscuridad comenzaba a devorar cada rincón del bosque, me vestí de blanco y adorné mi cabeza con el pañuelo rojo que me había regalado Sounya. La noche del solsticio era perfecta para recolectar las hierbas que se iban a utilizar en los filtros y conjuros, pues la naturaleza y la luna llena refuerzan sus poderes mágicos, así que caminé descalza, sintiéndome una con la tierra bajo mis pies, y llené mi cesta de romero, hinojo, hierba luisa, menta y albahaca.

Cuando regresé a la casa del árbol, la luna ya reinaba imponente en el firmamento, rodeada de estrellas. Recogí un poco de leña y la coloqué fuera, delante de la puerta. No podía encender una gran hoguera, pues me arriesgaba a que alguien la divisara y encontrara mi escondite, pero aquel fuego fue suficiente para que los espíritus me encontraran y me mostraran senderos que permanecían ocultos el resto del año.

—Como el fuego arde —recité en voz alta—, así arderán los malos espíritus que estén entre nosotros, perseguidos por los bosques y las montañas.

Una tenue luz parpadeó a lo lejos, entre las ramas y los arbustos. Me quedé observando, pues en el solsticio se revelan visiones del futuro, pero solo vi oscuridad. Continué pidiéndole al Fuego que transformara el daño que estuviera por venir en cenizas.

Llegaba mi parte favorita del ritual. Dejé que la pequeña hoguera se consumiera y me perdí tras los delgados árboles que rodeaban la casa, hasta llegar al pequeño lago donde solía recoger agua. Dejé mi vestido sobre las enormes raíces de un árbol y caminé hacia el lago con paso firme, sintiendo la humedad de la tierra entre los dedos, hasta que el agua me cubrió por completo. La

luna me observaba, coloreando mi pálida piel de tonos plateados, mientras mi cabello negro flotaba en las oscuras aguas. Entonces la vi de nuevo, aquella luz que parpadeaba ahora se movía por entre la vegetación.

Salí del lago, sigilosa y sin perder de vista la luz que se desplazaba, adentrándose más en el bosque. Me coloqué el vestido sobre la piel mojada y seguí la estela luminosa. Era como el resplandor de una luciérnaga. Corrí tras ella, apartando las hojas que colgaban y sorteando las piedras y los árboles entre los que se colaba. De pronto, ya no la vi brillar. Miré a mi alrededor y solo vi oscuridad. Estaba en el centro de un pequeño claro, rodeada de árboles de troncos altos y esbeltos.

Entonces me fijé en el árbol que había en el centro y junto a él, tras unos segundos, cuando mis ojos se acostumbraron a la penumbra, distinguí los pies descalzos, el pañuelo que siempre adornaba su cintura, su melena negra.

—¿Sounya? ¿Eres tú? —pregunté, acercándome.

Sounya estaba atada por los pies y por la cintura a aquel árbol, su cabeza inclinada hacia delante y su rostro oculto entre las sombras de su cabello. Un crujido me hizo girar la mirada hacia un lado y vi de nuevo una luz parpadear, y luego otra y otra. Poco a poco fueron apareciendo todos ellos: aldeanos con antorchas que avanzaban hacia nosotras.

—¡No! —susurré e intenté desatar la gruesa cuerda que aprisionaba a Sounya—. Vamos, Sounya. Dime algo —insistí mientras me afanaba por liberarla.

Los hombres estaban cada vez más cerca. Logré desatar uno de los cabos.

—¡Es una bruja! —gritaron—. ¡Quemadla!

—¡Tenemos que darnos prisa, Sounya! ¡Ayúdame!

De repente, la mujer atada al árbol levantó la cabeza y me miró. Era mi rostro y no el de Sounya el que me contemplaba. Las cuerdas me apretaban el estómago y los largos mechones de cabello pegados a mi rostro no me permitían ver con claridad. Intenté sacudir el cuerpo y patear para liberarme, pero el abrazo de la cuerda era demasiado fuerte.

—¡Que Dios se apiade de tu alma! —exclamó un aldeano, antorcha en alto.

El humo me entró en la boca, que permanecía abierta mientras gritaba, y comencé a sentir el calor abrasador esparciéndose por mi cuerpo. El olor a carne quemada me llegó hasta la nariz y me sacudí con más fuerza, desesperada por huir de aquella agonía. La garganta se me deshacía en dolor con cada alarido, hasta que dejé de respirar.

Cuando abrí los ojos de par en par, inhalé como si fuera mi primera bocanada de aire. Miré a alrededor y solté un suspiro desde lo más profundo de mi pecho. Lágrimas se deslizaron por mi rostro mientras movía las manos y los pies en las templadas aguas del lago. La luna seguía allí arriba, presidiendo el firmamento impasible, acompañada de sus diminutas estrellas.



Tres días habían transcurrido ya y cada vez que cerraba los ojos aquel dolor punzante y abrasador se apoderaba de mí, así que mis horas de sueño se habían visto drásticamente reducidas. La visión estaba clara: era un aviso.

Decidí mantenerme alejada de los aldeanos un tiempo, pero no sabía cuánto podría aguantar con las provisiones que me quedaban y mi pequeño huerto no daría sus primeros frutos hasta el otoño. Abandoné los conjuros y las pociones y me concentré en lo único que me había dado una sensación de normalidad en mi corta vida hasta entonces.

Era complicado coser sin los materiales adecuados, pero afortunadamente mi madre también me había enseñado a tejer, así que deshice las mantas de lana que usaba en invierno y las volví a tejer. Cuando las terminaba, las desarmaba de nuevo y empezaba desde el principio. Combinaba los colores, inventando formas diferentes, y dejaba que las imágenes de mi madre recorrieran mi memoria. Y entre hilos que se entrelazaban, por fin me dormí.

El sueño fue tan profundo que el balido de la cabra me sobresaltó. Ya era bien entrada la noche, así que bajé para asegurarme de que no había destrozado algo, pues el animal solía acurrucarse junto al fuego hasta el amanecer. Bajaba por la escalera cuando volví a verla: una luz parpadeando afuera, a través de las enredaderas que cubrían las ventanas. Ahí estaba. El final de la bruja de Biertan. La visión que había revelado el solsticio.

Hice un ademán para correr escaleras abajo, hacia la parte de atrás, pero alguien zarandeó el pomo de la puerta con urgencia. Me quedé quieta un momento y me giré para volver arriba y esconderme. Escuché la puerta abrirse. El corazón se me paralizó en el pecho.

—Mítica.

—¿Razvan? ¿Qué estás...? —bajé corriendo y cerré la puerta con llave—. ¿Vienes solo?

—Por supuesto —respondió confundido—. ¿Estás bien?

—¿Qué haces aquí? —pregunté, recuperando mi tono orgulloso—. Creí que te...

—Me he escapado —me cortó.

—¿Qué significa eso? ¿Ya no vas a ...?

—No —volvió a interrumpirme—. Me quedo contigo... si todavía quieres.

Me lancé a sus brazos y lo apreté contra mí. Razvan me había elegido. Por fin alguien me escogía a mí.

## VI

Era difícil mantener las distancias. Después de todo, Crina era la mujer que amaba. Lo supe aquel mismo día en el mercado, aunque no me di cuenta hasta años después de lo que eso significaba. Creo que todos a mi alrededor lo supieron antes que yo. No era su rostro redondeado y simétrico, ni sus largos rizos dorados. Tampoco me fascinaron sus ojos azules y vivos. Fue su seguridad, su determinación.

Crina parecía no tener miedo a nada. Decía lo que le venía en gana, a pesar de las miradas de desaprobación de los que hubiera presentes, y disfrutaba escandalizando a las señoras que la miraban de arriba abajo. Las jóvenes evitaban quedarse a solas con un muchacho y se sonrojaban cuando sus miradas se cruzaban o intercambiaban un par de palabras amables. Sin embargo, Crina entablaba conversación con cualquiera de forma natural. Tenía un carisma nato.

Ahora la veía ahí, sentada en la solitaria silla de nuestra celda, cabizbaja y delicada, y no la reconocía. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Estaba tan feliz de que se hubiera convertido en mi esposa, de saber que me despertaría con ella cada día por el resto de nuestras vidas, que no vi las señales... o no quise verlas.

Me moría por abrazarla y hasta coqueteé con la idea de abandonar mi objetivo y volver a casa, de estar juntos hasta que la piel se nos arrugara y se nos olvidaran los nombres de nuestros hijos, pero el gran portalón que daba acceso al pasillo donde estaba la celda se abrió, haciendo tintinear el metal de la cerradura y sacándome de mis pensamientos. No podía dejarme vencer por la tentación. Escuché unos pasos acercarse y entonces alguien introdujo la llave en la puerta de la celda y la abrió.

—Obispo —dije, poniéndome de pie—. ¿Ocurre algo?

El obispo hizo un gesto con la mano al caballero que lo acompañaba para que se marchara y entró en la celda. Crina se levantó de la silla con una mezcla de confusión y preocupación.

—Ha pasado una semana —informó el obispo—. Ninguna pareja ha pasado en la prisión más de siete días, así que vengo yo mismo para saber si habéis recuperado el sentido y volveréis a vuestra casa como esposos.

—Me temo que eso es decisión de Velkan —se apresuró a responder Crina, lanzándome una mirada acusadora—. Como usted bien ha dicho, llevamos aquí siete días y aún no conozco la razón de este encierro.

—Ya te lo he dicho... —repuse, apretando los dientes. Después me dirigí al sacerdote, suavizando el tono—: No hemos acabado lo que nos trajo aquí.

—¿Y qué es eso, Velkan? —preguntó el obispo resignado—. Las diferencias en un matrimonio son naturales.

—Preferiría mantenerlo entre mi esposa y yo, si no le importa...

—¿Acaso ha cometido adulterio? —inquirió el anciano, acercándose a mí, sonrojado.

—¡No! —exclamó Crina—. ¿Cómo se le ocurre tal cosa?

—Lo siento, hija —hizo una pausa para observarnos y soltó un suspiro—. Sea lo que sea, debéis solucionarlo ya. La gente murmura y la mente de los aldeanos es mucho más viva que cualquier verdad —miró a Crina—. Tu madre está preocupada, hija. Un divorcio no os haría bien

a ninguno. ¿Has pensado en la repartición de bienes, Velkan? ¡Perderías la mitad de tus posesiones!

—Con el debido respeto, señor obispo, me iré de aquí sin casa si es necesario. No me importan los aldeanos ni mis bienes. Puede que pierda lo que más he querido... —murmuré, apretando los labios para no dejar que las lágrimas me delataran—. Quedan siete días del plazo establecido —dije, esta vez serio y con la cabeza alta—. Hasta entonces, nos quedaremos en la celda.

El obispo nos miró por turnos, primero a mí y luego a Crina.

—Muy bien. Volveré en una semana —sentenció al final.

Apenas se había marchado el obispo, Crina se dio la vuelta hacia mí y resopló.

—De acuerdo. Tú ganas —dijo—. Te lo contaré —tomó un poco de aire y se volvió a sentar—. Mis padres ya eran felices con dos varones cuando llegué a este mundo. Ambos se alegraron de tener una niña a la que mimar y proteger. Los primeros años me comporté como cualquier niña, pero a medida que pasaba el tiempo sin que pronunciara una palabra, la preocupación de mis padres aumentó. Yo debía tener cinco años más o menos. Los recuerdos son borrosos, pero conservo imágenes de aquellos carros —Crina cerró los ojos como si los estuviera viendo en ese mismo momento—, las carpas y los colores que lo adornaban todo.

»Mi madre me agarró fuerte de la mano y me dijo que, pasara lo que pasara, no me soltara. Después entramos en una de esas tiendas de cortinas brillantes. Recuerdo una mujer tumbada en un lecho, apenas podía hablar y sus ojos... No podía vernos. Mi madre le pidió que nos ayudara. «Tiene mal de ojo», le dijo y le pidió que me diera algo. Había otra mujer con ella, más joven y con el cabello oscuro. Mi madre les contó lo que me pasaba, que aún no había dicho una palabra, o al menos así creo que sucedió. La mujer más joven me tomó de la mano y me miró fijamente con aquellos gigantes ojos negros que jamás olvidaré. «¿Por qué no quieres hablar?», me dijo. Y no sé por qué, yo le respondí.

Crina parecía recordar aquello con nostalgia, como si echara de menos algo que se había quedado en aquella carpa.

—¿Sabías que eran...?

—Lo supe después —me interrumpió—. Sé que fue ella quien me llamó, aquella mujer de los ojos negros —permaneció en silencio un momento—. Es todo lo que recuerdo. No hay nada más que contar —añadió, sonando como un soldado a punto de rendirse.

—Aquella mujer... —dije—. ¿Qué le respondiste?



## Cuarzo rosa

**Libera las penas.  
Invoca la autoestima.**

Era obvio que Razvan tenía mejores habilidades que yo para pasar desapercibido. Desde su huida del campamento, solo él había tenido valor para acercarse al pueblo a por algunas provisiones, aún a riesgo de ser reconocido por los suyos y sufrir las consecuencias de deshonrar a la comunidad. Yo, en cambio, me sentía culpable. Después de todo, me había elegido a mí por encima de su hogar.

—Quizás si vuelves ahora no haya represalias —comenté una noche, mientras tostábamos queso en el fuego.

—Imposible. El daño está hecho.

—Pero si les dices que tuviste miedo... Casarse es un gran paso, y más aún con alguien a quien no amas.

—Los hombres no tienen miedo. Eso solo me hundiría aún más, Mítica.

—No lo entiendo —me quejé, negando con la cabeza—. ¿Tenemos que resignarnos a vivir escondidos para siempre?

—Para siempre es mucho tiempo —respondió, dando un mordisco a un trozo de queso y sacándolo de una vez del palo donde lo había ensartado—. Puede que unos cuantos años, hasta que nos olviden.

—Yo no quiero que me olviden... —susurré.

—No es culpa tuya, Mítica —me consoló, agarrándose la mano—. Yo elegí esto. Mi madre lo entenderá. El resto no me importa.

Jamás había estado enamorada y admito que, en cierto modo, tenía curiosidad por saber qué se sentía, pero lo que sí sabía era distinguir la intención de una mirada o de un roce, y hacía tiempo que había comprendido que Razvan era distinto. Sorbí un poco de té y reflexioné un momento.

—¿Cómo haremos para traer clientes? —pregunté—. Ya no podemos depender de ti...

—Encontraré a alguien de confianza en el pueblo para que sea nuestro intermediario. Será fácil dar con alguien que quiera un par de monedas y que tenga miedo de la ira de una bruja si abre la boca —me guiñó un ojo.

Aquel gesto ya no me consolaba tanto. A pesar de la seguridad en su voz y su habilidad para fingir que nada le importaba, sabía que Razvan pasaba las noches en vela pensando en todo aquello que había dejado atrás, triste por haberse visto obligado a elegir.

Con todo, una vez más me sorprendió su astucia, pues no tardó más que unos días en encontrar a alguien que nos proporcionara compradores de magia. Su nombre era Costel, que significa «constante», y le venía como anillo al dedo. Se trataba de un niño que pedía limosna en la plaza,

al lado de uno de los puestos de verduras, y que se las había ingeniado para convencer a más de uno de que le faltaba una pierna, de que tenía tuberculosis y no sé cuántas enfermedades más, todo para sacarse unas monedas.

Nuestro joven intermediario tenía hambre suficiente como para hacer casi cualquier cosa, y el miedo al Infierno justo para no contrariar a una bruja, así que pronto comenzó a traernos aldeanos desesperados por curar extraños sarpullidos, mal de amores y maldiciones varias. Costel los llevaba hasta una zona del bosque alejada de la casa del árbol; allí me explicaban su problema y yo confeccionaba la poción adecuada o les entregaba un amuleto. Si el caso era grave, y en ocasiones lo era, debían acudir a mí durante varias sesiones.

Ninguno mostró jamás intención de delatarme. Mis visiones aumentaron su intensidad y a menudo podía ver acontecimientos que iban a suceder con bastante antelación, e incluso tenía presentimientos al tocar a ciertas personas. No podía elegir qué iba a ver, así que alguna vez tuve que adornar un poco mis predicciones, pero con el tiempo aprendí a leer mucho más que las líneas de la mano. Los rostros y los gestos de los aldeanos me revelaban al instante qué les atormentaba, y esa información resultó ser sumamente valiosa.

Razvan parecía feliz compartiendo conmigo aquel tiempo. De vez en cuando, se marchaba al bosque o alguna aldea cercana, pues su naturaleza inquieta no le permitía estar encerrado con tanta facilidad como a mí. Sabía que se había colado en el mercado alguna vez para ver a su madre, aunque fuera desde lejos, pero jamás se lo reproché. Ojalá yo hubiera echado tanto de menos a la mía como para arriesgarme, pero no era así. Por raro que parezca, nunca hablamos de nuestra situación. Él no había sacado aún el tema, y yo no quería presionarle. Éramos dos espíritus libres que deseaban compartir aquella libertad juntos, y con eso nos bastaba.

—¡Mítica! ¿Dónde estás? —gritó Razvan en la entrada de la casa del árbol con tono alegre—. ¡Mítica!

—¡Aquí! —respondí desde la parte de atrás.

Había perfeccionado mis cultivos y había descubierto champiñones y otras setas comestibles alrededor de los troncos de los árboles que rodeaban la casita. Estaba recogiendo unos pocos cuando Razvan apareció con una sonrisa llena de orgullo.

—¡Mira lo que he pescado! —exclamó, colocando delante de mí un par de truchas enormes—. Esta noche cenaremos algo especial. Ha pasado un año...

—Vaya, no sabía que fueras un sentimental —me burlé—, ni que supieras pescar.

—Bueno, lo he pescado... del puesto del pescadero, pero eso cuenta.

Las hojas temblaron entre los arbustos y me giré para ver de dónde venía el sonido.

—No me gusta que hagas eso —le reñí, bajando la voz—. Un día te pillarán...

—Hasta que ese día llegue, comeremos bien —respondió, recogiendo los peces y guiñando un ojo.

De nuevo, los arbustos se agitaron y se oyó el crujido de algunas ramas.

—¿Qué ha sido eso? —susurré.

—¿El qué?

—¡Shh! Ahí, en los arbustos —señalé—. ¿Y si es un lobo?

—Puede que algún conejo haya caído en mis trampas —respondió en voz baja—. Shhh —dijo, poniendo un dedo sobre sus labios. Luego caminó despacio, prestando atención a los sonidos, hasta que de nuevo se escuchó el crujido de una rama al partirse. Entonces apartó las hojas de uno de los arbustos y gritó—: ¡Te tengo! ¿Costel? ¿Qué estás haciendo aquí?

—Nada. ¡Lo juro! Yo solo quería ver cómo era la casa de una bruja —balbuceó el chico, temblando.



—¿No deberías estar aquí!

—¿Le has dejado que te siga? —grité a Razvan.

—Usted es la bru-bru-bruja —tartamudeó Costel, abriendo de par en par sus diminutos ojos claros.

—Sí, y ahora tendré que maldecirte por desobedecer —dije para asustarlo.

—¡No, por-por-por favor! Ya tengo bastante mala suerte yo solo. No diré nada, lo-lo-lo juro.

—Vete —le dije, acercándome a su rostro y entrecerrando los ojos—. Vete y no digas una palabra de este lugar o perderás la lengua.

—Ssss-sí se-se-señora —asintió y se marchó corriendo entre la vegetación.

Con los brazos cruzados, caminé de un lado a otro, resoplando. Razvan, que no parecía preocupado por lo que había ocurrido, volvió a concentrarse en el pescado que había traído.

—¿Qué vamos a hacer? —dije, sin dejar de moverme, mordiéndome las uñas.

—¿Cómo que qué vamos a hacer?

—Sabe donde vivimos, Razvan.

—No dirá nada —respondió, encogiendo los hombros—. ¿No has visto lo asustado que estaba? Mándale alguna de tus maldiciones; una pequeñita será suficiente.

—No entiendo cómo puedes ser tan despreocupado —protesté, parada frente a él, haciendo aspavientos con las manos.

Cuando nos dimos cuenta, nos habíamos enzarzado en una brutal discusión en la que ninguno de los dos reservó munición. Los reproches volaban de un lado a otro como flechas, y algunas se incrustaron mucho más profundo de lo que pretendíamos.

—¡Dejé a mi gente, a mi madre, todo por estar aquí contigo! —exclamó Razvan, su ceño fruncido y su dedo apuntándome me hicieron sentir como nieve a punto de deshacerse bajo el sol.

—Yo no te pedí que lo abandonaras todo —me defendí.

—¡No lo entiendes! No había otra manera...

De nuevo, un ruido entre los matorrales me distrajo.

—¿Qué es eso? —permanecí en silencio—. He oído algo.

—Será uno de tus fantasmas...

—Entremos en casa, por favor.

Mi voz intranquila rebajó la tensión que contaminaba el aire, concediéndonos una tregua. Enfilé hacia la cocina con un nudo en la garganta y Razvan me siguió, volteando sus ojos con fastidio. Agarré la tetera y me llené una taza, sin poder evitar que me temblara la mano.

—De acuerdo —dijo Razvan, suavizando el tono y poniendo su mano sobre la mía—. ¿Qué pasa, Mítica? Estás asustada...

Tragué saliva y desvié la mirada hacia el suelo.

—Tuve una visión —respondí por fin—. La noche que apareciste...

Al otro lado de la sala, la puerta que daba acceso a nuestro escondite se cerró de un portazo que envió mi taza de té al suelo. Razvan me puso la mano en el brazo para que me quedara donde estaba y salió a comprobar qué pasaba, pero ninguna visión podía inmovilizarme, así que lo seguí y, si hubiera sostenido aún mi taza, se habría hecho añicos de nuevo.

—Oana —pronuncié casi en un suspiro. El corazón me bloqueó la garganta.

Hacía tanto tiempo que no había vuelto a ver a aquella niña que me irritaba y me hacía sentir invisible que había olvidado que los años hacían mella en todas las criaturas. Su rostro había perdido el halo de delicadeza que me enfurecía y en sus ojos había retazos de tristeza.

—Mítica —dijo ella—. Estás viva.

—Nadie puede saberlo —le advertí—. Te haré daño, si es necesario.

—No diré una palabra... si haces algo por mí.

Cuando la vida me ponía contra la pared, mi reacción solía ser impredecible. Un calor abrasador me invadía el pecho, a veces hasta enrojecerme la piel, y me nublaba el pensamiento. Oana había conseguido transportarme de nuevo a mi infeliz infancia, tan solo con su presencia, pero después descubrí que buscaba algo más retorcido que delatarme.

Pedí a Razvan que nos dejara solas y él se marchó escaleras arriba, sin quitarle ojo a la inesperada visitante.

—Todo el esfuerzo que puso tu padre en encontrarte... —dijo Oana, observando a su alrededor los amuletos que protegían la casa del árbol—. Tu madre pasó semanas llorando por su hija desaparecida.

—La hija que mi madre añora jamás existió —la interrumpí con frialdad—. ¿Cómo me has encontrado?

—Ese niño de la plaza... Tú tenías razón, Mítica. Fue imprudente que viniera hasta tu casa. Alguien podría haberlo seguido... —sonrió con malicia y perdí cualquier resquicio de la empatía que habían despertado en mí sus ojos tristes.

—¿Qué quieres de mí?

—En realidad buscaba a aquella a la que llaman «la bruja de Biertan». Eres tú, ¿no es cierto? —me limité a permanecer en silencio—. Cuando se me empezó a caer el pelo, pensé que estaba enferma, pero los días pasaban y ni un cabello volvía a crecerme. Mi madre decía que eso solo les ocurría a aquellos que estaban malditos e insistió en que acudiéramos a una de esas charlatanas de la plaza. Hice lo que me mandó y pedí perdón a Dios por haber caído en la tentación. Mírame ahora —Oana se peinó su largo cabello con los dedos.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—¿Recuerdas a Ingmar? Seguro que sí... Tú lo rechazaste... a cambio de esto —miró alrededor confundida—, pero yo no lo haré.

—¿Quieres que rompa su matrimonio?

—Ah, no. Enviudó recientemente, aunque se niega a volver a casarse. Todo el mundo sabe que se desposó por la insistencia de sus padres. Ingmar estaba enamorado de otra... —clavó su mirada, vacía de inocencia, en mí—. Ahora que sus padres no están, quizás alguien pueda convencerlo.

—Habla claro de una vez —exigí, sujetando con fuerza los horribles deseos que peleaban por escaparse de mi mente.

—Tienes que hacer que me elija a mí, Mítica. Tengo que salir de la protección de mi madre. Haz que Ingmar se case conmigo y guardaré tu secreto.



Por mucho que le imploré a la diosa Luna, no obtuve ninguna respuesta sobre la petición de Oana. Había deseado que tuviera una vida infeliz durante tanto tiempo que ayudarla ahora era casi como ir en contra de mi naturaleza. Sin embargo, había desesperación en su voz. Oana quería huir de su destino, tan impuesto como el mío el día que cambié Biertan por las carpas y, más tarde, por la reclusión en el bosque.

Acordamos que le proporcionaría un filtro de amor para usar con Ingmar y que, una vez le hubiera dado la poción, ella jamás volvería al bosque ni hablaría con nadie de mi existencia. De

lo contrario, me vería obligada a conjurar algo más potente que una maldición para que se le cayera el cabello.

Las condiciones le parecieron justas, lo cual tampoco me dejó del todo tranquila, y tres días más tarde, Oana envió a Costel con la bolsita que contenía todo lo que necesitaba. Razvan hizo esfuerzos por ser algo más precavido y vigilaba los movimientos de Costel a menudo, aunque decidí que no estuviera al tanto de mi trato con Oana.

—¿Lo tienes todo? —pregunté a Costel y le arrebaté la bolsita—. Déjame ver —miré en su interior y recité mentalmente lo que Mama Jayah me había enseñado—. Bien. Vuelve en un rato.

Costel obedeció y se marchó, así que aproveché que Razvan dormía afuera, bajo la sombra que la frondosa vegetación nos regalaba durante el verano, y me puse manos a la obra. A pesar de que llevaba ya varios años practicando la brujería, siempre me repetía las cuatro reglas de Mama Jayah: la fuerza del deseo, una concentración intensa, paciencia infinita y guardar el secreto de nuestras intenciones.

Busqué en lo más profundo de mí el genuino deseo de que Ingmar se enamorara de Oana, lo sujeté entre mis manos y lo acuné con cariño. Después, vertí el deseo en el caldero junto con el cabello de Oana y la tierra sobre la que Ingmar había caminado, y me concentré con todas mis fuerzas en imágenes de la feliz pareja en el día de su boda mientras repetía el nombre de ambos varias veces.

Costel acudió cuando ya había terminado el ritual y me encontraba ojeando algunos de los libros que había podido acumular gracias a las habilidades de Razvan.

—Aquí está —dije, mostrándole un pequeño frasco de cristal—, y estas son las instrucciones —le di un pequeño pergamino atado con un fino cordel—. Debe hacerlo tal y como explico ahí. ¡Ah! Y que no olvide que la víctima de este conjuro creerá estar enfermo al principio. Tendrá fiebre y pesadillas toda la noche, pero ¿qué es el amor sino una enfermedad?

—Así lo haré, se-se-señora —respondió Costel, sacudiendo su cabeza pelirroja arriba y abajo, sin perder un ápice del tartamudeo que tenía siempre que hablaba conmigo.

—A partir de aquí, nuestro trato ha terminado. Que no se le olvide su promesa.

—Ssss-sí, se-se-señora.

## VII

Crina lanzó aquel viejo diario contra la pared con tanta rabia que me sobresaltó. Hacía rato que se había enfrascado de nuevo en su lectura y eso, además de calmarla, me hacía creer que pronto encontraría el camino hacia la verdad.

—¿Qué ocurre, Crina? —le pregunté, sorprendido por su reacción.

—Sácame de aquí. ¡Ahora! —me gritó, asiéndome del cuello de la camisa con los dientes apretados.

—Tranquila —le dije, esforzándome en suavizar el tono—. ¿Qué ha pasado de repente?

—Quiero irme de aquí, con o sin ti.

Comprendí que la venda estaba resbalando de sus ojos.

—Lo sabes, ¿no es cierto?

Me soltó y su respiración comenzó a calmarse. Relajó el mentón y bajó los brazos.

—Tú lo sabías —dijo—. ¿Es esta la verdad que buscabas? ¡Me utilizaste!

—No, no fui yo —me miró confundida—. Eras tú quien necesitaba saber la verdad antes de salir de aquí.

—Ese filtro de amor... la fiebre... las pesadillas... ¿De dónde has sacado ese diario, Velkan?

—Por favor, Crina —rogué, acercándome a ella—. Aún a riesgo de que me odies aún más, te ruego que sigas leyendo.

—¿Por qué no me cuentas tú la verdad, querido esposo? —preguntó con desprecio.

Tragué saliva y respiré hondo.

—No puedo.

Tomé el libro que yacía en el suelo y lo puse contra su pecho. Respondí a su mirada de ira con ojos de súplica y, tras varios segundos, por fin agarró el diario. En ese momento ya sabía que mi matrimonio se había roto para siempre.



## Artemisa

**Para limpiar los espejos mágicos.  
Protege contra los espíritus malignos.**

A menudo tenía suficientes tareas para mantenerme ocupada, pero a medida que los días se acortaban y el otoño iba dando paso al frío invierno, las horas enclaustrada en la casa del árbol envenenaban mi cabeza con malos pensamientos.

—¿Alguna vez has pensado en tener un hijo, Razvan? —le solté una noche que nos calentábamos junto al fuego.

—Claro. ¿Quién iba a cuidar de mí cuando sea anciano, si no?

—¿Y si no necesitaras que te cuidaran? ¿Y si no tuvieras que criar a un montón de niños que trabajaran por ti cuando fueras viejo? ¿Tendrías un hijo?

Razvan calló un momento y me miró confundido.

—Hmmm. No me había parado a pensarlo. Supongo que todo el mundo quiere tener niños, alguien con su mismo rostro y que repita sus gestos. ¿Tú no?

—¿Una pequeña Mítica? —me pregunté en voz alta—. Eso me daría mucho miedo —reí y Razvan me acompañó con su risa contagiosa. De pronto, la risa cesó y volvió la nostalgia—. A veces pienso en cómo sería mi vida si...

—Si fueras normal —me interrumpió y no pude evitar fijarme en cómo se marcaban sus facciones cuando se ponía serio—. ¿Sabes, Mítica? Mi gente está condenada a vagar por el mundo sin un hogar fijo. Creo que Mama Jayah no te ha contado esa historia... Yo jamás había pasado más de un año en el mismo lugar hasta que llegamos a Biertan. Eso era lo normal para mí. Ir de un lado a otro con la casa y la familia a cuestas, que me miren por encima del hombro aquellos mismos que luego vienen a buscar a nuestras *shuvani*...

—¿No te preguntas qué hubiera pasado si siguieras en la comunidad, si te hubieras casado con la hija de Vadoma?

—¿Qué hay que preguntarse? Estaría casado y tendría al menos dos hijos, quizás uno más por venir, y mi vida giraría en torno a proteger a mi familia y a la comunidad. ¿De verdad te preguntas dónde estarías si te hubieses casado con Ingmar?

A veces Razvan me sorprendía con aquella sabiduría que tenía la gente simple y me daba cuenta de cuánto lo subestimaba.

—Supongo que es fácil imaginarse cómo sería mi vida...

—¡Pobre Ingmar! ¡Habría al menos un par de Míticas corriendo por la plaza y dejando calvas a las niñas!

Ambos explotamos en carcajadas que calmaron mi incertidumbre por un pasado que ya no podía cambiar.



El cielo perdía cada día un poco más de azul a medida que el gris lo infectaba todo como la peste. La mañana apenas se diferenciaba de la noche y aquel día una niebla espesa no me dejaba ver más allá de mi nariz. Por suerte, ya conocía el camino al lago de memoria. Los rizos de mi cabello me avisaban de que una gran tormenta se aproximaba y el olor a humedad me decía que llegaría por el este, así que necesitaba hacer acopio de agua para un par de días. Cuando las nubes lloraban sobre el bosque, lo hacían como si no existiera consuelo.

Los árboles aguantaban, estoicos, el azote del viento que soplaba cada vez más fuerte, haciendo bailar sus ramas. Introduje el cubo en las aguas gélidas y su roce me golpeó, enrojeciendo mi piel. Mi reflejo era tan nítido que podía distinguir las pecas sobre mi nariz. Pensé en todo lo que ocultaría aquella masa líquida y oscura. Cuando el cubo se llenó, lo dejé en la orilla y agarré el otro. Tendría que dar varios viajes, pero el aire libre y mis pies sobre la tierra me conectaban con la naturaleza y eso siempre me sentaba bien.

El contacto del cubo con el agua no alteró el lago, ni siquiera se formó una pequeña onda, y el reflejo de mi rostro tenía un halo de oscuridad que me heló los huesos mucho más de lo que lo hacía el viento que soplaba, cada vez más violento. Golpeé el agua para deshacer aquella imagen, pero otra aún más siniestra ocupó su lugar. El rostro pálido de la joven durmiendo bajo las aguas del lago me paralizó el corazón. Había visto esa cara antes.

De repente, sus ojos se abrieron y mis gritos sonaron como un eco en todo el bosque. Me levanté de un salto, olvidándome del cubo, y me giré para huir de lo que, pensé, era una nueva visión. A mi espalda, escuché el ruido de las burbujas. Me di la vuelta y vi lo que el lago había expulsado. Frente a mí flotaba el cuerpo de una mujer que probablemente me doblaba la edad, aunque aún conservara un halo de juventud. Su largo cabello del color del otoño destacaba sobre su pálida piel y sus labios ya se habían tornado de un azul oscuro que presagiaba lo peor.

Me lancé a por ella sin pensarlo. Si no la sacaba de ahí, se congelaría. El agua helada me golpeó como mil cuchillos, pero avancé hacia la mujer con determinación. La sujeté de un brazo y tiré hacia mí hasta que la abracé contra mi pecho. Luego me dirigí hacia la orilla. De pronto, la muchacha despertó en un desesperado intento por llenar sus pulmones de aire.

—¡No! —gritó—. ¡Debe morir!

Entonces se retorció para liberarse de mí y se sumergió de nuevo. Era como si ella misma intentara ahogarse.

—¿Qué estás haciendo? —le grité mientras hacía esfuerzos por volver a sacarla, pero cuanto más lo intentaba, más se retorció.

De pronto, su ira se volvió contra mí y tiró de mis piernas hacia abajo, hundiéndome en las oscuras aguas con ella. En las profundidades, mientras luchaba por no dejar escapar el aire que me quedaba y apartaba sus manos de mi garganta, me miró. En aquellos ojos vacíos no quedaba rastro de humanidad.

Hacer magia negra y luchar contra ella eran dos cosas muy diferentes. Mama Jayah ya me lo había advertido. Recordé aquella visión en la que la corriente me alejaba hasta desaparecer y me aterró tanto pensar que aquel podría ser mi último día, que agarré a la joven del mentón con más fuerza de la que creía poseer y me concentré en las palabras que había aprendido:

«Te saco de la oscuridad; te llevo a la luz», repetí en mi cabeza.

Las repetí siete veces, aferrándome al último hilo de vida que quedaba en mis pulmones, y

entonces ella cerró los ojos de nuevo y sentí su cuerpo volverse más ligero. Un par de brazos me arrancaron de las entrañas del lago y, mientras peleaba por recuperar el aliento, pude ver la imagen borrosa de Razvan dejándome sobre la orilla y sumergiéndose de nuevo. Segundos más tarde apareció con la mujer en sus brazos.

—¿Estás bien? —dijo Razvan, limpiándose unas lágrimas que le asomaron por primera vez desde que nos conocíamos.

—Tenemos que llevarla a la casa del árbol —conseguí responder, aún respirando con dificultad—. No tenemos mucho tiempo.

Mi cuerpo debía recuperarse a toda prisa, así que ni siquiera me permití sentir el frío que me entumecía las extremidades. Corrí tras Razvan de vuelta a casa y, una vez allí, tumbamos a la mujer sobre el suelo, frente a la chimenea.

—¿Sabes qué hacer? —preguntó Razvan.

—Ahora lo averiguaremos.... Vi a Mama Jayah hacerlo alguna vez —tomé aire—. Necesito una de las gallinas —Razvan se apresuró a coger la primera que encontró sin rechistar—. Deseo, paciencia, concentración, secreto. Deseo, paciencia, concentración, secreto.

Repetí aquellas palabras una y otra vez mientras buscaba un cuchillo de plata y lo lavaba con agua y sal. La joven permanecía inmóvil en el suelo de madera, su pecho no se hinchaba y el color de su piel seguía pálido y apagado. Razvan se quedó en silencio, a mi lado, sujetando la gallina y escuchando cómo susurraba una oración en su lengua nativa que sonaba como el siseo de una serpiente.

Tomé el ave en las manos y lo sujeté fuerte mientras repetía mi plegaria a la diosa Luna, al Fuego y a la Tierra. La gallina comenzó a sacudirse como si por sus venas corriera un potente veneno hasta que, de repente, sus movimientos cesaron y la mujer despertó, inhalando una profunda bocanada de aire. Agarré el cuchillo y cercené el cuello del ave, derramando su sangre en un cuenco de madera.



—Tu vida por la suya —pronuncié en voz alta—. Ahora debemos limpiarte.

La bella Nicoleta aún conservaba cualidades para seguir ostentando ese apodo, a pesar de los años que habían pasado desde la última vez que la había visto. Se recuperaba del susto en un baño caliente de sal, albahaca, artemisa y ajeno en el que limpiaba su cuerpo y su espíritu del mal que alguien le habían enviado, mientras Razvan me preparaba un té energético que me devolviera el calor y las fuerzas. Una vez que nos deshicimos de la gallina y de su sangre, limpiamos también la casa. Había aprendido que los espíritus solo cambiaban de lugar, pero nunca se desvanecían.

—Está demasiado asustada como para decir nada —dijo Razvan, poniéndome la mano sobre el hombro—. Estaremos bien. Me preocupa más quién le habrá lanzado un conjuro tan potente...

—Cualquiera de los envidiosos aldeanos que pululan por Biertan. No la llaman la bella Nicoleta por nada...

—Tú también debes tomar un baño, Mítica. Y no te vendría mal algún conjuro de protección —bajó la voz y se acercó aún más—. Las brujas estáis expuestas a la ira del espíritu que se expulsa.

«Estamos con Dios y también con el diablo», pensé y el recuerdo de las palabras de Mama Jayah lanzó un escalofrío por mi espalda.

—Debes llevarla de vuelta al pueblo esta noche, cuando todo el mundo duerma —le pedí a Razvan—, y dile a Costel que se asegure de que nadie sospecha.

—¿Estás segura de que quieres quedarte sola?

—No puede quedarse aquí más tiempo. Estaré bien —sorbí un poco de té—, pero no tardes mucho.

Razvan me abrazó y me hizo prometer que limpiaría mi espíritu y el de la casa en cuanto Nicoleta se hubiera marchado.

Me asomé detrás de la enorme raíz que separaba la cocina del resto de nuestro pequeño hogar y observé a Nicoleta dentro de la tinaja, frente a la chimenea, con la cabeza hacia atrás, los ojos cerrados y los labios relajados. La pobre mujer debía estar exhausta. El vapor humedecía su rostro, ahora tranquilo, que iba recuperando su color sonrosado. Nicoleta era sin duda una joven hermosa, de esbelta figura y prominentes caderas a la que el tiempo apenas había castigado. Su cabello anaranjado y salvaje reposaba sobre sus hombros, cubriéndole los pechos.

—Mucho mejor así, ¿verdad? —dije, rompiendo el silencio y acercándome a nuestra invitada. Nicoleta se sobresaltó y abrió los ojos—. No quería asustarte... Aquí estás a salvo.

—Yo te conozco —susurró—. Eres aquella niña, la de la gran fiesta de la señora Enescu. La niña maldita.

—Esa soy yo —bromeé y me senté en el suelo, a su lado—. ¿Sabes lo que te ha pasado hoy?

—Había algo dentro de mí... Iré al infierno, ¿no es cierto?

—¿No vivimos ya en él? —su ingenuidad me hizo sonreír—. Eso era magia negra, y una muy poderosa. ¿Quién te lo hizo?

—No lo sé...

—Trata de pensar un poco —insistí—. Un conjuro así no puede hacerlo cualquiera. Has tenido suerte. No podemos decir lo mismo de la gallina... —Nicoleta permaneció en silencio—. Alguien debe odiarte con toda su alma.

—Mucha gente me odia. Mírame —respondió, abriendo los brazos y dejando ver su perfecto cuerpo desnudo.

—Es un curioso mundo este en el que vivimos —reflexioné en voz alta—. Un bello rostro puede atraer tanto odio como uno deforme.

—A la gente le gusta odiar —su voz tembló al final de aquella frase—. Como los que se alegraron por tu desaparición. Decían que eras hija del mismísimo Diablo —no era nada nuevo saber que muchos me odiaban, pero aún dolía escucharlo—. ¿Lo eres?

—¿Cómo dices?

—Bueno... me has curado. ¿Eres... ya sabes...?

—¿Una bruja? —terminé su pregunta—. Creo que ya sabes la respuesta. Ahora debes vestirme. Razvan te llevará de vuelta a Biertan. Ten —extendí la mano y solté un cristal en la suya—. Es un amuleto. Te protegerá un tiempo, pero si yo fuera tú, me andaría con ojo.

—¿Y qué pasa contigo?

—Nadie debe saber donde estoy, ¿me oyes? —Nicoleta asintió—. Te he salvado la vida, recuérdalo.



La sal escocía en las marcas que Nicoleta me había dejado con sus uñas en el cuello, pero el aroma a lavanda y el calor que emanaba de la chimenea contrarrestaban el dolor. Me descubrí



algunos cabellos grises. Así era como la magia se cobraba su precio, nos chupaba la energía, y Nicoleta había requerido demasiada.

Comprobé decepcionada que el miedo también acechaba a las brujas, pues aún podía sentir la presión de sus dedos en la garganta y aquellos ojos de otro mundo sobre mí. ¿Y si lo que había dentro de Nicoleta venía a por mí, en realidad?

Las palabras de Mama Jayah cruzaron mi mente una vez más y deseé poder correr bajo su protección, acurrucarme a su lado y olvidarme de todo. ¡Cómo la echaba de menos! Ser lo que me había tocado ser parecía la verdadera maldición.

Unos repentinos crujidos en la madera me hicieron levantarme de un salto. El agua goteaba por mi cuerpo y un escalofrío me puso la piel de gallina. Di la limpieza por terminada y corrí escaleras arriba, empapada. A punto estuve de resbalar en el último peldaño, pero salté y me cubrí con un paño. Razvan no había vuelto aún del pueblo y cualquier ruido despertaba mis sentidos, poniéndolos en alerta. Me acababa de poner rápidamente el primer vestido que había encontrado, cuando oí la puerta abrirse de par en par.

—¡Se-se-señorita Mítica! —tartamudeó abajo Costel, fuera de sí—. ¡Se-se-señorita Mítica!

—¿Qué sucede, Costel? —pregunté mientras bajaba a toda prisa, con una mezcla de preocupación y enfado—. ¿Qué haces aquí? Ya te dije que...

—Vi-vi-viene a por mí.

—¿Quién? ¿Qué dices? Tienes que marcharte.

—Qui-qui-quiere matarme.

—¿De quién hablas, Costel? —exigí saber, sacudiéndolo por los hombros.

—¡Él! —gritó, señalando detrás de mí.

Me giré despacio.

—¿Ingmar?



Cerré la puerta más preocupada por lo que se quedaba dentro que por lo que había salido.

—No puedo creer que fueras a hacerle daño —dije a Ingmar, dándole la espalda—. Es solo un crío.

—Y yo no puedo creer que hayas estado viva todo este tiempo —Ingmar se acercó a mí y finalmente me di la vuelta—. Desapareciste...

—De eso nada. Me marché por voluntad propia —solté, cruzándome de brazos. Aquello pareció hacer diana en alguna herida.

—¿Por qué te fuiste?

—¿Que por qué me fui? —mi respiración se aceleró y comencé a caminar de un lado a otro de la estancia—. Porque tuviste que estropearlo todo. Querían forzarme a que me casara contigo.

—¿Era eso tan malo? —preguntó, colocándome las manos en los hombros—. Habrías sido feliz conmigo.

—Soy feliz aquí, donde nadie me obliga a ser lo que no soy. Costel es solo un niño. Sea lo que sea lo que haya hecho, olvídale y vuelve a Biertan —exigí y me sacudí, obligándole a soltarme.

—Eres tú, ¿no es así?

—¿A qué te refieres?

—Esa a la que llaman la bruja de Biertan. Eres tú, ¿verdad? —el aire se atascó en mi garganta y mi corazón dejó de latir por un momento—. Encontré esto —me mostró el frasco que le había

dado a Oana—. Alguien ha intentado embrujarme y Costel sabía quién era. Por eso lo seguí.

—No sé de qué me hablas. No todas las mujeres que rechazan a un hombre son brujas, ¿sabes?

—Eso es cierto, pero ¿y tú? ¿Lo eres? —Se acercó de nuevo y me miró a los ojos, sus pupilas conectadas con las mías. Luego me susurró—: Aquella noche, en la biblioteca de mi padre —el dolor que sentí al tocar la piedra que Ingmar me había mostrado volvió a mis dedos—. Un mendigo le dio aquel cristal a mi padre cuando supo que veníamos a Biertan. Dijo que íbamos a necesitar protegernos de las brujas —explicó y se aproximó aún más, hasta rozarme con su aliento—. Vuelve conmigo.

—¿Qué estás diciendo, Ingmar? No puedo...

—Vuelve a Biertan conmigo, por favor. Sé mi esposa y olvidaremos todo esto. Nadie se enterará de lo que eres...

—¿Y si no lo hago?

—Mítica, ya sabes lo que le hacen a las mujeres como tú...

—¿Así que tengo que elegir entre ser tu sombra o la hoguera? —me dirigí a la puerta y la abrí—. Esperaré a que los aldeanos vengan a apresarme.

Ingmar me miró de arriba abajo, no sabía muy bien si con desprecio por quien era o con tristeza por perderme de nuevo.

—Tus padres se revolverían en sus tumbas si vieran en lo que te has convertido —sentenció, y se marchó a través del bosque.

Y así, sin un bálsamo que paliara la noticia de la muerte de mis padres, me quedé sentada en el frío suelo mientras mi gran plan para permanecer oculta se derrumbaba ante mis ojos.



## Turmalina

**Infunde confianza y alegría.**

No había poción que pudiera curar mi desconsuelo ni oración que trajera armonía a una existencia que se resquebrajaba por momentos. Razvan llegó bien entrada la noche y me encontró abrazada a mis rodillas en el mismo sitio en el que había despedido a Ingmar. Ni siquiera me quedaban ya fuerzas para disimular.

—Vámonos de aquí —propuso Razvan, con sus manos sobre mis hombros.

—¿Y si te encuentran? Tú dijiste que...

—Sí, lo sé —me cortó—, pero quizás sea mejor ser repudiado y odiado por los míos que ser invisible. ¿No estás harta de esconderte, Mitica?

—No era así como imaginé que sería... —negué con la cabeza, llena de incredulidad.

—*Shuvani* —dijo Razvan, cogiéndome de las manos y fijando sus ojos en los míos—, este es el precio que hemos de pagar por ser diferentes.

Razvan sabía también lo que significaba ser distinto y lo caro que podía costar, y aún así lo aceptaba como si no hubiera otra opción. Quizás no la había...

—De acuerdo —respondí con firmeza—. Marchémonos de aquí, adonde no tengamos que tener miedo de ruidos entre los arbustos.

—Hablaré con Costel mañana. Él nos ayudará a encontrar un par de caballos.

Esa vez fui yo quien abrazó a Razvan como si no quisiera que se fuera nunca y deseé con toda mi alma que los espíritus de la Tierra nos ayudaran.



La casa del árbol era el símbolo de todo lo que no había podido ser. En sus paredes de formas retorcidas y grietas, de raíces de árboles que conectaban con la madre Naturaleza, se palpaban los restos de energías bondadosas y malvadas y, aún así, era mi hogar. El refugio que me había acogido cuando los que debían amarme me rechazaron.

Me vi obligada a meter toda una vida en un pequeño bolso de cuero. Dejé que las gallinas y la cabra se perdieran libres por el bosque, cerré la puerta escondida tras las enredaderas y oculté la llave bajo la piedra de media luna. Eché una última mirada alrededor y respiré hondo un adiós que me llenó de esperanza.

Razvan me había dado instrucciones precisas sobre donde nos encontraríamos. Él había preferido marcharse antes. La maldición de vagar por el mundo en busca de un hogar que había

sufrido su gente estaba tan arraigada en sus entrañas que decía que no había razón para aferrarse con tanta fuerza a un lugar como para no poder separarse de él y seguir nuestro camino.

La nieve me sujetaba, impidiéndome avanzar más rápido, y las ramas desnudas me hacían sentir desprotegida. Los aullidos de los lobos me acompañaban, avisándome de que no estaba sola. Ignoro el tiempo que me llevó llegar al norte del bosque, al claro de los abetos, pero fue más del que Razvan esperaba.

—¿Por qué has tardado tanto? —me reprochó—. Tenemos que salir antes de que el pueblo despierte.

—So-so-solo pude conseguir un ca-ca-caballo, mi señora —me dijo Costel, cabizbajo.

Sonreí y le acaricié la cabeza.

—Esto desenredará esa lengua —le susurré al oído mientras le daba un amuleto hecho de turmalina.

Razvan subió primero y a continuación me ofreció la mano para ayudarme a montar.

—Así que este bosque sí que guarda interesantes secretos —dijo una voz que yo conocía bien, detrás de mí.

—Parece que solo el bosque es capaz de guardarlos —repuse, me giré y lancé una mirada decepcionada a Costel, que se encogió y bajó la cabeza. Ingmar pasó por su lado sobre el caballo, le lanzó un par de monedas y el niño corrió hacia el pueblo como si lo persiguiera un demonio.

—¿No estás cansada de huir, Mítica?

—Mítica, vámonos —me instó Razvan.

—¿Me cambias por uno de estos? —dijo Ingmar con un desprecio que podía masticarse.

—No te cambio. Te rechazo —sentencié y me subí al caballo—. También tú debes aprender que a veces se pierde.

Ingmar lanzó un pañuelo rojo adornado con monedas doradas sobre la tierra, delante de nuestro caballo.

—Arderá esta noche, *shuvani* —advirtió, haciendo énfasis en la última palabra, y después escupió.

—Sounya.

Razvan bajó del caballo de un salto, agarró el pañuelo de su madre y lanzó frases envenenadas a Ingmar en su lengua materna.

—Solo tú puedes salvarla —advirtió Ingmar. Después se santiguó, mirando a Razvan por encima del hombro, y desapareció trotando en su caballo pardo.



—No hagas nada todavía, por favor —me pidió Razvan con una tristeza en la voz que me congeló el alma.

Dirigí mis ojos hacia la mujer que esperaba la muerte en el centro de la plaza de Biertan. Sounya estaba de pie, atada a un poste de madera, cabizbaja, y cubierta por la densa niebla que invadía el pueblo. Apenas un par de críos se pararon para lanzarle bolas de nieve e insultarla. Los aldeanos solían mantenerse alejados de aquellas acusadas de brujería. No pude evitar pensar en mi visión. Tragué saliva y asentí. Razvan merecía poder decir adiós en paz.

Corrí hacia Sounya como si lo llevaran ángeles. Me cubrí con la capucha de mi capa y esperé entre las sombras, sin dejar de buscar una respuesta en las tímidas estrellas que apenas se asomaban en el cielo encapotado.

—Perdóname, madre —sollozó Razvan, arrodillándose. Sounya ni se inmutó—. No debí haberte abandonado.

—Levántate, Razvan —le ordenó ella—. Es difícil ser diferente entre los diferentes. Nadie más que yo comprendió tu marcha.

—Pero ahora...

—Esto no tiene nada que ver contigo, hijo. Aquellos que nos odian solo necesitan una excusa —alargó el cuello, como si quisiera acercarse para contarle un secreto a su hijo—. Escúchame bien, Razvan. La luna solo nos otorga una verdadera *shuvani* cada muchos años. Llévate a Mítica fuera de aquí.

—Pero, madre, ¿y tú...?

—¡Huid! ¡Marchaos!

Pero cuando Razvan se giró para buscarme, yo ya había desaparecido.



Tuve que sujetarme a las rejas que guardaban la inmensa casa de los Bruck para no desvanecerme. Era incapaz de distinguir si me faltaba la respiración por la carrera o si me abrumaban los recuerdos. No había cambiado un ápice. Si acaso, se había vuelto más oscura, como aquel que la moraba.

Me adentré sin pensarlo demasiado y golpeé la puerta tres veces mientras apretaba con fuerza la ramita de romero de mi bolsillo.

—Vengo a ver a Ingmar Bruck —le dije a la criada que abrió.

Caminar entre los alfombrados pasillos atestados de cuadros familiares fue como viajar al pasado. Reconocí al punto la puerta de la biblioteca; tenía una cicatriz en la mano que jamás me permitía olvidarla, y entonces me di cuenta de adónde me llevaba la criada. Dio un golpecito en la puerta, abrió y se apartó para que entrara, sin pronunciar una palabra. Ingmar estaba sentado en un enorme sillón borgoña y jugueteaba con aquella piedra entre sus dedos.

—Esta es una agradable sorpresa —dijo, poniéndose de pie.

—Mentir es un pecado —respondí desde el quicio de la puerta.

—Por favor, pasa. Seguramente ya no recuerdas las horas que pasaste en esta habitación. Trabajamos duro para restaurarla tras el incendio...

—Cómo olvidarlo —pronuncié, seca, y di un par de pasos al frente—. ¿Por qué yo, Ingmar? Hay muchachas que se casarían contigo con los ojos cerrados.

—Yo te rescaté —repuso e hizo una pausa para mirarme—. Te salvé de morir quemada. Eres especial, ambos lo sabemos. Aquel incendio no fue un accidente...

—La gente como tú odia a la gente como yo. ¿Pretendes torturarme?

—¡No! ¡Yo jamás te haría daño, Mítica! —exclamó y me tomó de las manos—. Sé por qué huiste, por qué te escondías. Tu familia te odiaba. Incluso tu propio nombre te lo recuerda cada día. Eso debió ser muy duro para una niña...

—Tu madre sentía pena por ti y tu padre se lamentaba por tus rarezas. ¿Quién eres tú para hablar sobre mi familia?

—Era un niño tímido y callado, lo admito, pero nada de eso hará que arda en el Infierno. En cambio...

—En cambio, yo —le interrumpí— estoy condenada, ¿no es cierto?

—Mítica, yo puedo salvarte.

—Si necesito ser salvada de algo es de ti.  
—Iremos a Oriente, como te prometí. Serás la mujer más feliz de Biertan. Te amo, Mítica...  
—¿Amor? —reí con amargura—. ¡Qué sabrás tú lo que es eso!  
—¿A qué has venido, entonces? —preguntó, soltándome las manos con frialdad.  
—Libera a Sounya y deja a su gente en paz.  
—No puedo hacer eso sin darles algo a cambio, ¿no lo entiendes? El pueblo sabe que hay una bruja entre nosotros. Alguien debe arder esta noche.



A mi madre nunca le gustaron las ejecuciones públicas, así que jamás fui testigo de ninguna. Decía que era peligroso estar cerca de una bruja a la hora de morir, pues maldecían a aquellos que condenaban su alma a que las acompañaran en las profundidades del otro mundo. Ella tan solo se encerraba en casa, concentrada en su costura, y canturreaba una canción que distrajera sus oídos de la oración que vociferaba la mujer maldita.

Pero mi madre era una excepción. Aquella noche la plaza había sustituido los puestos del mercado por aldeanos sedientos de sangre que portaban antorchas y a quienes se les llenaba la boca con la palabra «hereje». Divisé a Razvan al fondo, oculto bajo la capucha de una capa que no recordaba que tuviera.

—¡Que Dios se apiade de tu alma! —gritó un aldeano que se había acercado al poste, alzando su antorcha.

El pedestal de pequeñas ramas y hojas comenzó a arder despacio, pues la humedad del invierno llenaba el ambiente. Los gritos de Sounya se mezclaban con los de la muchedumbre enfurecida y los llantos de los más sensibles.

—¡Deteneos! —exclamó Ingmar y echó nieve sobre las llamas—. ¡Apagad el fuego!

—¡La bruja debe morir! —chillaban algunos.

—¿Qué estás haciendo, Ingmar? —inquirió uno de los caballeros del obispo en voz baja.

—Una bruja anda entre nosotros —comenzó a decir Ingmar, dirigiéndose al ruidoso gentío—, pero no es ella. Esta mujer nómada mendiga en nuestras calles y vende hierbas exóticas, nada más.

—Entonces, ¿dónde está la bruja? —se oyó decir a un aldeano.

—¡Sí! ¡Tráenos a la bruja! —exclamó otro.

—Ingmar —le increpó el caballero del obispo—, ¿qué te propones?

—Confíad en mi, señor —le susurró. Entonces me sujetó del brazo, arrancándome de entre las sombras, y me colocó en el centro de la plaza—. Mítica Andrei, la niña desaparecida hace años, aquella que dimos por muerta, ella es la bruja que buscáis.

Los gritos de los aldeanos se abalanzaron sobre mí como lobos hambrientos, deseando mi muerte, y tuve que contener mi rabia para no ofrecerles una prueba fehaciente de que tenían razón.

—¡Silencio! —ordenó Ingmar, poniéndose delante de mí, casi como si quisiera protegerme—. Esta mujer ha expresado su deseo de enmendar sus errores y, ¿acaso no nos pide Dios que perdonemos a aquellos que se arrepienten? ¿Acaso no debemos alegrarnos de que deje atrás una vida de perdición para volver a la senda correcta? —el silencio se apoderó de la plaza—. Yo me he ofrecido para guiarla en su nueva vida y así lo haré, hasta que la muerte nos separe —pude escuchar los gritos preocupados de Sounya pidiéndome que no lo hiciera.

—¡Estás loco! —vociferó un aldeano—. ¡Esa joven está maldita!

—Díselo, Mítica —me ordenó Ingmar, apretando los dientes y sus dedos en mi brazo.

Miré a Sounya, que se retorció intentando liberarse mientras se deshacía la garganta implorándome que no lo hiciera, y a Razvan, que observaba en silencio desde las sombras.

—Hoy muere una bruja... y renace una mujer nueva. Pido perdón —pronuncié por fin, agachando la cabeza.

El caballero del obispo me agarró y, mientras me sacaban de allí, solo pude alcanzar a ver cómo Ingmar cortaba la soga que apresaba a Sounya y Razvan se perdía entre el bullicio.



## Esmeralda

**Capacidad de esclarecimiento.  
Conocimientos ocultos.**

Llevaba varias horas encerrada en la sacristía cuando la puerta se abrió. Ingmar reprendió al hombre que lo acompañaba por haberme abandonado allí dentro y después le ordenó que se fuera.

—Mírate, Mítica. Estás pálida —comentó mientras me envolvía en una manta de lana.

—¿Dónde está Sounya?

—Está viva y me he ocupado de que los aldeanos la dejen en paz. También se olvidarán de ti en cuanto te conviertas en mi esposa, no te preocupes.

—Debes prometerlo, Ingmar —le exigí, tirando de su abrigo—. Promete que Sounya será libre y que dejarás a los nómadas en paz. Ese era el trato.

—Así será. Ahora, levántate. El obispo nos espera.

En unas horas, cambié mi prisión en el corazón del bosque por un lugar en el pasillo de la casa de los Bruck, donde algún día colgarían un cuadro con mi rostro. El único consuelo que me daba fuerzas para seguir era pensar que Razvan se había reunido de nuevo con su madre.

Durante demasiados días, permanecí encerrada en la misma habitación en la que había confeccionado decenas de vestidos para la señora Bruck, por temor a las represalias de los aldeanos si me veían por el pueblo, pero un ave necesita volar. Comencé con simples visitas breves al mercado en las que recibía algún insulto y miradas envenenadas. Sin embargo, el apellido Bruck resultó ser un buen escudo, y el miedo a increpar a una bruja también ayudaba. A pesar de la promesa de Ingmar, mi corazón estaba inquieto y una mañana hice caso omiso a la voz de la razón y me dirigí al campamento.

Una imagen desoladora me recibió bajo el tibio sol invernal: la comunidad había desaparecido.

—¿Busca a los nómadas? —me preguntó un pastor rodeado de ovejas.

—¿Se han marchado?

—Cuando quemaron a aquella bruja, se fueron. Es posible que estén en el norte a estas alturas.

Pude sentir cómo mi corazón se partía en dos. ¡Ingmar me había mentido! Corrí, derramando lágrimas que se perdieron entre la escarcha, y me detuve al llegar al río. La memoria me trajo vívidas imágenes de Mama Jayah y Sounya lanzando restos de conjuros al agua, recogiendo hierbas y canturreando sus oraciones.

Apareció sobre la nieve, de la nada, como siempre.

—Le he pedido a las estrellas que te llamasen un millón de veces —dijo Razvan—. Creo que no funciona igual que cuando se lo pide una de vosotras.

—¡Razvan! —exclamé y me lancé a sus brazos—. ¿Dónde está todo el mundo?



—Se marcharon, Mítica.

—Tu madre... —pronuncié sin poder terminar la afirmación.

—Te mintió —dijo negando con la cabeza—. Y también mintió a los aldeanos —lo miré confundida.

De su mano, llegué hasta la cima donde se encontraba la iglesia y, tras atravesar el cementerio que la rodeaba por detrás, alcanzamos la Torre de la Prisión. Razvan no había cambiado nada, si acaso sus habilidades para escabullirse por los recovecos de Biertan habían mejorado. No fue difícil persuadir al viejo que merodeaba alrededor, vigilando quien entraba y quien salía con el disimulo de un zorro, pues pocos contradecían a un nómada, y menos aún si era el vástago de una bruja.

Subimos por los peldaños de piedra hasta un pasillo iluminado por tenues rayos de luz a través de las pequeñas ventanas. Razvan musitó algo en su lengua y entonces escuché el tintineo que tanto añoraba.

—No deberíais estar aquí —nos reprendió Sounya, agarrándose a los barrotes de la celda—. Si ese alemán se entera...

—Sounya... —susurré con la voz llena de culpa—. Tengo que sacarte de aquí.

—No negaré que eso me haría feliz, pero dudo que tu nuevo esposo lo permita...

—Encontraremos la forma —añadió Razvan, ignorando lo que acababa de decir su madre.

—Ingmar solo disfruta haciendo miserable mi existencia.

—No, Mítica —me contradijo Sounya—. Hay una manera mejor que la hoguera de acabar con el linaje de una verdadera *shuvani* y él lo sabe. Tu juventud se desvanece y pronto ni siquiera un potente filtro te traerá descendencia.

—Aguanta, Sounya —la consolé, aún rumiando lo que me había dicho—. Volveremos a por ti.

La noche se echó sobre nosotros mientras abandonábamos la zona de la iglesia, sorteando las tumbas y cobijados por los árboles que crecían a los lados del camino.

—Costel encontrará al que guarda las llaves de la celda —masculló Razvan, como si hablara consigo mismo.

—Costel es un muerto de hambre que nos traicionará de nuevo si eso le supone un par de monedas más —sentencié—. No, yo arreglaré esto. Es culpa mía.

—¿Y qué vas a hacer, suplicarle a tu esposo? Está claro que no quería que supieras que mi madre está viva.

—¿Sabes? —dije, deteniéndome junto a un árbol y mirando al horizonte—. La primera vez que las estrellas me hablaron tuve una visión. Vi cómo el lago me alejaba de todos y me hundía lentamente en sus aguas; sentí el aire abandonar mis pulmones para siempre, la paz de la muerte. Creo que ahora sé lo que significa.

Razvan pareció comprenderme al instante. Alzó los ojos al cielo, en el que reinaba una flamante luna llena que parecía a punto de tragarnos, me sujetó la cara con ambas manos y me besó, y ese beso duró hasta que el amanecer volvió a bañarnos de luz.



Fue un cumpleaños amargo y un solsticio de invierno triste. Ingmar continuó con su plan para ganarse mi confianza y afianzar la imagen que el pueblo tenía de él, así que mandó organizar una velada solo para dos e incluso me hizo un regalo.

—Es un abanico —aclaró, tomando aquel objeto semicircular y poniéndolo en mi mano—. En

Oriente el tiempo es húmedo y cálido. Lo vas a necesitar.

—No tenías que regalarme nada —repuse, con la frialdad de un témpano de hielo.

—Por supuesto que sí. Eres mi esposa —respondió, esbozando una sonrisa que me asqueó hasta lo más profundo—. También te traje esto. Podrás ponértelo para la cena de año nuevo —dijo, dándome un vestido envuelto en papel de seda blanco.

No había espacio en mi mente para pensar en celebrar el nuevo año, ni tampoco me importaba aquel vestido. Di un par de bocados más al cordero que descansaba frío en el plato y me marché a mi habitación.

Era cuestión de tiempo que Ingmar reclamara el lugar que solía ocupar un esposo en el lecho. Supuse que lo había demorado como un gesto caballeresco que, de seguro, esperaba que no pasara desapercibido. Sabía que no se había desposado con una mujer sumisa y complaciente, pero confiaba en que el tiempo y las circunstancias aplacaran mi espíritu salvaje.

La mayoría de las noches yacía de espaldas a la puerta, con los ojos cerrados y el sentido alerta, esperando sentir su peso en el otro lado de la cama. A veces decía mi nombre para comprobar si dormía, pero al no recibir respuesta, se conformaba y el silencio nos tomaba prisioneros. La mayoría, pero no aquella noche.

Primero sentí su mano en la cintura, deslizándose despacio hasta mi estómago, y luego empujó para acercarse hasta pegar su cuerpo al mío. Apartó mi cabello a un lado y su respiración me rozó el cuello. Entrelazó los dedos con los míos y me giró hacia él con delicadeza. Su mirada se quedó fija y constante sobre mis desconfiados ojos, como si quisiera entrar en mi subconsciente. Me sentí pequeña bajo su recia y pesada sombra. Poco a poco, acortó la distancia entre nuestros rostros. Mi espíritu, otrora salvaje y fuerte, se quedó inmóvil mientras los labios de Ingmar se concentraban en mi boca. Cerré los ojos y me avergoncé de no resistirme, de sucumbir al miedo a que una negativa me hiciera compartir el destino de Sounya.

Llamé a los espíritus del bosque, de la Tierra y del Aire, a mi querida diosa Luna, y deslicé mis dedos entre su cabello. Un pequeño tirón con el que arranqué unos cuantos cabellos fue suficiente para que Ingmar tomara el gesto como una invitación y para que más tarde lo lamentara para siempre.



La luz se reflejaba en la nieve con la misma intensidad con la que brillaban mis ojos. Caminé con paso decidido, repitiendo los pasos que había dado junto a Razvan, hasta alcanzar la Torre de la Prisión.

—Debo ver a la mujer que me ha llevado por el mal camino —reclamé al mismo viejo que continuaba guardando la entrada—. Mi esposo está al tanto.

El anciano se apartó con cierta dosis de sospecha, pero con pocas ganas de enzarzarse en una discusión. Me apresuré hasta la celda y encontré a Sounya sentada contra la pared, su cabeza escondida entre las rodillas. El ruido de mis zapatos contra la piedra la alertó.

—Mítica.

—No hay tiempo, Sounya —la corté y le extendí un fetiche. Sounya miró la raíz, cuidadosamente moldeada conformando una figura humana y varios cabellos entretejidos, y arrugó el ceño.

—¿Qué te propones, Mítica?

—Mis opciones son limitadas —respondí con frialdad—. Hago lo que tengo que hacer. Toma

—Le entregué la gran llave de latón que abría la celda—. Guárdala hasta que caiga la noche. Enviaré a Razvan a por ti durante la cena de año nuevo.

Sounya se levantó y se acercó a mí a través de los barrotes.

—Debes protegerte —me advirtió, poniendo sus manos sobre mi vientre—. No deberías hacer magia negra en tu estado.



La mesa ya estaba vestida, la vajilla colocada y el aroma a asado se paseaba por el caserón. Los invitados no tardarían en llegar, así que me apresuré. Encendí las tres velas, corté un mechón de mi cabello y lo dejé caer en un cuenco de madera que había colocado en el centro. Estiré la mano izquierda con la palma hacia arriba, sin poder detener el temblor que se había apoderado de mí. Hice un corte rápido y dejé caer unas gotas de sangre en el cuenco.

Un mal presentimiento me produjo arcadas y tuve que contenerme para no vomitar. Tomé aire y cerré los ojos.

—Paciencia, concentración... —murmuré.

La observación de Sounya no fue una sorpresa. Yo ya había podido sentir una esencia nueva en mi interior. Pensé en la vida que crecía dentro de mí, en el día de su nacimiento, rodeado de todos aquellos que le dirían cómo debía vestir, hablar y pensar; en los secretos que Ingmar me obligaría a ocultarle sobre quién era y en quién podía convertirse si repetía los pasos de quien lo criaría como su padre.

Había lanzado maldiciones contra otros, pero nunca contra mí misma. Coloqué las manos en mi vientre y deseé con fuerza salvarlo de todo aquello, incluso si tenía que sacrificarme para conseguirlo.

—Mi vida por la suya, mi alma por la suya —repetí tres veces, las velas titilaron y sus llamas se consumieron.

Unos golpes en la puerta de la habitación me sobresaltaron.

—Los invitados están aquí —dijo Ingmar al otro lado.

—Salgo enseguida —respondí con poco entusiasmo.

Un sabor amargo me acompañó hasta el gran salón donde esperaban las sonrisas falsas de aquellos a los que no había visto en años. Allí estaban, los hijos del señor Dragomir y sus esposas; el esposo de Mihaela la viuda, solo, pues ella había muerto; la vieja Ruxandra, que me miró con auténtico pavor, y otras personalidades que no reconocí. Me sorprendió no ver a la señora Enescu entre los presentes, pero desde que había vuelto a Biertan, nadie había mencionado a Oana. Imaginé que no había tenido valor para llevar a cabo el conjuro y había acabado siendo la esposa de algún pez gordo de Sibiu.

El ritual me había dejado debilitada y con el estómago revuelto, así que solo asentía con la cabeza cuando los invitados me saludaban.

—¿Estás bien, muchacha? —me preguntó una señora esquelética con acento extranjero mientras estrechaba mi mano—. Seguro que estos días han debido de ser muy duros... ¡Y a saber qué te habrán hecho esos nómadas!

—Está cansada, señora Richter —se adelantó a responder Ingmar para despacharla pronto. Luego me susurró, esforzándose por mantener la sonrisa—: Estás demasiado pálida, Mítica. Deberías comer algo.

—Estoy bien —le corregí, evitando dar más explicaciones—. Necesito sentarme.

—Sí, sirvamos la cena de una vez.

Me pareció curioso que el propio Ingmar estuviera cansado de tanto paripé. El tiempo le había cambiado, sin duda, como a casi todos, pues antes no habría sido partícipe de tal evento. Me senté en el lugar que se me había asignado, junto a mi nuevo marido, entre cuchicheos y miradas que me analizaban, y las criadas comenzaron a recorrer la mesa con bandejas repletas de manjares que solo conocía de oídas.

Los aromas se mezclaban en mi nariz en un mejunje, dificultándome cada vez más mantener el estómago en su sitio. Cuando una bandeja con *sarmale* me pasó por delante de la cara, me rendí. El poco líquido que debía tener en el cuerpo para entonces se espació por el suelo junto a mi silla. Ingmar me lanzó una mirada, al principio de confusión pero que, poco a poco, se transformó en felicidad.

—Por favor, no digas nada aún —le rogué, consciente de que mi esposo no era estúpido y había sabido atar cabos.

Aquel incidente le hizo suavizar el tono hacia mí, incluso llegué a considerar la posibilidad de que me amara de verdad, a su manera, pero lo deseché en cuanto recordé la conversación que tuvimos justo antes de verme rodeada de aldeanos en el centro de la plaza. Ingmar quizás fuera un hombre confundido e inseguro, pero no podía adjudicarme la tarea de cambiar eso, y sus traumas no le eximían de la crueldad con la que había destruido mi vida.

Los invitados devoraban la succulenta cena entre comentarios venenosos y cuchicheos sobre todo aquel que no encajara en su concepto de cómo había que vivir. Las flechas más tóxicas eran las que se lanzaban entre ellos mismos, disfrazadas de cumplidos. Todo ese ambiente se paralizó cuando un silbido interrumpió a los comensales. Se me erizó el vello. Algunos platos se resquebrajaron y las jarras de vino estallaron en pedazos.

En el arco que daba acceso al enorme salón, apareció una demacrada Oana, respirando agitada, con la mirada perdida y vacía, dejando en silencio a la sala. Su piel, otrora blanca y tersa, estaba surcada por marcadas venas azules, y su vestido había cambiado los colores pastel por un negro perturbador. Copos de nieve coronaban su cabeza rubia y despeinada.

—Vaya, si están todos —habló, como si tarareara una canción siniestra—. No recuerdo haber recibido invitación a tan distinguido evento —continuó, haciendo extraños movimientos de cabeza—, pero ya me imagino lo ocupados que deben estar los recién casados.

—Oana, estás delirando —se apresuró a añadir Ingmar, poniéndose de pie—. Traedle ropa de abrigo y que alguien la acompañe a casa.

—Oh, te preocupas por mí —se burló mientras caminaba hacia Ingmar—. Cómo me gustaría que hubieras hecho eso antes.

—No digas eso. Aún hay tiempo para...

—Ya es tarde para mí —lo interrumpió. Levantó un brazo y me señaló con el dedo. Los ojos se le aguaron—. Mítica Andrei, la hija de una costurera y un campesino borracho, la marginada, consigue el perdón del pueblo.

—¿Qué has hecho, Oana? —pregunté, aunque sabía la respuesta. «Las brujas pagamos un precio por nuestra magia», me había advertido Mama Jayah, y los espíritus se ocupaban de que así fuera.

—He abierto los ojos —esbozó una sonrisa de medio lado y luego suspiró—. Tú me abriste los ojos.

Oana se lanzó por encima de la mesa y se aferró a mi cuello. Ingmar tiró de ella, asistido por un par de hombres más, sin conseguir despegarla de mi garganta. Se deshizo de los tres de una sacudida que los lanzó al suelo. Su rostro, a poca distancia del mío, me miraba con odio mientras

susurraba oraciones en la lengua de los nómadas. Apreté con fuerza el romero que aún conservaba en el bolsillo de mi vestido y le arañé las garras que me aprisionaban con la otra mano. Palpé alrededor entre trozos de platos hasta que rocé uno de los cuchillos. Lo levanté directo a su pecho, pero Oana lo interceptó y me lo arrebató.

—Tendrás tu redención —sentenció, alzando el cuchillo sobre mí.

—¡No! ¡Mi hijo! —gritó Ingmar, aún dolorido por el golpe.

Oana se detuvo, parecía faltarle la respiración, y se levantó. Era como si ya no fuese parte de este mundo. El cuchillo apenas se sostenía entre sus dedos. Giró la cabeza hacia Ingmar y unas lágrimas se derramaron de sus vacíos ojos, mientras caminaba despacio hacia él.

—Hice todo lo que me dijeron. Fui todo lo que me dijeron... —susurró con un hilo de voz.

—¡Aún podemos arreglarlo! —exclamé, incorporándome—. No eres tú, Oana...

—Ya estoy condenada —pronunció y, agarrando a Ingmar de sus ropas, hundió la afilada hoja metálica en su pecho.

—¡Bruja! —vociferaban los aterrados invitados que permanecían bajo la mesa, detrás de las sillas o abrazados los unos a los otros—. ¡Bruja!

Oana soltó el cuchillo y el cuerpo de Ingmar, y ambos se estrellaron contra la madera ensangrentada. Luego se giró y lanzó un grito ahogado, y algo, aparte del aire que guardaban sus pulmones, abandonó su cuerpo. Se miró horrorizada las manos cubiertas de sangre, justo antes de que los aldeanos se le echaran encima.

Me escabullí a rastras hacia la salida, con los sollozos de Oana taladrándome los oídos, y corrí; corrí sin mirar atrás. El corazón peleaba por salirse de mi pecho y no lo culpaba, también yo quería desaparecer y olvidar lo que acaba de ocurrir. «Tú me abriste los ojos». Lo que le había pasado a Oana era culpa mía.

Estaba tan conmocionada que solo me di cuenta de que había llegado al cementerio de la iglesia cuando tropecé con una tumba.

—¡Mítica! ¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó de repente Razvan, desde detrás de un árbol—. Dijiste que esperaríamos a la medianoche.

—Razvan —dije en voz alta, sin prestar atención a lo que me había dicho, y simplemente lo abracé.

—¿Qué ha pasado? Estás temblando... —observó, frotándome para que entrara en calor, aunque yo ni siquiera sentía la nieve bajo mis pies.

—Tenemos que hacerlo ya —balbuceé—. No esperarán al amanecer...

Razvan me conocía demasiado bien como para malgastar el tiempo haciendo más preguntas, así que corrió delante de mí y yo lo seguí hasta la Torre de la Prisión. Un hombre distinto, más joven y robusto, guardaba la puerta. Me sentí acorralada como un zorro en su madriguera, pero un torbellino de emociones me atravesaba con tanta fuerza que no me detuve a pensar, así que me lancé sobre el hombre sin dar a Razvan opción a impedírmelo.

—¿Adónde creéis que vais?

—Apártate o te arrepentirás —repuse, apretando los dientes—. Mi esposo, Ingmar Bruck, ha muerto. Encerrasteis a la mujer equivocada —lo agarré de la casaca marrón—. ¡Márchate y asegúrate de que no se derrama más sangre o yo misma me haré cargo de ti!

Aquel regusto amargo volvió a mi lengua. Era una hipócrita más, como el resto, pues no me importaba la muerte de Ingmar ni el destino de Oana en aquel momento. El arrebató funcionó y el caballero se apresuró colina abajo, espada en mano. Razvan me miraba como si me hubiera vuelto loca y, en cierto modo, creo que así fue.

—Vamos, tenemos que irnos ya —dije y me dirigí hacia la celda donde Sounya esperaba noticias.

—¿Qué has hecho, niña? —exigió saber, mostrándome el fetiche, ennegrecido.

—Ya no vamos a necesitar eso —repuse, tragando saliva. Sounya miró a su hijo y este negó con la cabeza—. Dame la llave, vamos. Tenemos que irnos —abrí la puerta y Sounya salió sin decir una palabra, pero podía sentir su mirada desconfiada—. No fui yo —me defendí—. Deseé que me dejara en paz, que se fuera lejos... Solo quería herirle para concedernos tiempo para huir...

—Está bien —me interrumpió Razvan—. Por ahora, busquemos un lugar donde ocultarnos.

Mi mente estaba entumecida, como si me hubiera caído en el hielo un día de pesca, y solo podía pensar en huir lejos de Biertan, de aquella noche infame y de mí misma.

Salimos de la torre y la nieve había cesado. Ni una sola estrella surcaba el cielo y entonces, mientras alcanzábamos de nuevo el cementerio para acortar el camino, vimos el resplandor a lo lejos. La plaza del pueblo brillaba con el fulgor de las llamas que devoraban la carne, arrancando vítores de euforia a los aldeanos y gritos agónicos a Oana.

## VIII

Recibí el amanecer del duodécimo día sentado frente a la ventana. La nieve caía y un nudo en el estómago hacía temblar mi pierna derecha. Crina se había vuelto a quedar dormida enfrascada en la lectura de aquel maldito diario, en su esquina favorita de la celda. En poco tiempo, los caballeros del obispo llegarían y nuestra decisión se haría oficial.

Me froté las manos, deseando que el tiempo pasara más deprisa. Habría dado cualquier cosa por que todo hubiera sido un sueño, como los que mi madre solía enviarme cuando era pequeño para que obedeciera, pero Crina despertó y me miró como si fuera un desconocido. Y, en cierto modo, así era.

—Se acabó —dijo, aunque me miró como si fuera una pregunta.

—Vendrán pronto a buscarnos.

—¿Por qué no me lo dijiste? —inquirió, por fin, con el enojo que debía haber mostrado desde el principio.

—No es aconsejable que un hechizado descubra que ha sido víctima de un conjuro de forma repentina, y casi siempre funciona mejor si se lo revela una *shuvani*.

—Toma —dijo, entregándome el diario—. Quémalo, entiérralo, haz lo que quieras con él.

—Aún no has terminado —afirmé, empujándolo de vuelta hacia ella.

—Sí, ¿ves? —señaló las páginas finales, en blanco—. Está vacío a partir de aquí.

Dirigí mis ojos hacia el cielo desde la minúscula ventana de la torre.

—Esta noche habrá luna llena. Enciende una vela y siéntate junto al fuego —le aconsejé y la besé fugazmente—. Te echaré de menos, Crina.

El mismo caballero que había arrastrado a mi esposa hacia la prisión apareció con el gesto serio para liberarla. El obispo nos esperaba frente al portón de la capilla principal, con la esperanza de que repitiéramos el ritual de casi todos los que habían pasado por la torre y renováramos nuestro compromiso frente al altar.

—¿Y bien, hijo? —preguntó con una sonrisa asomándose a sus labios agrietados—. ¿Seguirás con Crina hasta que la muerte os separe?

—Y más allá de la muerte, si por mi fuera —respondí—, pero me temo que no es a mí a quien corresponde esa decisión.

El obispo abrió la boca y los ojos, preso de una confusión que aumentaba por momentos.

—¿Crina? ¿De qué está hablando? ¿Es que tú...? —Crina interrumpió la pregunta del obispo con un movimiento de cabeza a izquierda y derecha. Después se marchó, sujetando el diario en una mano y mi corazón en la otra.



## Ágata

**La piedra de los dones.**

**Valor.**

Comencé escribiendo este diario para justificarme ante los que me conocieron y los que supieran de mí después de ellos. Más tarde, lo continué para consolarme. Necesitaba poner mi cabeza en orden y perdonarme por todo el mal que había causado. Luego llegaste tú, mi Velkan, y por fin la luz iluminó el valle de sombras. Así encontré la respuesta a esa maldita pregunta que me había estado agujereando el alma desde que tengo memoria: ¿por qué?

Por ti. Para ti. Pero también por ellas, las shuvani que andan esparcidas por el mundo tan solas como lo llegué a estar yo.

Había escuchado una y mil veces que las brujas eran mujeres impuras que se habían apartado del buen camino; herejes que habían vendido su alma al diablo y que debían sacrificar las almas de otros inocentes para pagar el precio, pero en realidad éramos almas perdidas, rechazadas por haber nacido con la capacidad de mirar más allá de lo que se puede ver y tocar, con un espíritu libre que no podía ceñirse a las reglas de unos cuantos hombres.

La magia jamás se fue de mi lado por mucho que la repudí. La odié por largo tiempo, resentida y furiosa por lo que creí que me había quitado, pero ella y yo éramos indivisibles. Negarla era negarme a mí misma. Hiciera lo que hiciera, siempre aparecía bajo una piedra, en el vuelo de un pájaro, en los ojos de un desconocido o en la brisa que movía los árboles. Quería que supieras que al menos había intentado mantenerte alejado para que no te salpicaran sus efectos, pero olvidé el rechazo más letal de todos: el propio.

Ya no podía seguir fingiendo que no me ahogaba atrapada en la cárcel de los prejuicios de los aldeanos, en el miedo a que una soga abrazara mi cuello un día y las llamas me enviaran a rendir cuentas.

El bosque volvió a acogernos y fue nuestro hogar hasta que Sounya se reunió con el espíritu de la Tierra, cuando tú aún no levantabas unos palmos del suelo. Demasiados recuerdos impregnaban las retorcidas raíces que nos habían cobijado, así que Razvan y yo decidimos marcharnos. Una pequeña aldea a una hora de Biertan fue la que te vio crecer. Entonces apareció de nuevo ese sabor amargo que siempre avisaba de un peligro y ya no pude ignorarlo más. La hora de pedir perdón se acercaba.

Tu padre me perdonará por haberle ocultado lo que me proponía y sé que ha llevado a cabo mis instrucciones minuciosamente, aunque jamás llegue a comprender que solo siendo el blanco de mi propia maldición podía salvarte a ti de un final funesto. Velkan, hijo mío, solo si haces lo correcto podré descansar en paz y reunirme con mi querida diosa Luna y los espíritus del bosque, y confío en que así será.



También las brujas saben algo del amor, aunque solo sea por todos los que vienen a buscar algo que los cure de su hechizo, y reconocí al instante el brillo en tus ojos cuando viste a Crina. Su carácter animado e insumiso también me enamoró a mí. Fue casi como mirarme en un espejo. Eso debió ser lo que tu padre sintió al verme aquella tarde en el huerto, el día de mi cumpleaños.

Supe al momento que Crina era especial, aunque ella parece decidida a ignorarlo. El tiempo la obligará a enfrentarse a quién es, como hizo conmigo. Tu padre, mi querido Razvan, fue mi intermediario, como en los viejos tiempos, y le hizo llegar el filtro que la convenció de que te amaba. Espero que me perdones.

Me juré que te enseñaría las lecciones que la vida me había obligado a aprender a golpes, y aquella noche de año nuevo en la que sucumbí a la magia más poderosa, te hice partícipe de la maldición que lancé sobre mi espíritu: moriría el día en que aprendieras a amar de verdad, y eso quizás requiera que liberes a Crina de su hechizo, pues los espíritus salvajes nacieron para vivir en libertad.

El día que el amor te atrapó en sus redes y te contagió como una enfermedad, se inició mi cuenta atrás. Debes liberar a Crina, aunque eso te parta el corazón en mil pedazos. La maldición me consume, me devora y se extiende por mi cuerpo, tal y como le pedí a cambio de que te protegiera, pero solo podré descansar si tomas la decisión correcta.

Velkan, ahora debes aprender la lección más valiosa de todas. ¿Serás capaz de renunciar a la mujer que amas para que sea libre?

## IX

El sol se había impuesto, reflejando su luz sobre la nieve y haciéndola más blanca si cabía, y la luna, que se había quedado rezagada, aún podía divisarse en el cielo, borrosa, casi como un sueño. Sin embargo, no duró demasiado tiempo allí arriba, pues el invierno se imponía con fuerza y, tras varias horas de camino, la oscuridad comenzó a amenazar con instalarse.

Me sacudí la tristeza de ver partir a Crina y me apresuré hacia la casa del árbol. Si algo me había enseñado mi madre era que las maldiciones se cumplían sin avisar, y la suya estaba a punto de expirar. Los altos árboles retorcidos habían erguido sus ramas, rodeando imponentes aquel claro del bosque. Era como si todos los espíritus del Cielo y de la Tierra hubieran venido a despedirse.

Encontré a mi padre sentado en el suelo, delante de las enredaderas que ocultaban la puerta. Un tordo planeó desde lo alto y se posó en una de las ramas que colgaban sobre la casa. Mi padre levantó la cabeza, confirmando con sus ojos esmeralda lo que me temía. Había llegado tarde. O quizás así era como mi madre lo había dispuesto todo. Se salía con la suya hasta el día de su muerte.

Pero para una *shuvani* morir era una moneda de dos caras: la paz por la vuelta a donde todo había comenzado, a la Tierra donde se reuniría con la esencia de lo que era; y el desasosiego por todo aquello sobre lo que debía responder ante la diosa Luna. Aunque me había criado lejos de la comunidad, conocía y practicaba algunas de sus costumbres y sabía lo triste que debía ser para mi padre verla partir en soledad.

Me acerqué con pesar y escuché ajeteo en el interior de la casita. Con sorpresa, observé a mujeres y hombres de piel tostada pulular por las estancias, cubriendo los espejos y vaciando todos los recipientes que contenían agua. Miré a mi padre, con lágrimas asomándose a mis ojos, y vi sus labios estrecharse en una media sonrisa. Luego me lanzó un guiño.

—Ayuda a Vadoma con eso —me dijo, señalando a un hombre mayor que vaciaba un gran caldero.

—¿Vadoma? —repetí sorprendido.

—Su hijo —respondió mi padre—. El viejo Vadoma murió hace mucho tiempo.

Obedecí a mi padre y seguí a una de las mujeres que cargaba con algunas de las posesiones de mi madre hasta la parte de atrás. Fuera, cerca del lago, la vi: la gran bruja de Biertan, rodeada de los únicos que la habían aceptado, vestida de blanco, con aquel pañuelo rojo ribeteado con monedas doradas de mi abuela y su cabello gris derramándose sobre los hombros. Una mujer robusta le introdujo dos perlas en las fosas nasales para evitar que en el viaje entraran espíritus malignos. Otra más bajita le colocó encima algunas de sus pertenencias. Reconocí la bolsita de terciopelo donde guardaba sus amuletos y la cesta donde recogía sus hierbas mágicas.

Los hombres ya habían cavado el agujero y, cuando todas las posesiones de mi madre habían sido bien distribuidas sobre su cuerpo inerte para acompañarla en el viaje o bien destruidas para evitar que la Muerte viniera a por alguno de los que allí nos congregábamos, mi madre se unió a la tierra de su querido bosque.

La multitud se fue disipando entre abrazos a mí y a mi padre. Algunos entraron en casa a beber un poco de té y otros se sentaron, silenciosos y serios, para desafiar a la Muerte, si aún rondaba

cerca. Allí, entre desconocidos que la lloraban y colores blancos y rojos, divisé a Crina, medio escondida detrás de un árbol. Se acercó sigilosa, atrayendo las miradas curiosas que también causaba mi madre con su pálida piel. Entonces tomó un puñado de tierra y la espolvoreó sobre lo que era ya una tumba. Luego levantó los ojos hacia mí.

Caminé hacia ella como flotando en un sueño, sin saber si era yo el que le daba la orden de moverse a mis piernas. En cuanto estuve a su lado sentí una punzada de dolor en el pecho y supe que no había cambiado nada desde que habíamos salido de la celda.

—No he venido para...

—Lo sé —la interrumpí—. Espero que un día puedas perdonarme.

Crina asintió, confirmando que hacíamos lo correcto.

—Olvidaste esto —me dijo, dándome el diario—. Aún quedan páginas en blanco para leer a la luz de luna.

Guardé el libro enseguida para impedir que me obligaran a destruirlo también. Si la Muerte quería hacer acto de aparición, allí estaría, esperándola. Crina se dio media vuelta y desapareció en la distancia, y yo me encaminé hacia la casita. Metí la mano en el bolsillo y apreté con fuerza la ramita de romero.

## Algunos apuntes

Biertan es un pequeño pueblo al norte de Sibiu, en Transilvania, que se convirtió en Patrimonio de la Humanidad en 1993. Su iglesia fortificada, una de las más importantes de la región, se construyó entre los siglos XV y XVI y cuenta con la famosa Torre de la Prisión.

Esta torre fue, en efecto, el lugar elegido para encerrar a los amantes que decidían poner fin a su matrimonio y, tal y como se menciona en la novela, debían compartir una minúscula celda, además de todo lo necesario para el día a día (cama, mesa, silla, utensilios de cocina, etc).

Según comentan los historiadores rumanos, parece ser que la «solución» surtía bastante efecto y pocos eran los que acababan divorciándose, lo que podía deberse a que, al hacerlo, debían dividir su patrimonio a partes iguales.

La brujería sigue estando muy presente en la cultura romaní y, aunque la gran mayoría de los remedios, hechizos y amuletos que se mencionan en la novela están basados en datos reales documentados sobre esta cultura, hay otros que se han añadido para dar fuerza a la historia.

Se puede mencionar como ejemplos documentados el ritual que lleva a cabo Sounya durante el parto de una de las mujeres de la comunidad o la celebración del solsticio.

## Agradecimientos

Como ocurre en la comunidad de Sounya y Razvan, poco se suele conseguir cuando una camina sola. Somos más fuertes juntos, no hay duda. Por esta razón, quiero reiterar mi agradecimiento a mi editora y amiga, Sara Esturillo, por creer en esta historia desde el principio, hacerla suya y trabajar codo a codo conmigo para rematar todo eso que a los escritores se nos queda por el camino. La brujita siempre será nuestra, amiga.

También quiero agradecer a todos los lectores cero que cedieron su tiempo para ayudarme a dar los últimos retoques a la historia: José Carlos Cuevas, Salvador Ortega, Félix Iniesta, Juanjo del Junco, Alicia del Rosario y Ana Ceemes.

Gracias a la talentosa artista Mariana Palova por conseguir plasmar la esencia de la novela en su maravillosa portada.

Y por último, no puedo dejar de agradecer a mi tribu que, incansable y tenaz, siempre me empuja a seguir escribiendo, a creer en lo que hago y a mirar adelante con esperanza. Juanjo Patón, Rocío García, mi amiga al otro lado del mundo, Angel Morgan, mi hermano Javi y mis amigos de cuatro patas (sí, ellos también tienen su parte de mérito).



## Sobre la autora

(Linares, 1987) Verónica Cervilla es escritora, guionista y profesora de narrativa audiovisual. Es bilingüe (español e inglés) y dirige la revista literaria Tártarus, nominada a los Premios Ignotus, y el Festival de Literatura Fantástica Tártarus en su ciudad natal. Sus primeras dos novelas fueron la bilogía de fantasía Poker Kingdom.

Ha participado en antologías como Atrasis vol. III. Cuentos de nueva fantasía (Triskel, 2020), Doñana es arte (Suseya Ediciones, 2017), Sombras del tiempo (autopublicado, 2015) y Kalpa III. Relatos satánicos (Apache Libros, 2018). En esta última con su relato S, adaptado a cortometraje y que ha cosechado varios premios internacionales, entre ellos, mención especial al guión. También escribe teatro para la compañía La Habitación.

Está especializada en fantasía oscura y terror, y escribe sobre ello en su web <http://www.vcervilla.com>.

---

[1] Debe leerse «Mítica». (*N. del E.*)

[2] Tipo de lírica popular rumana en la que, en relación directa con la naturaleza, se expresan sentimientos de añoranza y desconsuelo. (*N. del E.*)

[3] *The Creation of the Violin (La creación del violín)* es un cuento romaní transilvano. Fue escrito por primera vez por el alemán Heinrich von Wlislöcki en 1890 y se incluyó en su libro *About the Travelling Gypsy People: Scenes of the Life of the Transylvanian Gypsies*. (*Nota de la autora*).

[4] Criatura similar a un dragón europeo, tan grande que, al abrir su boca, una mandíbula toca la tierra y la otra el cielo. Tiene aletas, patas y múltiples cabezas de serpiente. En el folklore rumano, representa el Mal. (*Nota de la autora*)

[5] Pequeño instrumento de percusión proveniente de la India.